

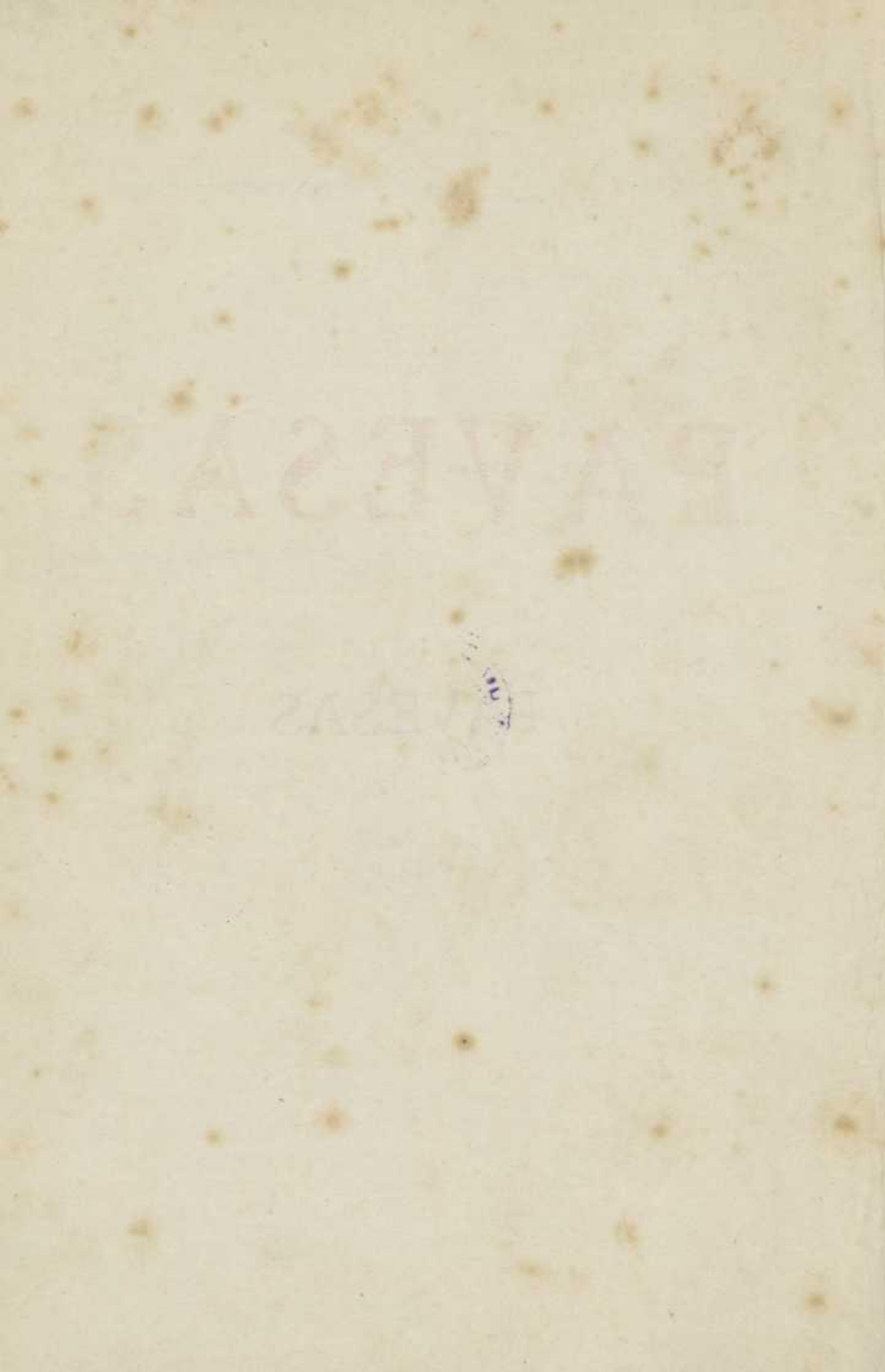
C-38.841

R

572



PAVESAS



248

JULIÁN FERNÁNDEZ OLLERO

(MAESE NICOLÁS)



PAVESAS



HARO

Imprenta y Librería VIOLA

1930

R. 11.082

PAVESAS



Marcelina Berlonnes Colon







PAVESAS

EXPLICACIÓN

HÉ aquí un título ajustadísimo, o que a nosotros se nos antoja ajustadísimo, a esta labor periodística.

Pavesas son las sutiles partes del fuego que con efímero y débil resplandor se convierten en ceniza eterna. Unos segundos de problemática belleza luminosa, son su vida corta, antesala de su yacimiento perdurable en el seno de la nada.

¿No son así estos productos del humano ingenio, que llamamos «cuartillas para la Prensa» periódica?

Nacen al fuego de nuestra discutible inspiración, y sus destellos delicados, tenues y frágiles, apenas viven unos instantes en la ligera y revuelta actualidad del pequeño periódico, encargado de concentrar en sus columnas la marcha del inmenso mundo tangible en que vivimos, y la del no menos inmenso mundo vaporoso de las ideas en que soñamos...

Ni calor, ni luz, siendo hijas del sacro fuego mental, estas «Pavesas» no vienen a resolver nada, ni siquiera

a llenar ningún vacío... Ellas, como sus hermanas las hijas de la combustión natural, leves y templadas, aparecerán ante vuestros ojos sin heriros la retina con fulgores de rayo; una endeble lucecilla policroma os advertirá de su existencia, modesta y sencilla, que no aspira a faro guiador, pero que, en su rápido morir, os dejará el triste pensamiento de lo fugaz, de lo perecedero y de lo liviano y caduco de su vivir.

¡Pobre literatura actual, cuyo nervio medular radica en las humeantes «redacciones»!

¡Casi nonnata, el espacio de una pulsación de la curiosidad pública, te arroja al olvido, de donde manos piadosas intentan, en vano, resucitarte en secciones de «hace 25 años», hornacinas y panteones en que muestras las rigideces cadavéricas más lastimosas!

¡Pobre literatura febril de la hoja diaria! ¡Yo te reverencio! ¡Y te bautizo: PAVESAS!!



ROGATIVAS

PASÓ la huelga general como una rogativa más, cuyas preces se evaporan al elevarse a los altos Poderes.

Los hombres, cuando no creen en verdades, creen en supersticiones, ha dicho algún filósofo, y pocas supersticiones tendrán la vitalidad de la que supone a los Poderes públicos, capacitados para darnos «lo que más nos convenga». ¡Qué más quisieran ellos! ¡Infelices Poderes los que siéndolo, no se ejercitasen en el bien!

Mal hacen los que «conscientes» de la complejidad del problema social pretenden que las masas populares comulguen con las ruedas de molino de una simplicidad solucionista, como la de suponer que basta pedir viciosamente para que no se nos niegue con toda ponderada virtud.

Desaciertan, a nuestro ver, los que se empeñan en distraer el hambre de las fieras con carne de gobernante, que algo así significa, o no significa nada, ese predicar constante sobre la culpa del que manda en todas nuestras tribulaciones. «Guárdate y te guardaré», podían contestar a la extraña demanda, los que rigen nuestro destino político.

Algo más difícil que mendigar es necesario hacer en el trance doloroso en que ajenas concupiscencias bélicas nos han colocado. Desechemos, si es posible, ese criterio procesional que nos lleva a organizar rogativas económicas para implorar la lluvia de «subsistencias», ni más ni menos que nuestros benditos abuelos organizaban procesiones para pedir la lluvia del cielo sobre sus campos sedientos.

Reconozcamos que ello es mucho más cómodo que ponerse a construir norias y pozos artesianos; pero no neguemos que alguna vez debe darse la primacía sobre el ideal al positivismo.

Otra huelga para pedir y pordiosear el maná gubernamental de las «subsistencias» podría colocarnos en el caso de los baturros que, pidiendo agua a su santo patrón (patrono diremos hoy, ¡oh, societarios!) se encontraron con el regalo de una tormenta de granizo... porque el agua estaba aún sin moler...



¡CABALLOS! ¡CABALLOS!

EL presidente de los Estados Unidos, mister Wilson Quijano, viendo en esta venta encantada, o castillo europeo, la fiel reproducción de la discordia del Campo de Agramante, ha dicho hace unos días, aunque con cancillerescos circunloquios del lenguaje, aquello de «Ténganse todos, todos envainen, todos se sosieguen, óiganse todos si todos quieren quedar con vida.» Noble exclamación y humanitario deseo, que al fundirse en el horno beligerante mucho tememos quede reducido a una superficie más de pavimentación infernal, según dice nuestro proverbio, que el antro de Satán se asfalta con buenas intenciones.

A nosotros taurófilos consumados y entusiastas, la orden pacifista del presidente norteamericano nos ha sentado igual que cuando en el primer tercio de la lidia, un morucho codicioso y valiente es banderilleado sin el suficiente castigo.

Este jefe de Estado yanqui, que se ha metido a presidir esta espantosa corrida internacional, ha sacado el pañuelo blanco en lo más emocionante de la suerte.

Nuestro criterio sanguinario y castizo, adquirido en el concienzudo y profundo estudio de las doscientas diez

corridas despachadas por el Gallito, no puede menos de levantarse airado en magnífica rebeldía y clamar a pulmón batiente: ¡Caballos! ¡Caballos!

Es decir, más sangre, más visceras, más dolor ajeno al ruedo para calmar nuestra sed de tragedia.

¿Qué son quince pueblos en lucha, si aún quedan otros tantos neutrales? ¡Caballos! ¡Caballos! Que salgan todos los que tienen en los corrales pacifistas los empresarios gobernantes del cotarro...

Después de todo, entre morir artísticamente con el ojo vendado y las entrañas al sol y oro del redondel, oyendo aplausos y plácemes de heroína satisfacción macabra, como mueren gloriosamente los bravos, o morir famélica e indecorosamente en la cuadra ante el pesebre vacío de subsistencias. ¿qué más da?

¡Caballos! ¡Caballos! mister Wilson ¡que no lo entiende usted! ¡que no lo entiende usted! ¡Caballos! ¡Caballos!

Y saca la merienda, compañero de tendido, y lárgame la bota de vino, «que se lo voy a decir».



AÑO NUEVO

UNA de las cosas que más concluyentemente nos demuestran la marcha del tiempo, silenciosa y constante, son las facturas de nuestros acreedores.

Estos calumniados comerciantes, sufridos y serviciales, que pasan la vida atrincherados detrás de sus mostradores, en los últimos y primeros días del año que se va y se viene, salen de su cuchitril y a modo de arma mortífera esgrimen la ametralladora factura, que ellos, en su afán de aparecer complacientes, tratan de endulzar con un salvo error u omisión tan inocente como caligráficamente admirable por sus rasgos Iturzaéticos. Es la mala costumbre del «no reñiremos», «qué prisa le corre», «ni que nos fuéramos del mundo», etc., etc., etc., inventada por los amigos de hacer las cosas mañana, que es como conformarse a no hacerlas, según Larra.

Son las demoras tradicionales de los malos pagadores las que han creado este ahorro forzado de nuestros abastecedores, que ahora amarga las justas alegrías de la familia, convirtiendo la Circuncisión del Señor en tremendos sablazos a la economía doméstica, ya de suyo mal «ferida de punta de amor».

El herrero, el carbonero, el farmacéutico, el médico,

el tendero de telas y el de calcetines y zapatos, el con-
fitero, el peluquero, el abogado que os evacuó una con-
sulta, toda la escala social, en fin, de los que producen
y os sirven para y en vuestras necesidades, concurren
hoy a quitar esa cuentecilla, a vuestra costa, haciendo
con sus muchos pocos un cirio pascual de deudas, que
os aplasta para una temporada.

Un amigo nuestro que tiene la extraña y rara mono-
manía de llevar una contabilidad minuciosa de los gas-
tos de su domicilio, nos decía esta mañana:—He paga-
do esta semana cerca de dos mil pesetas de facturas de
fin de año; mira—y nos mostraba una larga lista de gua-
rismos con la suma al final.—Zapatos de los chicos, me-
dicinas de la criada, dulces del ama de cría, sombreros
de la señora: total, un regimiento de gente a cobrar y
dos escuadrones de familia que mantener.

«Que lo que escrito aquí está
mantenido está por él».

—concluyó humorística y solemnemente, dándole otro
sobo al viejo chiste a cargo de «Don Juan Tenorio».

Nosotros nos quedamos un poco pensativos y lasti-
mados en las hondas fibras de nuestro sentimiento al re-
cordar que este amigo a quien se le van con el año esas
dos mil del ala cobra un sueldo de poco más para todo
el siguiente...

¡Por Dios! ¡No vayan ustedes a decirle que se lo he-
mos contado nosotros! ¡Nos retiraría el saludo!



SERMÓN PERDIDO

HACÍA mucho tiempo que no habíamos oído la misa de doce. Esta misa en nuestro pueblo equivale a la de las Calatravas en Madrid. ¿Verdad, Abeytua? A esta misa, como a aquellas de la aristocrática iglesia de la Corte concurre nuestro mundo elegante, aunque por exigua proporción, más que «mundo» viene a ser una decentita «maleta elegante» y gracias, con perdón del atroz chisteroterápico Iribarren sea dicho.

Esta misa perezosa, de la última hora de la mañana dominguera y pueblerina, tiene «cachet» o sello de franqueo, para circular por la vía elegante que inmortalizó Brunell. Sino que aquí, en estas poblaciones no asimiladas a otro más alto orden administrativo, la elegancia se suele confundir con el lujo, y así nos medra el pelo. Gráfica y regionalmente expresado «la cuestión es ir bien majo».

En misa de doce se recibe el espaldarazo de eleganton andante.

Allí se confirma uno en la religión de belleza a tanto la vara, que expenden las tiendas de novedades.

Ya puede usted vestir con Paquín y haber asistido a las más distinguidas reuniones «croniquizadas» por

Montemar; ya puede ser usted un refinado «gentleman», o un maniquí parisino. ¡Si no va usted a misa de doce, en nuestro pueblo no dejará de ser un pelagatos insignificante!

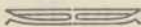
Por otro lado, el público de esta solemnidad religioso-rural, es el que más atenciones merece al cabildo en pleno.

En esta misa, el órgano admirablemente tañido, desgrana sus aplastados y armoniosos sonidos sobre los fieles, como para prepararlos espiritualmente a gozar de la bondad del sacrificio divino. Un elocuente padre predicador suele hablar desde el pulpito, con profunda dialéctica y lujoso almidonado roquete de encajes. El tema que nosotros le oímos desarrollar fué sobre la lógica y razonable existencia de la Santísima Trinidad. Cómo el Padre sin dejar de serlo, es el Hijo y el Espíritu Santo, todo a la vez y consustancialmente uno y trino.

Por poco menos de nada, la formidable oración sagrada nos deja sin un misterio: tan claro y potente y natural lo ponía el padre predicador, que ya nos parecía atrevida calificación la de misterio, para cosa tan sencilla de entender.

Nuestro distinguido «gran mundo», sale de la misa tan filosófico y frívolo como entra, sin dar importancia «ni a Sevilla ni al Guadalquivir».

Tal vez, el único misterio que le preocupa es el de la trinidad de «La Consuelo», «La Dolores» y «La Poza», tres modistas distintas y un sólo despilfarro de cintas, tinis, y rasos liberty.



DE LA CRÍTICA NEGATIVA

NOSOTROS no somos sastres. No ha sido con nosotros tan benévola ni pródiga la madre atNuraleza, como para darnos esas condiciones de esbeltez y marchosidad que caracterizan a los dichosos cortadores y confeccionadores de las telas que cubren nuestras vergüenzas o desnudeces.

Sin embargo, nosotros sabemos si la chaqueta nos aprieta la axila o el pantalón nos impide ciertos movimientos inconfesables.

Inmediatamente, en uso de un derecho consuetudinario, pero injusto, como todos los derechos (¡atizal ¡qué valor afirmativo!), se lo hacemos saber a nuestro maestro Campillo.—Hombre—solemos decirle—después de tanto medir y probar en hilvanes, ahora resulta que no hay manera de que nos llegue el chaleco al cuerpo.

El buen sastre os dá una infinidad de razones técnicas, frente a las cuales no teneis nada que oponer, pues sois legos en el arte de la tijera, de la aguja y del dedal. A pesar de vuestra falta de conocimientos respectivos y sastreriles, el terno está largo de mangas o de forma que os molesta y desagrada. En fin, que no sabeis una palabra de echar telas a perder por medio de patrones, pero

os dedicáis a una crítica negativa de toda la sastrería habida y por haber, y hasta de su historia desde Adán con su «négligé» vitícola hasta la levita del alcalde de vuestro pueblo, modelo del año 40.

No es esto lo peor, sino que encima tenéis razón. Hay sin duda en nosotros «unas ideas innatas o primeros principios», de Spencer, que habiéndonos hecho entrever de manera clara la verdadera forma y ajuste estético del vestido, no nos permiten tolerar el que nos trae nuestro proveedor, porque se opone a nuestra preconcepción, aun cuando técnicamente considerado, ni sepamos hacer una caperuza para los dedos ni en nuestra vida hayamos dado puntada a derechas...

Todo ello, aplicado al caso concreto de vuestra comodidad o gusto en el vestir, tiene bien poca transcendencia. Pero como el hombre en general procede por analogía en todas sus acciones, resulta que de esta observación empírica sobre su traje deduce consecuencias terribles y domoledoras en materia social.

Su razonamiento se aplica, por ejemplo, a otros órdenes de la vida y así nacen o nacemos los críticos negativos de todo lo visible y aun de lo metafísico.

¿Que no sabemos nada, ni hemos estudiado nada de política, de medicina, de música o de cualquiera otra de las mil actividades en que se manifiesta la vida universal?

Pues no importa; criticamos de todo y hablamos de todo con la misma suficiencia que de nuestra ropa. Y no daremos soluciones técnicas a los problemas sociales que criticamos, como no le decimos al sastre el modo de hacer bien a nuestro gusto el frac; pero lo que es quejar-

nos y criticar su obra, sacándole a la cara faltas y sobras, eso es de derecho consuetudinario, injusto como todos los derechos, pero derecho innegable.

¿Y para qué iba a servir el derecho si no serviría para amparar la injusticia? ¡Todo sirve para algo en este mundillo!



DISENTIMOS

NOSOTROS estamos muy conformes con toda la ex-céptica e irónica y alambicada filosofía de Montaigne. Nos encanta su ingenuidad y adoramos su inconsecuencia al tratar de todo menos de lo que anuncian muchos de sus epígrafes. Leyendo sus «ensayos», hemos comulgado mil veces en la religión ideológica y nos hemos enorgullecido con su amistad espiritual a través de los siglos. Pocos días dejamos de escarbar unos minutos en sus pensamientos. Hoy nos hemos distanciado un poco de una de sus afirmaciones. Nuestro amigo del alma, capaz de comprenderlo todo, sabrá perdonarnos.

Nuestro disentimiento lo ha motivado el primer capítulo de su libro tercero, «De lo útil y de lo honroso», que empieza así:

«Nadie está exento de decir vaciedades; lo desdichado es proferirlas presuntuosamente»; y añade, remachando su pensamiento, una cita de Terencio: «Probablemente este hombre va a decirme en lenguaje enfático monumentales simplezas».

¡Caray! Amigo señor de Montaigne, a nosotros nos parece que estáis demasiado sangriento, dicho sea con la mayor sencillez y respeto...

Nosotros creemos que, si las vaciedades son malas de por sí, y censurables y reprobables en todo momen-

to, cuando pretenden ocultarse con altisonantes perifrasis y con todo énfasis retórico, si no dignas de aplauso, deben ser más toleradas que profiriéndolas escueta y simplemente.

Claro que hay cosas que «con azúcar están peor»; pero en este caso concreto de las «vaciedades presuntuosas» nos parece una considerable atenuante, sino no eximente circunstancia, la de proferirlas o expresarlas con cierto mayestático y figurado talante... Vos mismo, mi admirado señor de Montaigne, habéis dicho en el capítulo motivo de esta atrevida disensión «que nada hay inutil, ni siquiera la misma inutilidad».

Y siendo así, como es, habéis de convenir en que la vaciedad es necesaria, y como «tiene nombre de mujer», ¿por qué no agradecer que trate de emperifollarse y adornarse, procurando mentir, con recursos de retórico tocador, la belleza, cuya falta pregonan sus afeites?

Nosotros, amado don Miguel de Montaigne, interiormente damos millones de gracias y estamos bien reconocidos a esas desdichadas señoritas que siendo deficientemente hermosas, tratan de ocultar su falta de encantos simulándolos hábilmente con el arte de Paquín, o el de nuestros colegas rapa-barbas, masagistas, ortopédicos y pintores decoradores, que de todo cría Dios Nuestro Señor...

¿Cómo habéis de ofender vos a los «presuntuosos» que reconocen su «vaciedad» al revestirla de «enfático lenguaje»?

¡Oh! mi entrañable señor de Montaigne: ¡vos tan indulgente de ordinario! ¡Reparad en nuestros literatos editoriales! ¡Por compasión, señor, por compasión!

EPIFANIA

LA Iglesia celebra hoy una de sus más bellas fiestas. La aparición o manifestación a los magos del Salvador, Epifanía de su deidad adorable.

«Los Reyes de Tarsis y de las Islas; los Reyes de Arabia y de Sabá, vendrán a ofrecerle dones», según las palabras de David, en prenda de veneración, obediencia y fidelidad.

Y hace 1917 años, aquellos magos, profetas, filósofos o sabios, Melchor, Gaspar y Baltasar, guiados por la estrella de su fé o de su sabiduría, vinieron del Oriente remoto a poner a los pies del «Amor de los hombres», hecho carne, su poder y sus riquezas y sus sacrificios, como tributo a su más alta e infinita procedencia.

«Y entrando en el domicilio, encontraron al niño con María, su madre; y postrándose le adoraron», dice San Mateo con la sencillez evangélica propia de todo lo grande.

La encarnación de Dios en lo más delicado del hombre, su infancia, hace pensar que no fué el temor a su omnipotencia, sino el amor, lo que hizo a los Magos pasar trece noches a lomos de sus camellos, para venir a ofrecerle el oro, el incienso y la mirra. Nosotros creemos

que el Niño les obligó a su real cortesía, tanto o más que el Dios.

Nuestra consustancial rebeldía de espíritu, nos hace creer que la adoración se presta a lo que se ama y no a lo que se teme.

De ahí deducimos que los Reyes amaron a Dios por su Epifanía en forma de capullo y flor de humanidad; la infancia.

No creemos incurrir en heregía, al hacer pública esta confesión a que nadie nos había obligado.



EL JURADO



No, por cierto, no está bien distribuída la felicidad en este pícaro mundo.

Nosotros nos daríamos por satisfechos, con obtener un premio en el sorteo cuatrimestral de jurados, ya como cabezas de familia, ya como capacidades o siquiera supernumerarios.

En cambio habrá favorecido que echará los bofes buscando recomendaciones para ser recusado.

¡Parece mentira! ¡Con lo honorífico y hasta productivo del cargo! ¿Ustedes no han experimentado nunca el placer, un poco sádico, de ser jurados? ¡Ahí es nada! Poder decir a nuestras relaciones sonriendo y gozando íntima alegría:—¿Quieres algo para Logroño? Voy mañana de jurado.

Como el que no dice nada, vamos de juez de hecho, a tener en nuestras manos la libertad del prójimo, a recibir homenajes de sabios magistrados, a deliberar sobre la culpabilidad de tremendos criminales con un «si» o un «no» trascendentalísimos, a descabezar un regenerador sueñecito arrobados por la lectura del dictamen forense sobre las distintas posiciones que pudo ocupar el interfecto al ser agredido.

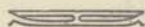
Después de cumplida nuestra misión justiciera, condenando a 14 años y un día de reclusión, o poniéndole en libertad si así nos place, dedicamos la tarde a echar una cana al aire. ¿Quién no tiene viejas amistades en la capital? Y cuando no, la succulenta cena en el Comercio o en el Grand Hotel, con sus infinitos platos «a la broche» u otros nombres aún más extranjeros y alimenticios... El Café de Los Leones o en La Habana, un rato en el teatro, y hasta un poco de amor mercenario (valga el eufemismo) a última hora para no desmentir nuestra fama de calaverones, perfectamente compatible con la administración de justicia popular.

Y así tres o cuatro días, según la duración de las vistas, hasta que volvemos a nuestros lares con el cuello de la camisa un poco ennegrecido, la ropa arrugada y los calcetines—esos calcetines nuevos que estrenan todos los jurados al salir de su casa—con tres o cuatro puntos rotos, que habrá que ver zurcir un día u otro por vuestra esposa o hermana, mientras leéis LA RIOJA en que se habla de vuestros encantados momentos de juzgadores un poco a lo Madnaug, según Azorin... comentando distraídamente la legitimidad de las pastillas de café que trajisteis de recuerdo...

—Chico, estas pastillas no son legítimas.

—¡¡Mujer!!—decís un poco asombrados...

¡Oh, delicias del nombramiento! Nosotros haríamos de buena gana y con la mejor fé, más brillantes oposiciones a la plaza de jurado vitalicio...



¿MI OPINIÓN?

Mi opinión sobre el silencio del reloj? ¡Por Dios, señor don F. M. L., que tenéis ganas de broma! Si yo doy mi opinión, dado de barato que la tenga sobre cosa alguna, y añade que presto a ella mi fianza, ¿no volverá otra vez a oír el descaro de don Quijote «y a vos quién le fía, seor-saca-potras»?

Tal vez esa ilusión a mi insignificancia, en otro «tiempo» me hubiera levantado de cascos, y hubiese hoy endilgado aquí un sin fin de razones para lucir mi opinión sobre el padre Cronos, con tal cual relampaguito de erudición barata y hasta su correspondiente tronar de pedantería aún más económica.

Afortunadamente o desgraciadamente, según desde el lado que se mire, yo no creo que mis obras han de influir en el curso de la Historia, y ello me ha colocado en la frívola y «perforadora» actuación en que, halagando la esencia de mi amor propio, me habéis tan acertada como generosamente «clasificado». Desde este punto de vista, ¿qué queréis que os diga? Me parece que el reloj de ese Casino encantado, porque ya sabéis que hay

brujas, aunque no creemos en ellas, no ha hecho otra cosa que ser discreto, altamente, humanamente discreto.

Ese histórico reloj, que si no es, merece el honor de ser, de pesas colgantes, de péndulo anchuroso, noble y pausado, de metal amarillo, con pátina, sordina que embellece los colores, ha presidido durante siglos el paso de las horas grises, opacas, silenciosas... Sólo él—fijaos bien, don F. M. L.—, sólo él, durante muchos lustros, ha osado interrumpir con su campaneó la callada y religiosa mudez de un pueblo tan apagado, que aún conserva el eco de un beso tradicional, cuya tragedia casi palpita después de seis siglos...

Una ráfaga de progreso, cristalizando probablemente en un tango argentino, para alegrar los espíritus como condición necesaria a mayores empresas, ha surgido de pronto a disputarle su hegemonía y privilegio de alborotador, y el buen reloj, consciente, como os dicta vuestra razón, no nuestra justicia, ese buen reloj que tiene su alma perfectamente definida y visible, ha comprendido su inutilidad ante la voluntad humana, dispuesta a guiar sus agujas, si es preciso, adelantándolas, para ahorrar carbón, por ejemplo, como han hecho esas naciones que no toleran tiranías mecánicas, y temiéndose todo del despertar de los hombres, siquiera en modesta coreográfica reunión, ha callado, no ha querido ser secundaria, dirigible y ha sellado sus labios campanilleiros con el más consciente y discreto de los silencios.

Yo, mi señor don F. M. L., soy un bendito, y esa nube que empaña el cielo de la dominación de ese reloj provinciano, cuyo despotismo durante su secular reinado ha metido en la cama a las primeras horas de her-

mosa noche veraniega al mismo infeliz vecino a quien sacó de las «ociosas plumas» a las del alba invernales, me dá un escalofrío de lástima...

Gracias que estas lástimas son en mí tan frívolas como todo. Se me pasa pronto. ¿Como podría yo ajustar de otro modo las enormes diferencias entre mi psíquica y física constitución?



CENOTAFIO

SON estos pueblos pequeños algo así como la frontera del sepulcro. La idea de la muerte es algo que se ve, que se palpa y que se nos revela constantemente. La vida gris de pueblo, que diría Rusiñol, es un constante «memento hommo», que polvo eres y al polvo has de volver. Las gigantescas proporciones que alcanza la Parca en la mentalidad pueblerina hacen que todos nuestros pensamientos converjan a lo mismo: la tumba...

Y es que la falta de atracciones para nuestra atención, la especializan en el sentido tétrico a que la costumbre la lleva. Si los hombres pudieran resolver el problema de su existencia bañándose en un misticismo ultraterreno, en nuestro pueblo sobrarian desde Tomás Moro hasta Baldomero Argente, todos cuantos sociólogos nos ha regalado el destino. Pero el misticismo no basta, aunque no seremos nosotros los que diremos que sobre.

Sea de ello lo que quiera, el caso es que en nuestro pueblo todos los días se muere alguno o algunos de nuestros conocidos o amigos. La triste noticia se comenta hasta agotar el tema. Persistentemente recorda-

mos al que cae, y aquí no es un tópico lo de tomar parte en el dolor de la familia, sino una realidad angustiosa.

Por si nuestra predisposición a lo luctuoso no fuera suficiente, tenemos las campanadas con que la Iglesia despide o saluda a sus feligreses... ¡Tan!... ¡tan!... lentas y escalofriantes, estas campanas de la agonía suenan constantemente, diariamente, como para que no os distraigais con otros pensamientos terrenales... Hay que morir, hermano cartujo y convecino... ¡Tan!... ¡tan!... ¡tan!...

Una de las últimas defunciones ha sido la de una anciana señora amiga nuestra, modelo de virtudes y bondades. La familia, como nosotros, está consternada. Doloroso es ¡tristes de los que le lloran! ver desaparecer un deudo.

Pero cuando estas lástimas y duelo se os muestran a través del sentimiento de un huerfanito enlutado y bellamente compungido, el dolor se sublima y eleva al cubo... Nosotros renunciamos a expresar nuestras sensaciones; son más fuertes que nuestro léxico.

Nuestro doliente amiguito, rubio como un racimo dorado al sol, nos hablaba confidencial y cariñoso de la desaparición de su abuelita del mundo de los vivos... Nos explicaba cómo a su abuelo, venerable ancianito, divertía las largas horas de enfermo la pobre compañera...

—Jugaban a las cartas — nos dice candoroso y adorable— y ahora el abuelo no va a poder... Porque yo no sé jugar más que a las damas, y eso no le gusta al abuelo.. ¡Tendré que aprender yo a jugar a la baraja! ¿No te parece?...

No pudimos contestarle más que con un beso en la frente, para poner fuera de su visión nuestros ojos enturbiados por unas lágrimas indiscretas y amargas... Los niños no deben saber que también los hombres lloran; ya lo aprenderán cuando sean mayores...



LES HARRYS

Les Harrys, son una pareja de danzantes que en su vértigo bailador y trashumante ha recalado unas horas entre nosotros.

Son concidos en casi toda la provincia, y como estarán lejos para cuando esto se publique, queremos dedicarles un recuerdo, que antes hubiera podido parecer una «reclame» interesada, por nuestra afinidad de parentesco con la empresa teatral.

Nosotros creemos que el baile fué una espontánea creación o secuela de la música.

La armonía o harmonía, que aún no estamos de acuerdo los académicos de la lengua en punto a su ortografía, ante la necesidad de mostrarse plásticamente al vulgo, inventó la danza.

Tentados estamos de volcar aquí una página del diccionario de Espasa o del Seguí, si han llegado ya sus entregas a esta letra para «epatar» al perezoso lector.

Pero nos hemos hecho firme propósito de no hablar más que por nuestra propia cuenta, así es que el que quiera aprender que vaya a Salamanca, ahora que no está Unamuno, porque anda por Madrid predicando ¿con el ejemplo? el modo de atender a sus deberes profesionales y universitarios.

Bien. Decíamos que la danza es la música plástica, es decir el canto del cuerpo, el ritmo de los músculos. Puede expresarse, y a nuestro juicio se expresa, el acorde y el arpeggio con un movimiento de pies, brazos y piernas.

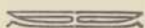
Nosotros hemos visto corcheas y semicorcheas, definitivamente interpretadas con los tacones de la Harry hembra.

Ella y su esposo, son para nosotros notabilísimos artistas, así como suena!

Claro es que nosotros somos un poco «estetas» que se decía hace 25 años. Somos de los del «arte por el arte» y para calificar de artísticas y notables las cosas, nos basta con que nos produzcan emoción grata por medio de lo bello. Como se vé, no somos exigentes, y nos basta con bien poca cosa; la «emoción estética», que es lo que por producirla dá títulos al genio.

Estos Harrys, en este sentido son verdaderos artistas. Su elegancia y refinadísimo gusto en «vestir» los bailarables que representan, y su preparación elemental y sencilla en la escena, jugando tan sólo dos colores en cada combinación, nos ha producido el ligero placer estético del arte puro. Agrada su trabajo y complace nuestro espíritu la contemplación de sus ondulantes movimientos, exentos de todo erotismo «bailaor» y llenos de fina y sutil gracia, que avalora el aspecto delicado y de muñeca encantadora que tiene la monísima Harry femenina.

Hasta en el pedestre y sobadísimo arte del ¡ay Cipriano, Cipriano! cabe un poco de inspiración poética, si los que manejan el pandero casi roto por los «garrotines» y «apaches» de fregatrices célebres, lo saben tañer...



EL BRASERO

NIEVA que se las pela. Los copos van cubriendo el paisaje del socorrido manto de armiño, tan ¡ay! trasnochadamente poético.

El frío material, o frío efectivo, es, como en los empréstitos del Estado, menor que su cotización nominal o termométrica significación. La nieve da más frío que el que tiene.

Nosotros no encontramos mejor defensa contra estas frías aprensiones, que el brasero, el antiguo, el clásico y tradicional brasero.

Ahora bien, que nosotros hemos complementado el sistema, con una esférica «camillá» de faldas sonrosadas, y hule negro, en cuyo seno descansa el simpático brasero, que, con su fuego central, entibia el mundo este «do vivimos nuestra vida».

¿Cómo se han podido idear medios de calefacción distintos que el brasero? No damos en ello aun cuando pongamos toda nuestra fuerza mental lógico-especulativa. Nosotros nos explicamos fácilmente que los hombres hayan inventando el tren y el automóvil, y hasta el aeroplano.

Se necesita correr a grandes velocidades, hay precisión de emplear rápidos medios de transporte; y hasta el más humilde mortal se siente con ansias de volar alto. Se comprende que los hombres, obedientes a la ley natural de procurarse la satisfacción de necesidades, lo mismo que obedece la manzana de Newton a su ley de gravedad, hayan ido de invento en invento, y de descubrimiento en descubrimiento, consiguiendo el objeto de sus propósitos.

Y viene el vapor y el motor de petróleo para el ferrocarril y el monoplano, tan natural y sencillamente, a nuestro ver, como viene cualquier caldero tras de su soga correspondiente.

La luz artificial, mejorándose con el candil, el velón y el quinqué para dar en el arco voltaico, es otra cosa idéntica a la ocurrida en materia de locomoción.

Otro tanto se nos antoja de clarísimo, el progreso de la trasmisión de sonidos, y señales para entenderse a distancia. Desde los gritos al teléfono sin hilos, que está al caer, pasando por los heliógrafos y el Breguet, se comprende perfectamente, el mejoramiento progresivo y científico de la expansión acústica.

Pero respecto del calor aplicado suplementariamente a nuestra economía animal, en cuanto se dió con el brasero, no entendemos el afán de los hombres en crear toda esa serie de artefactos inútiles o poco menos, como la salamandra de cok, la estufa eléctrica y esa desesperante calefacción a vapor y baja presión, que a nosotros nos va a costar alguna congestión cerebral el día menos pensado, en casa de algunos amigos que tienen sus habitaciones con el último figurín del «confort».

¿Hay nada, en punto a sentir el goce de calentarse, como la caricia tibia y amorosa del brasero de cisco, siempre a nuestros pies humilde, esperando el hachazo de la badila, para mostrarnos sus entrañas encendidas de rescoldo con aromas de selva?

Nosotros aun a riesgo de ser tildados de retrógados, prometemos solemnemente matar estos días de nevada cabe a la camilla y el brasero, que procuraremos tener llenos de bellotas y castañas», pidiendo de paso a Dios, que no nos falte

«En las mañanas de invierno
que quien las dulces patrañas
del Rey que rabió nos cuente»
que dijo el poeta.



CRISIS

EL Ministerio Romanones ha planteado la cuestión de confianza al Monarca, quien se la ha ratificado amplia y favorablemente. Nos alegramos, como puede alegrarse el cunero más adicto a la situación.

A nosotros, todos los cambios nos parecen lamentables, desde el de los francos al de los Ministerios. Tenemos un apego a la inercia y al quietismo en todos los órdenes de la vida, que sólo el anuncio de un necesario cambio de habitación, nos transtorna y nos marea, y hasta nos constipa. ¡Figúrese el lector nuestro espanto ante el probable cambio de Gabinete!

Por fortuna, todo ha sido un amago y una alarma sin consecuencias. Don Álvaro y sus demás compañeros de Gobierno seguirán al frente de nuestra administración política, dándonos ora nuevas y brillantes leyes de subsistencias, ora reales órdenes y decretos sobre cualquier cosa, ya dictando disposiciones aduaneras, ya conversando con los periodistas, ya—en fin—organizando cacerías regias y aristocráticas a los cotos de aquí y de allá.

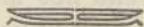
Repetimos que de ello nos alegramos, pues «más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer» co-

mo le dijo a un nuestro amigo alcalde el día de su nombramiento un subordinado suyo alguacil.

Además, que nosotros creemos que el cargo de gobernante debería ser perpétuo, con las consiguientes sanciones a sus desaciertos, pero de por vida. No hay ninguna razón que abone la conveniencia de que un sereno o un guardia lo sean hasta su jubilación, y un ministro, que viene a ser un sereno o un guardia de otra más alta categoría, considerado bajo el punto de vista del ejercicio de su autoridad, no la disfrute más que temporalmente, a intervalos o intermitentemente.

De esta obligación, de la de ser condenados a gobernantes forzados y perpétuos, se seguirían una serie de ventajas mútuas para los ministros y para los ciudadanos.

La primera, el ahorro de cesantías, y las demás, bien claras están. En toda la vida de un hombre, consagrada a especializar sus aptitudes en una sólo profesión, se alcanza eficiencia tal, que hay biólogos que aseguran se trasmite a la especie por herencia. Y como en nuestro país se vinculan los cargos políticos en hijos, sobrinos, yernos y demás descendencia, no es aventurado suponer que a las tres o cuatro generaciones de ministros de Hacienda, por ejemplo, saldrían los chiquillos contando dinero o ideando empréstitos, que dejarían el Tesoro nacional tan sólido y robusto que no habría más que pedir...



SOLO PARA SENORITAS

EN cualquier tiempo y lugar, la vida de las chicas jóvenes, es un «aburrimiento» como ellas mismas dicen con tanta propiedad. Mal que bien, los chicos tienen mil medios en que distraer su tedio; pero las señoritas no cuentan con más elementos en estos pueblecitos en que cantamos nuestra «Iliada» pacotillera, que «las novenas» y las tiendas.

Por lo que respecta a las tiendas es diversión cara, si se ha de comprar siempre, o expuesta a disgustos si sólo se ha de ir a ver precios; que no siempre están dispuestos los dependientes a poner en el mostrador todas las existencias de tejidos para daros el gustazo de elegir paño para una cresta de canario.

Las novenas no son tan constantes como para poder fiar a ellas toda la necesidad de distracción que puede sentir Femina.

Hay que buscar algo más seguro y más atrayente. El baile semanal que recientemente han ensayado algunos jovencitos de ambos sexos, no ha cuajado tampoco. Eso no nos extraña, pues el baile no puede subsistir por sí mismo. El baile es una consecuencia de otros fines. Ya lo dice el adagio, «de la panza sale la danza». Es de-

cir, que después, de comer y alegrarse, no estará mal, sino en su punto, manifestarlo por medio del «agarrao», del «fox-trot» o del «boston». Pero ponerse a bailar a hora fija y determinada, sin más ni más, nunca ha dado buenos resultados. Todas las cosas necesitan o tienen su por qué, y el baile sobre todas las cosas.

Así es que las bellísimas señoritas de nuestra ciudad, como las de otras poblaciones, no saben que hacer, ni cómo pasar el rato en estas interminables noches y tardes de invierno... Se aburren como ostras, si ustedes quienes como ostras con perlas que así como perlas nos parecen ellas de bonitas, pero se aburren que es una desdicha.

¿Qué hacer? ¿Hay por ahí ¡ay! alguien que se atreva a proponer un remedio?

¿Sí? pues tiene la palabra. ¿No? pues aquí estamos nosotros dispuestos a cavilar uno o ciento y a proponérselos a nuestras preciosas paisanas para que elijan el que más les acomode.

Es para nosotros un honor, ofrecerles el muestrario de nuestra fantasía, del que podrán elegir lo que les guste, advirtiendo de antemano, que aun cuando nada nos acepten, no por eso borraremos de nuestra anchurosa faz la sonrisa graciosa del más placentero y repeinado de los horteras.



DEL ARBOL

CREEMOS que después de lo que dijo Costa en loor de los árboles, sin que se haya hecho gran caso, según vamos viendo y leyendo en nuestros días, lo mismo dará callar. No obstante, hay que reconocer que sobre asuntos forestales aún faltan muchas cosas que decir en nuestra

¡Oh! que España rica
¡Oh! que gran nación
¡Oh! que «magnífica»
civilización.

que cantaba el inglés convencional de «La vuelta al mundo».

No hay duda que estamos bien necesitados de repoblar nuestros montes, y aun muchos llanos que maldito si sirven para otra cosa, una intensiva plantación de chopos, álamos, encinas, alcornocques, o aquellos arbustos «que se ramifican a cierta altura» y que más recomienda la agronomía, la ingeniería y la climatología moderna. Hay que perseguir a sangre y fuego a esos desmochadores sin conciencia, que lo mismo pegan un hachazo a un tronco seco e inservible, que se lo pegarían al mismísimo árbol de la vida, que en el paraíso terrenal

desazonó a nuestros primeros padres, si otra vez volviera a ponerlos entre nosotros la voluntad divina.

Dignos de aplauso son los que se ocupan de estas cuestiones, con la mira de fomentar el amor al árbol entre los conciudadanos, ya en la Prensa diaria, ya en el libro, como lo hacen, ciertos cultos, sabios y estudiosos escritores de algún tiempo a esta parte.

Nosotros leemos con el mayor gusto y atención esos trabajos literarios, en cuyas galanuras bebemos amenidad, comemos útiles conocimientos y asimilamos alguna científica observación, siquiera en esto de la asimilación andemos un poco desnutridos, porque nuestro organismo intelectual padece una depauperación lastimosa por su debilidad congénita, que nos trae cabizbajos.

Muy agradecidos a las atenciones de divulgar esas cuestiones, tan abstractas y espinosas, que nos dispensan los referidos escritores, quisiéramos de ellos, completaran sus estudios con las relaciones económico-políticas, que puedan tener entre sí el problema social, y el problema forestal. Porque plantar por plantar, no creemos sea una solución, aunque nosotros, claro está, no pretendemos que se nos escuche.

Nosotros nos imaginamos nuestras calvas mesetas centrales y laterales llenas de una vegetación exuberante y tropical y nos preguntamos: ¿De quién va a ser ese suelo patrio, mejorado por los bosques, los pastos y la ganadería? ¿Del amo particular actual o de todos, en nuestro representante el estado?

Si lo primero, «tanto monta» que haya o no monte... Si lo segundo, eso es ya otra cosa...

A poco enseñamos sin querer la oreja georgista.

¡SIN CRIADA!

ESTE mundo es simplemente un tránsito para la gloria. Aquí hemos venido desterrados de la mansión celeste, a pasar trabajos y fatigas, entre las que bien puede ponerse en primer término la temporal carencia de servidoras domésticas.

De tiempo en tiempo os sucede, que la muchacha que teniais a vuestras órdenes «para todo» se ausenta, o se despide. Unas veces porque no le «pinta» el clima, otras veces porque ha conseguido marido y otras porque es la fiesta de su pueblo y por lo visto no puede prescindirse de ella para animar el lugar.

El caso es, que en lo mejor de nuestra tranquilidad doméstica, sobreviene el accidente y os quedáis sin tener a quien mandurrutear, y con un serio conflicto casero.

La solución, como en muchos otros casos de distinta orden, suele ser peor que la misma enfermedad. El remedio indefectiblemente, es avisar a la «interina», mientras se organiza la movilización de nuevas fuerzas servibles. Una criada no se improvisa. Hace falta un serio estudio y una minuciosa información sobre las que se ofrecen, antes de decidir. Mientras estas protocolarias

cuestiones se ventilan, se impone la «interina». ¡Y tanto como se impone!

Estas interinas suelen ser antiguas servidoras de vuestra casa, si sois lo suficiente viejos para tanto, o si no, sirvieron en casa de vuestros padres o abuelos. Pertenecen ya a la clase de «libertos». Como un timbre de gloria recuerdan su pasada esclavitud a vuestras órdenes o a las de vuestros paternos antecesores. Después se casaron «muy bien» y se emanciparon económicamente, poniendo una abacería cuyos rendimientos les basta a cubrir necesidades. En una palabra, que sólo por la «mucha ley» que os tienen, se acomodan a ejercer unos días el cargo de providencia tutelar de vuestra familia, lavando pañuelos, cocinando y fregando, y sirviéndoos la mesa, todo ello a la mayor comodidad y gloria vuestra...

Hay que agradecerles estas aficiones deportivas que aún conservan, y hay que ver los atractivos de ese «sport» de «hacer las labores» con cierta calma filosófica, para admirar una vez más lo bien dispuesto que está todo en la naturaleza.

Lástima que estas interinidades, como no se suceden con la frecuencia debida, hacen que las sirvientas de ocasión, olviden o no sepan dónde se guardan, por ejemplo, el salero, los cuchillos de postre, el azúcar y otros ingredientes y utensilios tan necesarios en la vida familiar, lo que obliga a la señora de la casa a una especie de rigodón mientras dura la comida, yendo de aquí para allá, sonando llaves y abriendo cajones y gavetas para disimular los descuidos y distracciones de su majestad la interina. Ello os hace tomar la sopa fría, entre otras ligeras contrariedades que procuráis ocultar en

vuestra tesis conciliadora de no agravar la situación de suyo difícil por que atraviesa el ama de casa, cuya criada se expansiona alegremente en su pueblo natal o no le pintaron bien las condiciones climatológicas del vuestro, distante dos kilómetros, o porque «sacó» novio matrimoniero...



SAN ANTÓN

EL 17 de Enero se desvanece la última ilusión de los que confían en la suerte loca y el azar aliado para mejorar de fortuna. Podrá o no escapársele el gordo de Navidad, un segundo de Noche Vieja o una aproximación de Reyes, pero por ello la esperanza, este ave fénix del espíritu humano no desaparece. Aún queda el cerdo de premio en la rifa de San Antón, último baluarte de los ilusos de mayor cuantía, pues los no tan ambiciosos, todavía pueden confiar en que les caiga la tarta o la sortija de mi amigo don Pedro Vicuña.

La característica de esta fiesta de S. Antón está en su adorable nonotonía. Este año, como el anterior, y como desde hace cuarenta, a las diez de la mañana, se dispararán media docena de cohetes, de esos cohetes diurnos tan iguales y tan desgraciados, que se pierden en la luz del pleno día sin fosforescencias ni llama alguna, con el estampido de dos detonaciones idénticas, que solemos confundir con el golpear de una puerta por el viento; estos tristes voladores, anunciarán el acto del sorteo.

El sorteo lo preside el alcalde, y le acompaña una comisión de la Junta de la benéfica Casa de Caridad. El

público lo contituye media docena de muchachos, otra media de mujeres que vienen de lavar—con el cunacho de la ropa en la cabeza—y los expendedores de billetes, que, aunque todos distintos parecen los mismos de años anteriores. Visten las mismas blusas, y los mismos pantalones que vistieron sus antecesores, los muchachos, a quienes distrae el acto, así como las lavanderas, son exactamente los mismos de siempre.

De un pequeño bombo, del mismo que se emplea para las quintas, se extraen cinco números, a cada uno de los cuales corresponde un premio. Al primero, el cerdo más gordo; al segundo, otro cerdo más chico, y a los restantes, unas pesetas de consolación.

Los cerdos y las pesetas, son también iguales que las de todos los años; parece como si sólo hubiera una raza de «sus domésticos» y un sólo cuño para la moneda.

Indefectiblemente el cerdo o los cerdos les caen a los mismos hombres de las veces anteriores. De toda nuestra vida, que va más larga de lo que conviene, recordamos que el cerdo se lo lleva un señor de Briñas, siempre el mismo señor y en el mismo billete, comprado el mismo día y al mismo expendedor...

¡Parece que hacen trampas!



COMPLACIDOS

Nos satisface vernos leídos y comentados por lectores de la talla del señor Aragón, en nuestra tarea de asidua y latosa colaboración en «La Rioja».

Y no ya el perdón que solicita, sino el más caluroso aplauso, nos complace dar a don Salvador, por el artículo de «Repoblación Forestal» que nos dedica, y que nos parece soberano botón de muestra de sus conocimientos en la materia.

No creemos, como él, que el periódico sea lugar inadecuado para el desarrollo de temas científico-político-económico-sociales (dispensen ustedes este vocablo compuesto como para anunciar aguas minerales, cloro-boro, etc., etc.) aunque ya concedamos que ello sea difícil.

Difícil, porque la atención del lector no suele ser lo bastante persistente para dar lugar a la explicación metódica y regular propias de lo científico; pero no inadecuado por su necesaria concisión, por cuanto si bien es cierto que la Prensa diaria dedica poco espacio a cada cosa, en cambio son muchos los días, de que puede disponerse para la explicación de los más vastos asuntos. Por otro lado, los asuntos importantes, o vie-

nen al periódico o dejan de serlo. El diario es el pasto intelectual casi único de las masas, obligadas a más penosa tarea que a la de leer infolios, las más de las veces son refocilamiento mental del erudito, y deber moral de éstos es concentrar, destilar y quintaesenciar sus estudios, haciéndolos apetecibles al vulgo.

En este sentido pretendíamos, en la «Pavesa» honrada con la atención del señor Aragón, que se tratase de las relaciones que el forestal tenía con el problema social, y no podemos menos de mostrarnos ligeramente enorgullecidos, al ver que nuestras insinuaciones son recogidas amablemente.

Nosotros, lejos de censurar que haya diferencias proporcionales entre la capacidad del señor Aragón y la magnitud del problema, nos complacemos en reconocerle más que suficiencia para tratar estos negocios, y de hecho estamos satisfechos, si en algo podemos contribuir a que nos siga ilustrando con sus escritos, con los que no sólo no perjudica a nadie, sino que nos instruye y deleita a los lectores.

Así, pues, a fin de darle motivos a su pluma, vamos a decir nosotros en cifra y en compendio lo poco que se nos ocurra respecto de la conveniencia de tratar paralelamente, el problema del arbolado y el de la fronda social, tan pelada de derechos, al empleo del trabajo en propio beneficio.



MACHAQUEMOS

No hay duda que una repoblación forestal basada en principios científico-agronómicos, produce un aumento de riqueza inconmensurable.

En una Memoria de don Texifonte Gallego, cuando fué director general de Agricultura, Minas y Montes, encontramos algunos datos interesantes a este respecto.

Defendiendo la necesidad de aumentar el presupuesto de gastos en su sección, demostraba que con ello se conseguirían mayores ingresos, a lo menos en otros países. Al efecto presentaba un cuadro recopilando endiabladas estadísticas, y que vamos a reproducir, no por nada, sino como una necesidad fosilizada en nuestra biblioteca modesta, pero honrada. El cuadro es este:

NACIONES	Gastos por Hectárea		Producción
	Personal	Material	por
	Ptas.	Ptas.	hectárea
Sajonia.	11	17'88	64'86
Baviera.	6'56	12'50	48'75
Prusia.	5'80	10'80	30
Austria.	5	6'25	26'25
Francia.	2'05	2'12	10
España.	0'32	0'28	2

He ahí, un poco germanófilamente considerado, cómo los imperios centrales están a la cabeza de Europa en la producción de «leña» y en su bárbaro reparto.

Siguiendo nosotros su ejemplo en España, ordenando los 8.472 montes altos y bajos con sus 5.179.800 hectáreas, gastaríamos un presupuesto anual de 41.125.529 pesetas durante diez años.

Pero tomando sólo el promedio de rendimientos, el de Prusia, tendríamos 30 pesetas por hectárea, lo que equivaldría a una renta anual de pesetas 142.795.200, representando al 4 por 100 un capital de 3.569.880.000 pesetas.

Descomponiendo este malabarismo aritmético en un gráfico, que aquí no podemos trazar, diremos, que, si el Estado dedicase 56 millones de pesetas al año, durante diez, para repoblación científica de arbolado, contando gastos e intereses de esos gastos, llegarían a obtenerse de nuestros montes 142 millones de renta anual, en lugar de nueve millones que obteníamos en el año 1910 a que se refieren estos datos, con un gasto de casi seis millones de pesetas.

Esto es lo que concisa y brevemente, decía el señor Aragón, que debía tener en cuenta nuestro ministro de Fomento, en su presupuesto de resurgimiento nacional. Gastar más para producir más, no es gastar en fin de cuentas, sino producir.

Ahora bien; la producción de riquezas no lleva al bienestar nacional, como lo demuestra la guerra actual, producida a pesar de ser los beligerantes los más ricos del continente. No basta producir, sino distribuir bien, si queremos obtener «así en la tierra como en el cielo»

un poco de sosiego material y moral... Este es nuestro postulado o hierro frío de nuestras convicciones, sobre el que seguiremos machacando hasta que San Juan baje el dedo...

CUATRO GIERAS

Esta es la primera giera que he escrito en mi vida. He escrito muchas y he publicado algunas, pero esta es la primera que he escrito en mi vida. He escrito muchas y he publicado algunas, pero esta es la primera que he escrito en mi vida.

Esta es la segunda giera que he escrito en mi vida. He escrito muchas y he publicado algunas, pero esta es la segunda que he escrito en mi vida. He escrito muchas y he publicado algunas, pero esta es la segunda que he escrito en mi vida.



Esta es la tercera giera que he escrito en mi vida. He escrito muchas y he publicado algunas, pero esta es la tercera que he escrito en mi vida. He escrito muchas y he publicado algunas, pero esta es la tercera que he escrito en mi vida.

Esta es la cuarta giera que he escrito en mi vida. He escrito muchas y he publicado algunas, pero esta es la cuarta que he escrito en mi vida. He escrito muchas y he publicado algunas, pero esta es la cuarta que he escrito en mi vida.

Esta es la quinta giera que he escrito en mi vida. He escrito muchas y he publicado algunas, pero esta es la quinta que he escrito en mi vida. He escrito muchas y he publicado algunas, pero esta es la quinta que he escrito en mi vida.

CUATRO CIFRAS

ESTÁN íntimamente ligados los problemas de producción y distribución de riquezas; no es posible hacer nada en uno sin afectar hondamente al otro.

Por si esto no fuera bastante a dificultar el asunto, sucede con las riquezas y su producción, que no es fácil averiguar hasta que punto conviene orientarlas en sentido determinado. Un ejemplo de estas dificultades de que hablamos, lo están patentizando los antiguos proteccionistas, con su conducta actual.

Hasta ayer, como quien dice, nos han estado atornando los oídos con el tópico de que la «balanza comercial» era más favorable a las naciones de mayor exportación que importación.

Se asegura en libros que parecen escritos en serio, que la nación que vende más que compra, es más rica que la que compra cantidades mayores que las que vende.

Y tan fuertemente está arraigada esta creencia, que a su sombra han nacido aranceles y multas a la importación, tratando de dificultarla, abolirla o mermarla, a fin de que no nos arruine con su invasión. La importación de cosas y mercancías que nos son útiles y necesarias se

ha considerado, en muchos casos, como si nos fuera a infeccionar, y se ha hecho por evitar su entrada en el país más que por impedir la del cólera morbo.

Las buenas gentes del comercio y la industria española, que como nuestras elegantes van tres o cuatro modas atrasadas con las extranjeras, se habían dispuesto en el pasado año a hacernos la nación más rica del globo a fuerza de inclinar la desvencijada «balanza comercial» del lado de nuestra exuberante exportación. Y convencidos por las predicaciones de los economistas de la escuela clásica Mill, Smith, Ricardo y otros, seguros de «producir riquezas» fabulosas, se dieron a exportar del modo más desaforado que vieron los nacidos

Vayan cifras para, que no se nos tache de imaginarios volcánicos.

Manufacturas de hierros y aceros: Exportamos en 1916 (nueve meses), 76.199 toneladas de hierro viejo, contra 35.164 toneladas en todo el año de 1913.

2.938 toneladas de barras-carriles en nueve meses de 1916.

145 id., id., id., en todo el año 1913.

9.878 id., id., id., de todas clases de hilados en nueve meses de 1916.

6.000 id., id., id., en todo el año de 1913.

37.372 id. de otras manufacturas en nueve meses de 1916.

1.455 id., id., id., en todo el año de 1913.

17.170 toneladas de tejidos de algodón y géneros de punto en el año 1915.

5.964 id., id., id., en el año 1913.

7.615.733 sacos para envases en 1915.

953.191 id., id., id., en 1913.

907.753 docenas de pares de alpargatas en 1915.

732.170 id., id., id., en 1913.

12.264 toneladas de tejidos de todas clases en 1915.

262 id., id., id., en 1913.

4.730 id. papel en nueve meses de 1916.

699 id., id., en todo el año de 1913.

1.824 id., id., de fumar id. id.

2.164 id., id., id., en 1915.

3.200 id., suela baqueta y becerro en nueve meses de 1916.

450 id., id., id., id, en todo el año de 1913.

Y no queremos fatigar más la atención de quien tenga el mal gusto de leernos. Ya comentaremos otro día.



COMENTEMOS

REUNIENDO los datos aportados ayer a nuestro pleito, diremos que nuestro comercio exterior en el mes de Octubre de los tres últimos años tiene esta expresión numérica y oficial (del «Fomento Industrial y Mercantil», fecha 10 de Enero de 1917; que aunque nos gustan no queremos por esta vez plumas de pavo real).

Importación en Octubre.—En 1914, 52.298.929; en 1915, 123.913.267; en 1916, 86.434.929 pesetas.

Exportación en Octubre.—En 1914, 67.172.011; en 1915, 115.396.065; en 1916, 151.831.678 pesetas.

Cuyos totales demuestran que hemos reducido la importación y ampliado la exportación en forma que estamos camino de no saber que hacer con tanta riqueza.

No se nos podrá negar que si es cierto que una manera de producir riqueza nacional es la exportación, como se aseguraba por los proteccionistas, no hay razón para esas quejas de nuestros trabajadores y obreros, o habrá que reconocer que no basta crear riquezas si éstas no se reparten bien.

Puede suceder, sin embargo, que no haya tales carneros, y que eso que llamamos creación de riquezas no sea tan aúreo como parece indicar su relucir. Queremos significar que tal vez en esta cuestión de las exporta-

ciones, no sea oro todo lo que reluce. Tal podrían ir las cosas, que donde, hasta 1914, se creyó fomentábamos riqueza, no haríamos más que pasar el rato. A lo menos así parecen reconocerlo economistas tan prestigiosos como modernos, Olascoaga y Gay, entre otros contemporáneos, que aconsejan prohibirla. ¡Siempre extremistas!

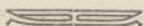
De todo hay poco. La exportación y la importación pueden ser riqueza, según a lo que se refieran. El ejemplo del maestro inmortal Henry George, gráfico como todos los suyos, es bien concluyente.

«Exportar hielo artificial, de la India a Nueva Inglaterra, o importar plátanos de estufa en la India, procedentes de Nueva Inglaterra, a nadie se le antojará la mejor manera de aumentar riquezas.»

El transporte de riqueza aumentando su valor (las cosas se cambian porque valen, no valen porque se cambian), hay que verificarlo poniendo lo necesario donde haga falta. Simplemente hay que procurar satisfacer necesidades sentidas o evitar trabajo, al emplear el «modo» de crear riqueza, llamado «transportar», que a cosa tan inocente viene a quedar reducida toda la pomposa exportación e importación internacional actual, y a la misma ley seguirá sujeta mañana la exportación e importación interplanetaria, si Dios no lo remedia.

Quedamos, pues, en que exportar es tan creador de riqueza como pueda serlo tocar el acordeón, según dónde, cuándo y cómo se toque o se exporte.

Hay que andarse con tiento en aconsejar la producción de riqueza, que el diablo las carga...



EMPALMEMOS

CLAÑO es, que, a primera vista, parece que todo lo que vamos diciendo no tiene nada que ver con las tóporas de la repoblación forestal.

Sin embargo, hay que mirarlo más despacio, y ello irá viéndose.

Nosotros hemos demostrado que ha hecho falta una guerra de tres años y 15 millones de hajas en todos los campos, para probar a los proteccionistas que su postulado de «exportar más que importar» no aumentaba la riqueza nacional. Aquí eslá nuestra España, aumentando el malestar y la depauperación patria, a medida que aumenta su exportación y disminuye su importación, que no nos dejará mentir.

De ello deducimos un paralelismo con otras formas de producir que nos parece lógico.

La creación de bosques, dentro de una técnica científica, no hay duda que nos haría más ricos en maderas, frutos, pastos y ganados, siempre que estos productos beneficiasen al Estado. Para ello habría que legislar previamente en el sentido de que el único monopolizador de la renta del suelo fuera el propio Estado, no sólo en

la superficie destinada a árboles, sino en la destinada a cualquier otro uso.

Si esta creación de más riqueza forestal (admitiendo que no venga otra guerra a demostrar que no todos los aumentos son riqueza), posee la misma propiedad, como no pueda menos de poseerla, de tenerse que distribuir como toda cualquier producción entre los elementos que la dan valor, a saber: trabajo, capital y tierra, no habremos hecho nada justo, así la multipliquemos hasta lo infinito.

En toda producción de riquezas entran necesariamente en juego los tres elementos, tierra, trabajo y capital, lo mismo para hacer un bosque que para plantar una lechuga. Variarán sus proporciones, y hasta en algunos casos parecerá obscurecida, por sutil, la intervención de factor determinado, pero esencialmente, los tres producen, han producido y seguirán produciendo la riqueza por los siglos de los siglos.

Ahora bien, si la distribución del producto se hace entre sus derecho habientes, salario, interés y renta, y éstos siguen en la misma irritante desigualdad jurídica que les coloca en distinto plano de fuerza adquisitiva, a cada ascensión de unos corresponderá fatalmente el descenso de otros, con la agravante de que los que suban económicamente serán los menos, y los que bajen los más.

Los árboles, como «trabajo ingreso en materia», las exportaciones como aumento de valor por el transporte, los inventos del vapor y la electricidad en sus múltiples aplicaciones, las conquistas de la ciencia en lo químico, en lo físico y en lo material, todo ello no ha

hecho ni puede hacer otra cosa que aumentar la riqueza, sin evitar que la mayor parte de nuestros hermanos carezcan de lo mas necesario.

Repetiremos nuestra verdad inconcusa: «Distribuir bien y equitativamente es el problema».

A pesar de tenerlo bien acreditado, estamos por cambiar nuestro pseudónimo, firmando «Pero Grullo».



HAY QUE VARIAR

LA campaña de persecución y denuncias a la prensa, como el temporal de fríos, se ha recrudecido estos días de modo alarmante para los perjudicados.

«El Debate», «La Acción», «España Nueva» y otros apreciables colegas, están sufriendo los rigores del señor fiscal, que a fuerza de lápiz rojo, se propone hacerlos entrar en la senda de la prudencia expresiva, o impedir que sus más o menos corrosivos artículos lleguen a conocimiento del buen público.

Nos parece, con perdón por esta aparente faltilla de compañerismo, que los gobernantes hacen bien en impedir, por todos los medios a su alcance, que se les traiga y se les lleve, con insidiosas obscuras acusaciones, en lenguas de las gentes, poniéndoles el San Benito de supuestas inmoralidades, que si quieren corregirse y perseguirse pueden muy bien concretarse y denunciarse ante nuestros Tribunales de justicia sin necesidad de remendar la red de leyes, en que pueden cogerse esos gazapos, que, a Dios gracias, nuestra trama legal, desde la Constitución hasta la nuevecita y brillante ley de Subsistencias, nos ampara en derechos individuales para eso y para mucho más.

Porque lo que se hace con ese dar un cuarto al pregonero, no es más que soliviantar los ánimos, revolver salsas y desprestigiar lo que más necesitado está de prestigios en España.

Nosotros no podemos leer con calma esos dictionarios contra nuestros gobernantes, sean los que sean, a que tanto apego y afición les tienen ciertos cronistas, como Cirici y Ventalló, por ejemplo, para quien el Gobierno y el régimen tienen la culpa de todo.

No se cansan de motejar de torpes, de ineptos y hasta de cosas peores a nuestros pobres gobernantes, un día y otro; para esos biliosos comentaristas de la acción gubernamental, no hay nada más indigno de respeto que un ministro: se dedican con fe propia de mejor causa a demoler toda idea de obediencia en los gobernados y, en fin, para esos anarquistas de San Vicente de Paul bastante causa es la de figurar en puesto elevado políticamente, para quedar convertido en el más miserable de los mequetrefes.

Resulta, según esos eternos opositores, que a los primeros puestos de la nación sólo llegan pillos o tontos, o las dos cosas juntas.

Con lo que no nos hacen ningún favor al resto de sus compatriotas; pues si en el país de los ciegos el tuerto es el rey, y estos gobernantes son los tuertos del nuestro, dá miedo pensar en los lazarillos que vamos a necesitar los españoles.

Por Dios, que hace bien, perfectamente bien, el celoso fiscal que no consiente la campaña de acusación embozada contra personajes que, después de todo nece-

sitan de un prestigio y hasta de un acatamiento, sin el cual es imposible ser clase directora.

Hay que inventar, si no las tienen, dotes de capacidad, honradez y talento para los que se toman la molestia de gobernarnos, ni más ni menos que habría que inventar a Dios, si no existiera como dijo Prhudón.

El día que los ministros sean adorados por el país, se evitará que un chupa tintas cualquiera retrase la ejecución de reales órdenes como la del transbordo de Montalvo, porque entre Cirici, ese Voltaire derechista y otros cofrades, le han hecho creer al covachuelista, que Gasset es un tío que anda siempre con un regador al hombro, buscando pantanos que llenar... ¡Si le digo a usted, hombre!...



¿HACE?

NADIE se ha levantado a decir esta boca es mía, en punto a honestos recreos femeniles, por lo que tenemos el honor de proponer a ustedes el siguiente:

Se reúnen las muchachas previamente adscritas a la asociación, en una confitería cualquiera. La asociación puede denominarse «Las 30» o «Las 40» o Las... el número que se hayan juramentado. El punto de esta reunión, de partida, puede ser la tienda de Iturbe, que me parece el más dulce y «sabroso» de nuestros «Paredones».

Allí se llevan, ya preparadas por la secretaria, unas boletas de alojamiento, firmadas por el señor juez, si es necesario, para poder pernoctar unos instantes en determinados domicilios.

Las jóvenes se distribuyen en grupos de 10 chicas cada uno, a las órdenes de una de ellas, la más pequeña de estatura, no de edad, para entenderse pronto.

Esta «rica esencia en pomo chico» será la capitana del pelotón respectivo; y con su boleta de alojamiento sale en la dirección indicada en la orden, a verificar el asalto de la casa convenida, la de don Fulano o la de don Mengano... No pueden faltar una docena de casas

donde caer entre dos luces con cualquier pretexto, y 12 casas a 10 chiquillas dan para 120, cifra que no alcanzará tan fácilmente la asociación, con sus fundadoras y socias de mérito, que para nosotros lo son todas, atendiendo a sus encantos.

Una vez en la casa, no faltará un motivo para justificar la invasión, preguntando por alguien de la familia, a quien se le espera sino está, ya charlando de cosas amenas, o sucesos locales, ya tijereteando la piel de cualquier vecino, ya, en fin, con lo que salte o el ingenio de nuestras muchachas les dicte. Procediendo de una manera relativamente seria, y con un poco de discreción de la mucha que sobra a nuestras pollitas, puede matarse allí donde sea, una hora o dos como máximun, como de visita, curioseando las habitaciones, interesándose por la salud de los dueños, pretéritos, presentes y futuros, y aceptando con la mayor muestra de agrado todos los obsequios que se les ofrezcan, como té, merienda y música de pianola inclusive.

Todo lo que los asaltados estimen compatible con su generosidad y la buena educación.

Llegada la hora de marchar, se despide hasta otro día, con gran amabilidad, se dan las gracias y se vuelve a la confitería a comentar con las compañeras de Katipunán los incidentes de la excursión, de la que se dan cuenta minuciosa, unas a otras, las amigas. Si está buena noche, por la calle de la Vega, mientras se dan vueltas, se siguen comentando los accidentes, y esta crítica alegre y juvenil puede ser la más terrible sanción a probables huraños recibimientos, con los que hay que contar como el máspreciado motivo de risa.

En el ir y venir de la confitería a las casas asaltadas se permite el acompañamiento del novio, y hasta podíamos decir se «suplica el novio», si ello no es ofensivo para estos chicos nuestros que parecen los pescadores de «Molinos de Viento».

Para más detalles dirigirse a Maese Nicolás.



EL FORÁCEO

POR estas «escondidas sendas» de los pueblos, no suelen ser frecuentes ni numerosas las llegadas de forasteros, a quienes familiar y localmente llamamos «foráceos».

Ni tenemos Gobierno civil, ni Capitanía, ni Audiencia, ni ninguna de esas derivaciones centralistas de la administración pública.

Gracias sean dadas a quien corresponda, que no nos falte nuestro puestecito de la Guardia civil, nuestro Juzgadito de instrucción, nuestro Banquito de España, y, en último término, nuestra Contaduría municipal, que en punto a traernos extraños y amables huéspedes, también representa su grano de arena. *

De tiempo en tiempo suelen hacerse obras importantes, como el ferrocarril de Ezcaray, la plaza de Abastos y otras que nos ponen en tratos directos con empresarios, ingenieros y empleados simpáticos y agradables que animan la población y sus espectáculos.

Porque, eso sí; no hay nadie mejor dispuesto a la diversión pueblerina que el recién llegado de los grandes centros de la civilización.

Todos son aficionados al cine, al baile y a los fuegos

de artificio. No es posible concebir un holgorio público sin que acuda a él toda nuestra población flotante, «en masa».

Además de divertirnos los «foráceos» (el calificativo se emplea en sentido cariñoso, sin el menor asomo hostil), son muy finos. Saludan a todo el mundo con la mayor atención y cortesía, quitándose el sombrero al paso de las señoras y señoritas del pueblo. En esto se les conoce a la legua que son de otros lugares.

Aquí, los indígenas, cuando queremos extremar la fineza en el saludo, nos agarramos un pizco de la boina con el índice y el pulgar; pero tenemos mucho cuidado en no pasar de ahí. Descubrirse con esa arrogante galantería que lo hace el contador del Ayuntamiento, por ejemplo, o el oficial de caja del Banco de España, no lo hace un «jarrero» neto y castizo, no digo yo ahora, que realmente da miedo la temperatura ambiente, pero ni siquiera en el más caluroso día de verano.

Aunque con estas diferencias constitutivas, o posiblemente por ellas mismas, los forasteros y los naturales hacemos enseguida muy buenas migas. A los pocos días, y ¿que digo días? a las pocas horas de aposentarse entre nosotros el «foráceo», ya cuenta con grandes y extensas amistades.

—¿Ha visto usted la iglesia de la Vega, o las Bodegas Bilbainas, o el estudio de Paternina?—le preguntáis al forastero a los diez minutos de llegar. Y a todo os contesta afirmativamente.

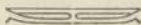
Nuestros paisanos se adelantan a hacerle grata su estancia con la más plausible de las prisas, y os chafan el lustre de vuestra generosa hospitalidad.

Como por intuición, saben todas las rivalidades y diferencias que separan a nuestros convecinos. Conocen la historia del por qué no se saludan don Fulano y don Zutano y sus respectivas familias y amigos de uno y otro bando; quién hace el amor a la Menganita o a la Perenganita; a quién dieron calabazas el año pasado; el precio del vestido que luce ésta, la otra y la de más allá, y hasta si lo pagó o si lo debe aún a la costurera.

No se les escapa nada. Nosotros no sabemos si es penetración psíquica del foráceo, o si es monomanía comunicativa de nuestro natural parlanchín y hablador, so capa de confidencias. El caso es que el forastero os da siempre la mejor referencia de todos los asuntos locales.

Por supuesto, que otro tanto sucede a la inversa. También nosotros averiguamos la vida y milagros de nuestros visitantes con exuberancia detallista. Sobre todo los chicos jóvenes...

Antes de tener el gusto de que se avecinde entre nosotros el señor juez o el cajero, o el teniente de la Guardia Civil, ya sabemos si es guapo, y si está en disposición de contraer matrimonio, o si dejó hipotecados su corazón y su tranquilidad en alguna lejana vicaría de esas luminosas, tumultuosas y envidiables grandes ciudades encantadas; en las que harían un lindo papel de jueces, tenientes o cajeros consortes, más de una de nuestras monísimas, hacendosas y bellas paisanas.



DE LOS PUEBLOS

EL ilustre y notable escritor don Cristóbal de Castro, con cuya amistad nos ufanamos, y ustedes disimulen el «postín», se ocupa, en lugar preferente de «Heraldo de Madrid», número 9.548, de nuestra decadencia nacional, comparativamente con la italiana, en punto a producción agrícola, pecuaria, minera, industrial, comercial, militar, marítima, cultural higiénica, sanitaria, jurídica, hacendística y hasta moral, por cuanto alude también a nuestra conciencia social, en la superabundante y rica explosión de su léxico envidiable.

Y buscando en las causas determinantes de estas diferencias, entre idénticas condiciones étnicas y geográficas propias de los dos pueblos, llega a la conclusión de que precisamos estudiarnos y organizarnos.

Estamos perfectamente de acuerdo con el maestro y estamos convencidos de que sólo a fuerza de estudio y organización, podemos llegar al pináculo de las futuras glorias patrias.

Mas ¿cómo pueden los pueblos estudiarse a sí mismos, conocerse y organizarse? ¿qué son los pueblos? ¿qué es el estudio? ¿qué es la organización?

Organizar, ¿no es subdividir? Estudiar ¿es aprender?

Pueblo ¿es mayoría o fuerza? Vemos tantas dificultades para la aplicación del remedio a nuestros males, recomendado por el eminente literato y documentado sociólogo, que no atinamos con la fórmula apropiada. Esperamos y confiamos en los conocimientos y facultades mentales de nuestro insigne amigo que, en artículos sucesivos, irá definiendo forma, modo y manera de emplear su terapéutica intro-estudiosa e intro-organizadora, y entre tanto, iremos nosotros divagando sobre los conceptos, pueblo, estudio y organización, a fin de que no nos falten materiales para la construcción de estos castillos en el aire, a que venimos dedicados hace algunos días.

Empecemos por lo que entendemos por pueblo, y seamos breves si no podemos ser originales.

Pueblo, teóricamente, viene a ser la reunión de individuos, bajo unas mismas leyes, costumbres e idioma. Con arreglo a esta pauta definidora del concepto nación en su acepción sinónima de pueblo, ¿como cuántos habrá en el globo? Nosotros no conocemos apenas el mundo y no podemos negar ni afirmar que existan algunos. Se dice que hay distintos, se les limita por fronteras, y hasta se asegura que constituyen verdaderos bloques nacionalistas agresivos y pacíficos, dominadores y sometidos, con sus respectivas historias y todo.

Posible que así sea. Pero si es lícito juzgar de los demás por nosotros mismos, hay que convenir en que es difícil la unidad condicional de costumbres e idiomas. Desde un catalán hasta un andaluz y desde un asturiano hasta un valenciano, se nos antoja tal disparidad de

usos y costumbres y tal variedad de lenguaje, como la que puede existir entre un esquimal y un hotentote.

Y si se manifiesta esta irregularidad de caracteres entre regiones relativamente distantes unas de otras y se quiere evitar cortando distancias, tampoco nos parece conseguible, por cuanto en las mismas pequeñas porciones de terreno se dan costumbres distintas entre pueblecitos rurales y capitales de provincia y hasta entre las mismas poblaciones y hasta entre las mismas familias, células del organismo nacional.

¿Qué más? El mismo individuo, no ya célula sino átomo del órgano pueblo ¿no tiene costumbres diametralmente opuestas, y hasta distinto idioma en su niñez y en su virilidad y en su decrepitud?

¿Cómo amalgamar tan discrepantes componentes para obtener el producto pueblo? ¿Si será un mito la existencia colectiva?



DE LA ORGANIZACIÓN

PREGUNTÁBAMOS ayer que quién podrá dar el «sobresaliente» de suficiencia a las naciones que se ocupen de su propio estudio, y cómo se podrá reglamentar la «carrera» de esos mismos estudios, con sus cursos, asignaturas, tribunales examinadores, etc., etc., después de suponer y dar por cierta la esterilidad del estudio y la sabiduría centripeta, es decir, la posesión de conocimientos humanos que tiende a reconcentrarse en lo más íntimo del individuo, sin visible aplicación externa.

Y ahora nos vamos a meter con el concepto «organización» para no sacar tampoco nada en limpio, lo que tenemos el valor de anunciar honradamente, para que el que tenga prisa se siente, y tome otra labor más entretenida, si no se quiere aburrir leyéndonos.

Organizarse es disponerse a obtener de las partes la mayor eficiencia y armonía del todo, es arreglar y ordenar las cosas de tal manera que de su conjunto resulte un concierto sinfónico social, o algo por el estilo.

Pero para conseguir esa finalidad ¿no hay que anular la voluntad del hombre? En cualquier organización ¿preexiste el organizador, o se verifica espontáneamente?

La «organización espontánea» nos suena a paradoja, y si no lo es, obedecerá necesariamente a actos naturales que si ha de verificarse fatalmente, no nos incumbe su modificación, ni debe preocuparnos.

Habrá que pensar en el ser superior ¿el super-hombre de Nietzh? que ha de encargarse de traernos las gallinas.

Esto no sucederá, sin merma de las libertades públicas y privadas. Si alguien ha de empuñar la batuta para decir «a una», tendremos que abdicar nuestras prerrogativas de reyes de la creación, y hacer lo que nos manden, si no queremos de grado, que no hemos de querer, por fuerza.

Pero volvemos a preguntar, ¿ésto no es retroceder en lugar de progresar? Si subdividimos para llegar a mayor rendimiento, ¿no tendrá que hacer cada cual, no su santísima voluntad, sino la voluntad ajena? Esto ¿no es un nuevo feudalismo? Los torrentes de sangre que costó a la humanidad europea la conquista de las libertades ¿iban a concluir en darlas por inservibles para organizarse?

Pues nos hicieron un flaco servicio los enciclopedistas del siglo XVIII, precursores de las revoluciones que sacaron a flote los derechos del hombre, con sus predicaciones.

Nos parece una heregía filosófica la conclusión a que hemos llegado, y no podemos persuadirnos de que la lógica corriente sirva para estos menesteres de encadenar razonamientos. Sin duda, como ha dicho Linares Rivas, debe haber alguna otra lógica semidivina, que nosotros desconocemos, y que sería bien aplicar a este caso.

Porque nosotros nos damos clara cuenta de que la desorganización es la descomposición y si seguimos creyéndonos cada uno superior al otro, y queriéndole imponer nuestros preceptos, y obligándole a que respete nuestro «Welsanschauung» o concepto del mundo que dicen los alemanes, no vemos otro resultante que el desbarajuste y la baraunda más espantosa. Algo así como una orquesta donde nadie tocase su papel, ni afinase, ni llevase el compás, sino que se entregara a ejecutar preciosas melodías debidas a su inspiración, pero en total desacorde con los pasacalles y polkas del «virtuoso» de al lado.

. En una palabra; lo desorganizado nos parece caótico y abracadabrante.

Pero la verdad sea dicha, contra lo desorganizado no vemos mejor remedio que organizar, y como de este concepto que formamos de la organización, tenemos el temor de que el organizador «sine cua non» lleva gérmenes de tiranía, nos armamos un taco que ya, ya.

«La nación y el mundo, está desorganizado, ¿quién lo habrá de organizar? el organizador que lo desorganice u organice, que digamos, buen desorganizador u organizador, que nos equivocamos, será».



The first part of the book is devoted to a general history of the world, from the beginning of time to the present day. The author discusses the various stages of human civilization, from the earliest forms of society to the modern world. He also touches upon the geographical and political changes that have shaped the world over time.

The second part of the book focuses on the history of the British Empire. It details the expansion of British power across the globe, from the early colonial ventures to the height of the empire in the late 19th and early 20th centuries. The author examines the economic, social, and political factors that drove this expansion and the consequences it had for the world.

The final part of the book discusses the decline and fall of the British Empire. It explores the various challenges that the empire faced in the mid-20th century, including the rise of nationalism and the pressure of the United States. The author concludes with a reflection on the legacy of the British Empire and its impact on the modern world.

APOSTOLADO

DON José Echevarría Rotaeché, el valiente apóstol de la legalidad, autor del folleto «España sin pulso» nos envía una circular invitándonos a formar parte de su «Unión Redentora», asociación benéfica domiciliada en Bilbao.

Uno de los fines que persigue esta liga es —son sus palabras— «demostrar la necesidad de crear verdaderos tribunales de justicia, proclamando como principio fundamental que los dignatarios más altos y mejor retribuidos de la nación deben ser los jueces».

Así estima el batallador vizcaino, que los juzgadores podrán llegar a una ideal independencia personal y económica, sin la cual no cree posible officiar de sacerdotes en el templo de Temis.

Nosotros nos permitimos creer que la justicia humana no puede ser más que una cosa relativa, ya que lo absoluto lo colocamos más allá de esta vida.

Compadecemos sinceramente a los hombres de conciencia, que por azares de la suerte, se ven obligados a sentenciar en justicia. Se nos antoja que han de sufrir profundas vacilaciones y torturantes dudas antes de llegar al «fallamos» clásico. La augusta misión del magis-

trado, intérprete de leyes, y ordenador de su ejecución, considerámosla de una serenidad de espíritu que se aviene mal con la zozobra del alma envasada en cuerpos que padezcan «hambre y sed» y otros materiales dolores de la penuria. Sin duda, las dificultades de enjuiciar y juzgar humanamente, han de ser mayores en el pobre que en el rico juez.

La coacción moral que en todo momento parece ejercer el poderoso en fortuna y medios económicos, sobre el que no lo es tanto, puede llegar a ser funesta en casos determinados, para el mejor servicio de la verdad y la justicia

Bien está, pues, señor Rotaèche «que los dignatarios mejor retribuidos sean los jueces» si sólo de pan viven los hombres.

Pero «no sólo de pan vive el hombre» dijo quien lo fué sin dejar de ser Dios.

Y a no demostrarse que con la posesión de dinero, va aparejada la del más excelso valor moral, nos parece que aun bien pagados, todavía se verán asediados los jueces por las tentaciones del demonio prevaricador. Hay otros muchos valores además del metálico, y hacer que los encargados de administrar justicia los posean todos, en el grado superlativo que los eleve a su desprecio y renunciación, se nos antoja algo difícil. De creer al juez, como parece desprenderse del concepto del señor Echevarría, capaz de claudicar por falta de medios de fortuna, no hay razón que abone para suponerle invulnerable a la falta de otros valores que también juegan su papel en el mundo.

Nos parece mejor sistema, para fiar a la justicia hu-

mana nuestro bienestar, el de suponer al juez, siempre y en todo momento justo, por hábito y por naturaleza, en la escasez y en la abundancia, falto, o sobrado de bienes materiales.

El juez no ha de sentir, otros estímulos que los de su propia conciencia, desmaterializándose y como idealizándose en su deber funcional, al extremo de flotar en el espacio moral, elevándose al vuelo de potentes alas éticas.

En este sentido, tal vez convendría reducirles todavía el sueldo.

Pero nosotros, que no creemos en la infalibilidad de nuestra razón, nos hemos asociado a la «Unión Redentora de España» y hoy hemos enviado la cuota de diez pesetas, al señor D. José Echevarría Rotaache, a Bilbao, deseosos del éxito de su apostolado... ¡Ojalá no vayamos solos!



EL IMPUESTO ÚNICO

«...y como no sería posible ni razonable satisfacer las necesidades del Estado con los rendimientos de las contribuciones, forzoso es reconstituir y vigorizar los tributos indirectos... *El Ministro de Hacienda.*

(Preámbulo del presupuesto de 1913).

MUCHAS veces he pensado si el poder difusivo de la imprenta será una de tantas voces como hacen correr los pavos pseudo literarios.

Yo he leído—además de los Evangelios y la Biblia—algunos libros que, por su contenido, bien pudieran haber revolucionado el mundo de las ideas. Y he comprobado, en la medida que a uno le es dable esta comprobación, que esos volúmenes se han impreso por centenares de millares, lo que hace de creer en cientos de miles de lectores. ¿Cómo no se ha notado su influencia en un rápido cambio de la moral pública, ajustándose a sus predicaciones? O si eran censurables ¿cómo no han atronado el aire los trompetazos de protesta de sus detractores?

Tal vez lo uno o lo otro, o ambas cosas, se han verificado y sucedido sin que yo, ocupado en menesteres

prosáicos de la vida, lo haya notado o haya sido capaz de percibirlo.

En cuyo caso todos podríamos tener razón; los que reconocen el influjo decisivo y poderoso del invento de Gutemberg, y yo, que dudo de ese influjo por no haberlo sentido, al modo que el próximo vigilante de una dinamo, tampoco siente la energía eléctrica que produce el alternador, sin perjuicio de que el rayo allí engendrado mate a veinte leguas.

Sea como sea, el descubrimiento de las leyes naturales que socialmente producen la supervaloración del suelo, y la doctrina económica que de ellas se deduce con lógica múmbea, no comprendo cómo no han cambiado la faz del orbe contributivo, habida cuenta que treinta mil volúmenes se han impreso y llevan camino de imprimirse treinta mil millones de veces, como la obra inmortal de Cervantes, los libros del apóstol Enrique George.

Con todo, el excelentísimo señor Ministro de Hacienda elabora para 1913 un presupuesto de ingresos basado en las multas al trabajador.

¿En qué razones podrá fundamentarse la vigorización de los impuestos indirectos?

¿Qué o quién podría oponerse con fuerza al establecimiento del impuesto directo sobre la renta del suelo y del subsuelo?

El hombre, ser eminentemente sociable y dispuesto para la cooperación, no puede vivir aislado si ha de vivir con alguna intensidad. Esta es una verdad evidente por sí misma, que diría Jefferson.

Por otro lado, la esencia del progreso es la sociabilidad de la cual tiene su arranque.

De esta necesidad de asociarse los hombres nace el Estado fiador solvente que garantiza derechos y señala deberes a sus miembros.

El Estado tiene también necesidades económicas para su sostenimiento útil, y como todo está previsto en la Naturaleza, al producir un organismo durable, lo hace a expensas del ambiente y medio de adaptación.

Nacen el organismo y la base de su sostenimiento conjuntamente.

No es posible lo uno sin lo otro en condiciones de vitabilidad.

El órgano social Estado, innato desde las primitivas sociedades trogloditas, y sostenido hasta hoy en todo el periodo que alcanza la historia del hombre, aunque cambiando a menudo de formas y conceptos, no iba a estar más abandonado por el Creador que los descendientes apenas organizados de esos múscidos brillantes cuya incubación se verifica entre los tejidos musculares en putrefacción, razón por la cual la mosca madre deposita sus huevos allí, precisamente donde sus hijos inmóviles encuentran provisiones vitales al alcance de sus fauces microscópicas.

De tal modo, el Estado, al crearse organizado, produce un valor del suelo, que, justamente, no debe aprovechar a nadie ni a nada que no sea su propio desarrollo.

Por eso, este valor del suelo alcanza altitudes perfectamente iguales al nivel de sus necesidades.

El mayor progreso, la mayor civilización, la mayor

grandeza, auge y preponderancia de un pueblo, se resuelve sabiamente en «más valor» del suelo.

Tomar este valor, por medio del impuesto que absorba la renta total en beneficio del Estado por quien y para quien se crea, es el acorde perfecto, en toda su grandiosa amplitud armónica que tendrán que ejecutar los Gobiernos, antes de anunciar los conciertos de sus programas políticos, si no quieren desafinar fracasando en sus propósitos de mejorar las condiciones del país.



ALGO DE GEORGISMO

LA mayor parte de los males que aquejan al individuo, a la familia y aún a la Sociedad, tienen un remedio fácil y seguro en la «cataplasma» de billetes de banco, tan recomendada como de rara aplicación en la terapéutica vulgar.

Y estas propiedades curativas del suplente signo de cambio, tomado por las gentes como riqueza efectiva, por la costumbre, son tan ciertas al decir de los doctos, como al decir de los ignorantes. Sin embargo de cuya unanimidad, no acabamos nunca de sanar socialmente del «mal de miseria» habiendo probado universal e inútilmente todos los sistemas político-curativos, desde la república federal en los Estados Unidos hasta el autocratismo ruso, pasando por la monarquía inglesa, y el imperialismo alemán.

¿Por qué no probar, a España, el recomendado emoliente de «Cabarruses», poniéndolos al alcance de todos?

«Los duelos con pan son menos», «ten dinero tuyo o ajeno», entre otros mil refranes en que condensa su sabiduría el pueblo, son buena prueba de que en todos los tiempos se ha considerado «bello ideal» la mayor participación en el reparto de riquezas, aunque el po-

seerlas venga aparejado de disgustos, incomodidades y desazones de orden moral, que al lado del orden económico pasa a ser secundario y como de poca monta.

Es idea, a mi ver, que nace con nosotros, la de considerar objeto principal de la vida poseer y acumular «trabajo impreso en materia», que dijo el profeta Henry George, definiendo la riqueza, aun cuando para conseguirlo hayamos de dejar, como dejamos a cada paso, trozos de salud que son pedazos de esta misma vida. ¿Quién por conseguir unas pesetas, certificado del esfuerzo dado en cooperación, no ha hecho o está dispuesto a hacer cosas estupendas?

El hombre que limpia una alcantarilla, la mujer que vende su pudor, el ciudadano que depositó un sufragio en la urna electoral, el minero asado al grisú, el contable que prensa sus pulmones entre los folios del mayor, el médico visitando tíficos, el ingeniero despedazado por un volante, y tantos y tantos hijos de Dios como se afanan por huir de la miseria en el trajín de nuestra civilización, ¿no son héroes de la misma batalla, cuyo botín es la satisfacción de necesidades, deseos y caprichos individuales?

Porque no se lucha por la transformación de lo creado (producción), sino por la posesión y uso (consumo) de los resultados del trabajo (riqueza). Quiero decir que nadie se molestaría por surcar la tierra sin la idea de segar la mies, ni sé de humano que sin idea de beber se lleve el vaso de agua a los labios.

Es, pues, condición o ley natural que el trabajo lo verifiquemos para satisfacernos con su resultante; ley cuyo sencillo acatamiento se percibe en la más compli-

cada civilización, a pesar de la opaca malla del cambio con que parece cubierto el mecanismo de la sociedad en progreso.

Ejemplo: El hombre que limpia una alcantarilla parece que no elige, en virtud de su ocupación, el mejor camino para asearse. Pero, establecida la conveniencia del cambio que el progreso, ley social, ha como afinado y quintaesenciado, creando su mejor signo, el dinero, un pocero gasta su energía física con la idea de asearse, y terminada su labor, o antes si así lo ajustó, obtiene una moneda (certificado de su trabajo), que, según su valor, le permitirá comer un pan o un pollo, y en último caso darse un baño en tibia y perfumada pila, por donde virtualmente, removiendo las deyecciones del vecindario, lo que se propone y consigue es satisfacer la idea de limpiar su propio cuerpo.

Se ve claramente cómo, a pesar de la complejidad de accidentes, el hombre empleado hoy en la operación más incongruente de las cien en que se subdivide el trabajo para su mayor eficacia, realmente no hace otra cosa que cumplir la ley impuesta desde nuestro padre Adán, quien, disponiendo de un Paraíso, si quería endulzar su boca con fruta, había de trepar al árbol, es decir, trabajar para satisfacerse.

Ahora bien: si los hombres, por ley natural, batallando por el consumo de riquezas, trabajan y las producen con abundancia y facilidad que no se pudo ni soñar hace cuarenta años, ¿qué dice la farmacopea social, a esta dificultad en el despáchese la simple receta fiduciaria?

Hay sobras de riquezas y sobre todo capacidad de aumentarlas hasta lo incalculable; y si se duda ofreced

a cualquier agricultor, industrial o comerciante un mercado diez veces mayor que el que sirve actualmente y veréis cómo lo acepta y os da las gracias. ¡Pues si el exceso de producción suele ser el origen de las grandes quiebras mercantiles!

No es más producción lo que necesitamos de momento, sino equitativa y justa distribución de lo que producimos.

Mayores salarios, es decir, a cada cual el producto íntegro de su trabajo, u ocasión para emplearse a sí mismo, interés lógico al capital que siendo «riqueza en cambio» o acumulación de trabajo, tiene la facultad de aumentar la eficiencia del mismo trabajo de donde procede; y reversión a la comunidad del monopolio de la tierra, hecha por Dios para todos los hombres y no para unos pocos.

Estas tres proposiciones, cuyas dos primeras son consecuencia de la última, tienen una simple manera de practicarse y realizarse, siguiendo sólo el camino trazado por leyes sociales, cuyo descubrimiento se debe al gran profeta de San Francisco, Henry George, y a cuyos libros «Progreso y Miseria», «La Condición del Trabajo», «Problemas Sociales», «Protección o libre cambio» «Un filósofo perplejo», «La propiedad privada de la Tierra», y «La Ciencia de la Economía Política», remito al lector, seguro de que después de saborear esos hermosos poemas al trabajo, será un creyente más de la buena nueva para bien suyo y de la Patria, que es, en concepto de muchos, un país circunvalado por aranceles y carabineros, y es el Globo entero en el concepto económico de un georgista por considerar a sus seme-

jantes compañeros de viaje en el mismo planeta, a través del espacio y a la ínfima velocidad de 50 kilómetros por segundo.

LA DECLARACIÓN DE INDEPENDENCIA

CARTA ABREVIADA

El día...

En...

...



...

...

The first part of the history of the world is the history of the human race. It is a history of the progress of the human mind, and of the development of the human soul. It is a history of the human race, and of the human mind, and of the human soul.

The second part of the history of the world is the history of the human race. It is a history of the progress of the human mind, and of the development of the human soul. It is a history of the human race, and of the human mind, and of the human soul.

The third part of the history of the world is the history of the human race. It is a history of the progress of the human mind, and of the development of the human soul. It is a history of the human race, and of the human mind, and of the human soul.

The fourth part of the history of the world is the history of the human race. It is a history of the progress of the human mind, and of the development of the human soul. It is a history of the human race, and of the human mind, and of the human soul.

LA DECLARACIÓN MINISTERIAL

CARTA ABIERTA

*Excmo. Señor Presidente del Consejo
de Ministros.*

EXCMO. señor: El que suscribe, llevado del mejor deseo de ser útil a su Patria, amparado y confiado en las actuales orientaciones y condescendencias democráticas que permiten hogaño subir las gradas del Trono a ilustres demagogos y revolucionarios, siquiera efíqueteros y almidonados a lo Arcárate, acude ante V. E. por la presente y con todo respeto expone:

Que ha leído infinidad de veces, en periódicos de distinta filiación política, la magna, última ministerial «Declaración», índice notable de todo un vasto programa de gobierno, que ruega a Dios llegue a desarrollarse en el transcurso de la vida de V. E. para su íntima satisfacción y «efectos consiguientes».

Que, de entre los trascendentales problemas que plantea y explana, es, sin duda, fundamental de todos aquel que se refiere al establecimiento del «Impuesto sobre el valor del suelo», pues que, mejor que el suscribiente, sabe V. E. que entraña este mágico impuesto

una eficacia tan marcada para la «equitativa distribución de la riqueza», que bien merece su consecución dar de lado otros asuntos que sólo son como consecuencias de esa premisa.

Y aunque ello de por sí no fuera bastante, que sí lo es, para desterrar del cabal juicio de V. E. la duda en la prelación u orden con que ha de abordar ese Gobierno los puntos de su programa declaración, el abajo firmante, haciéndose eco de buen golpe de pública opinión demandante (todos los 200.000 socios de «La Liga por el impuesto único»), suplica a V. E. que, sin dejarlo de la mano, inicie con prudentes reservas, o mejor sin ellas, la implantación de ese impuesto sobre la tierra desprovista de mejoras, en la seguridad que sus mayores rendimientos, su gran economía recaudatoria, su imposible fraude, y sobre todo su más alta moralidad contributiva, ha de proporcionar a ese Gobierno excelentísimo y dignos gobernados, gloria y provecho imperecederos. Sin contar con que forzosamente ha de empezar V. E. por asegurar para el Estado la renta del suelo, si no quiere que toda su brillante gestión política redunde sólo en beneficio de los «amos» de la tierra; pues habríamos de hacer un Jauja del último villorrio español a fuerza de eminentes y acertadas reformas político-económicas, y todo ello, al igual que la mayor producción del trabajo, ayudado por los grandes inventos, el vapor, la electricidad, etc., etc., seguiríase traduciendo en mayor valor del suelo, cuya elevación de renta continuaría aprovechando sólo a sus propietarios, no usadores según demostraría el firmante a V. E. si no fuera por el temor de hacer interminable esta epístola, y si no estaría, como

lo está el dicente, convencido de que V. E. conoce y sabe de memoria la obra inmortal del inmortal George «Progreso y Miseria».

Por todo lo cual, el abajo firmado, suplica a V. E. escuche y atienda su petición, de más fuerza lógica y más sana procedencia que cuantas con miras interesadas formulen ante V. E. los acreditados fabricantes de opiniones defensoras de los mal llamados «intereses creados», por cuanto a la postre no puede haber, ni hay, más interés que la justicia.

Para cuyo mayor esplendor y respeto, Dios guarde a usted muchos años al frente de los negocios públicos.



IMPRESIONES DE UN VIAJE

Y carretera adelante, a la una, una de la tarde, llegamos a Saja. Saja es la contracción gramatical que empleamos en lenguaje familiar para expresar Sajazarra.

Sajazarra es, según el Diccionario, villa con Ayuntamiento de la provincia de Logroño. Y añade con minuciosidad estadística digna de mejor causa, de 644 habitantes de hecho y 640 de derecho.

Fuera de estos datos concretos y exactísimos, los «sesudos hombres» de nuestra Academia no creen necesario añadir nada. Tal vez al otro lado de sus empañadas gafas de sabios, no ven otra cosa ni estiman necesaria más advertencia al curioso lector de esos ventruudos tomos donde están catalogados los materiales de nuestra rica lengua.

Seguramente que el honorable inmortal que ocupa la poltrona S del moderno y árido jardín de Academus pensó al dar su ficha explicativa del significado de Sajazarra, que el pueblecito le quedaría agradecido al colocarle en el justísimo sitio que por derecho de orden alfabético le correspondía; ni milímetro más acá ni milésima de milímetro más allá. Y quedóse complacido y

satisfecho de su obra cuando vió que era buena y complementaria del tomo Génesis del mundo del idioma.

Sin embargo, a nuestra llegada al lindo pueblecito, a distancia de tiro de ballesta de su castillo roqueño, viendo aquellas blancas casitas apiñadas a su alrededor, recordamos las estampas de un cuento de Andersen o de una narración de Henry Corney.

Nosotros, algo aficionados a la poesía y aún más que algo aficionados a la cómoda, pequeña y casera filosofía, nos recreábamos sujetivamente, con el bello aspecto objetivo del pueblecito. La loma en que se asienta es un precioso macizo ornamentado con verde oceánico, de trigales y con rústico conjunto de sarmientos y pámpanos, concreción, condensación o extracto de un asídúo trabajo de hombres fuertes y sanos en el más envidiable consorcio voluptuoso con la fecunda madre tierra.

Cada pañuelo de cebadales, cada cuadrito de oscuro barbecho, cada caprichoso triángulo de sarmentosas vides rompiendo el primer beso de la savia primaveral en botoncitos semidorados, trae a la memoria una copla de jota, bañada en claro sudor de esfuerzo alegre, de esfuerzo noble, gloria y pena, a la que estamos a la vez condenados y absueltos por la sentencia divina: «ganarás el pan con el sudor de tu frente»...

Y es que no se concibe esta apacible sensación de belleza que producen los campos roturados en cultivo, sin pensar en que el enorme trabajo representado, ha sido lubricado y ensuavecido por el espíritu alegremente musical de una canción ¡Oh! ¡Jota bendita, canto regional, valiente y retador, de modulaciones heroicas y sentimentalmente amorosas! ¡Cuántas veces

eres la causa y el efecto, la premisa y la consecuencia en la creación de estos vergeles!

Así herida nuestra imaginación, entramos en el poético pueblecito. Una animación extraordinaria se nota en sus calles. Parece una población mayor. Sus habitantes de hecho, hoy han burlado la desacreditada seriedad de los números. Parece su ancha plaza el barrio extremo de una gran ciudad populosa. Hay júbilo en las caras, hay solemnidad más que dominguera en los vestuarios. Las pollitas visten trajes de corte modernizado. El progreso modisteril alcanza hasta los más apartados rincones del planeta, poniendo una nota de color elegante y realzando con exóticas galas las bellezas innatas de estas muchachitas de mejillas sonrosadas con brillos de fresca fruta y perfumadas con delicados aromas de flores silvestres.

Son ingénuas, de un candor adorable, estas jovencitas de Saja. No os conocen, es tal vez la primera vez que han retratado vuestra deslabazada facha de peregrinos de arte en las radiantes niñas de sus ojos grandes, «más grandes que la boca». No importa. Ellas, cumpliendo el más elemental precepto de cortesía y urbanidad, os saludarán con su candencioso «Buenas tardes», que os descubre el armonioso timbre de su voz.

Luego aligeran el paso, se van lejos de vosotros con su «rumor de besos y batir de alas».

Los primeros acordes de una banda de música las atraen. Es un vals de rítmico sonsonete, vals sencillo que evoca la pista de un circo, atravesada, deslizando el pie, por la «ecuyere» de deslumbrantes lentejuelas sobre funambulesco alambre. Es una débil muestra de

inspiración contrapuntística de un desconocido autor; pero no obstante, los músicos intérpretes, ponen en su ejecución los cariños y arrestos de un Mirecki o de un Listz; su director, la misma alma que Niquis; las parejas de baile, más cuidado, más entusiasmo que si fuera litúrgico su cometido.

Nosotros, pequeños filósofos a lo Azorín, gozamos una tranquilidad de Nirvana en la contemplación de estas elevadas muestras del contento y la satisfacción pública de nuestros semejantes. Nos disponemos a saborear el deleite de pensamientos que nos sugiere el brillante espectáculo soñando, idealizando sobre todo lo noble y bueno que encierra la naturaleza humana, sobre el feliz cumplimiento de la ley de oro, «Amaos los unos a los otros»...

Pero un señor amigo nos trae a la realidad, nos insinúa cariñosamente que el banquete ha empezado, que pasemos a ocupar nuestro puesto en el vacío «triclinio».

Tiene razón, nosotros hemos venido invitados. Nuestra obligación de comensales comienza ya desde estos momentos y no nos pertenecemos. Adentro, pues, a nuestro puesto de honor, que en todos los estados se puede servir a Dios Nuestro Señor.

El banquete es «caligular», ocho platos de primera servidos por doncellas bonitísimas. ¡Adiós antigua usanza y galantería de caballeros rindiendo servicio a las damas! Ya no es menester ser Lanzarote, ni haber realizado como ese espejo de caballeros andantes proezas de valor y finura de enamorado por las que

damas cuidaban dél

y dueñas de su rocino.

A cualquier insignificante revisterillo, estas Ganímedes, deliciosamente femeninas, escancian una y cien veces su copa de vino regional exquisito, y un sí es o no es revolucionario.

A los postres, un señor campechano y noble nos obsequia con un sentido brindis de elocuencia, sana, serena, agradablemente eufónica que, apaciblemente, va haciéndonos confundir sensaciones. Oigo la arenga de retórica finísima y me traslado mentalmente a tiempos que yo creo haber vivido antes, y me figuro estar 300 años A. de J. asistiendo a una oración del famoso griego que prefirió la muerte a verse vivo en manos de Antípatro.

Un apóstrofe altisonante y macizo de fondo y forma, produce entusiasmos a los oyentes, que premian con aplausos y aclamaciones la hermosa peroración, y esto me trae de nuevo de las cimas del sueño y la quimera, a la verdad y a lo cierto del momento.

Ofrece el banquete al festejado; muestra la alegría del pueblo a sus defensores, a los que han hecho resplandecer la inocencia de injustos acusados; excita a los concurrentes a sostener la unión que les dió fuerza; se ofrece como víctima propiciatoria si el sacrificio a Temis exige una víctima, y acaba gritando: ¡Viva el pueblo soberano!...

Una salva de hurras y vítores a Goicolea (tal es nuestro hombre) premia su labor ciceroniana.

El discurso ha sido claro, conciso, eminentemente hermoso en su sencillez.

Decididamente, las «palabras, palabras y palabras» tendrán siempre el valor y el calor de quien las pronuncie, pese a la misantropía de Hamlet.

UNA PROTESTA

¡POR AMOR DE DIOS!

RECUERDO que a raíz del desastre colonial, allá por los años de 1899, el sutil, delicado y profundo ironista D. Juan Valera, decía en el prólogo de un libro vago y ameno y discreto como todos los suyos, que bien podíamos permitirnos, a modo de consuelo, relatar u oír relatar un cuento sin otro fin que el de distraer nuestras pesadumbres, en lugar de entregarnos a ellas ahondando la llaga del dolor, pensando seguida y sistemáticamente en cosas tristes y desagradables.

Así nosotros, los taurófilos españoles de hoy, mientras el chico mayor de la «señá» Gabriela, acaba de reponerse de su doloroso desastre más o menos colonial, pero justificante de sus salarios envidiables. bien podemos hablar algo sobre el óptimo negocio que el Exce-entísimo señor Bugallal ofrecerá en traspaso, desde las columnas de la «Gaceta Oficial» al primer mejor postor que la tenga puesta y en condiciones de explotarla, lo que en materia de cuentos es más notable que las «Mil y una noches», y más chistoso que una colección de Bocaccio.

Nos referimos al proyecto de estanco o monopolio de la sal con que se piensa curar la «pelagra» de nuestros presupuestos nacionales, cada vez mayores, al modo de la grandeza de fosa que el histórico cortesano celebraba adulando a Felipe II, más grande cuanto más hombres y barcos y pesetas perdía.

El Excmo. señor ministro de Hacienda necesita en su malabarismo económico 15 millones de pesetas, por cuyo plato de lentejas cederá la primogenitura de un derecho de monopolio, concertando con unos rematantes de Consumos la garantía de exacción del tributo de los 20 céntimos en kilo, sobre toda la sal producida en España e islas adyacentes, con destino al consumo directo y 10 céntimos en kilogramo sobre la empleada industrialmente con carácter alimenticio.

Del cual contrato nace una fuente de riqueza para los «siseros», tan hermosamente fecunda como los yacimientos de petróleo mejicanos; pero sin los inconvenientes de una «operación de policía» a lo Wilson.

Véase la clase. Según datos exactísimos y minuciosamente comprobados por el conocido y excelente publicista nuestro ilustre amigo señor Andueza, (véase su discurso en la asamblea de gremios en Zaragoza), el consumo de sal por habitante y año en España es de unos 8 kilos, lo que da 160 millones de kilos anualmente, más las industrias salchichera y salazones, en su mayor parte de exportación, que necesitan otros 40 millones de kilos; en números redondos 200 millones de kilos, en total a 20 céntimos de «sisas», son unos 40 millones de pesetas.

Sin contar las ventajas de todo monopolio que, eli-

minando la competencia destruye el libre juego de oferta y demanda, facultando al monopolizador la elevación de precio hasta el límite de su santísima voluntad o hasta el de la resistencia vital del consumidor.

De donde bien puede suponerse que el cloruro de sodio, que hasta hoy, en procedencia, cuesta medio céntimo el kilo, según declara el propio excelentísimo señor ministro, habrá que pagarlo a razón de peso de oro o fallará la regla de lo más por lo menos, esencia y nervio del progreso y de la civilización modernas.

Es decir, que los quince millones del Erario nacional les van a costar a la nación más de cien millones anuales, tributo de estas cien doncellas de 34 cuartos, que bien dirigidos pudiera suplir el déficit del presupuesto de los 1.500 millones con que nos saludará el año de gracia de 1915.

Con todo, nos parece tan enorme el error de esta forma de tributación, que confiamos en que el señor ministro atenderá los cientos y miles de protestas que está originando, y es de esperar que dándose cuenta de la enorme fuerza y valor del grito «A la sal, no», que damos los contribuyentes ahogando el de moda sombrereril en favor de Maura, retire el proyecto y se vaya con esa música impestiva a otra parte.

Por lo que pueda valer, bueno será que si alguien me lee y tiene influencia en los Municipios, Diputaciones, Cámaras de Comercio, Sindicatos, etc., etc., etc., les ruege, pida o mande formular cartas o telegramas al Gobierno, de respetuosa protesta, que todo lo que se haga es poco, para evitar una epidemia económica y social que nos amenaza con durar 15 años nada menos.

Y, por Dios, que si ello no se remedia, las generaciones futuras, en ésta nuestra hermosa patria tan católica tan cristiana, y tan apostólica, van a creer, leyendo historia sagrada, que fué una terrible ironía divina lo del castigo bíblico de la mujer de Lot; van a pedir a Dios, con el pan nuestro de cada día, la conversión en estatua de sal de alguno de la familia.



SANTA CECILIA EN HARO

Es indudable que el mayor brillo de la gestión del Municipio se consigue en la realización de aquellos servicios comunales en que la acción individual no podría, por sí sola, producirse ventajosamente eficiente.

Así, por ejemplo, en Madrid se destinan más de 250.000 pesetas al sostenimiento de una banda municipal, que constituye una agrupación orquestal clasificada artística y universalmente entre las primeras, y en tan alto puesto de honor que ni la famosa de Berlín la supera.

Pues bien; son 250.000 pesetas del presupuesto edilicio de la Corte, cuyo resultado material aprovecha a todos y a cada uno de los 606.000 habitantes por entero; lo que bien considerado equivale a pagar unos 50 céntimos al año por el derecho de gozar una «música» que, aun valorada sólo por su costo, representa un valor elevadísimo.

Se ve claramente que, viviendo los hombres aislados, no podrían, ni disponiendo particularmente de cuantiosas riquezas, proporcionarse los placeres y satisfacciones que fácilmente obtienen 'por la cooperación económico-política, cuyo semblante en nuestro caso es

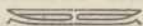
la Municipalidad o el excelentísimo Ayuntamiento, tocado de un filarmonismo saludable, que Dios nos aumente.

Todo esto, por aquello de que «argo hay d' ezo», que dijo el Guerrita o Lagartijo o no sé que coletuda eminencia, todo esto—repito—y algunas otras perogrulladas más de que hacemos gracia al lector, pensábamnos ayer, mientras distraíamos el ocio domingero oyendo a nuestra Banda Municipal Harense que, bajo la paciente y sabia dirección del maestro Páez, interpretaba nada menos que el «allegro» (3.^a parte) de la inmensa 5.^a sinfonía de Beethoven, que «dijeron» los profesores de la banda con una brillante delicadeza, un ajuste de afinación y un colorido en los matices, dignos de verdaderos «virtuosos».

Y es, no hay que darle vueltas, que una voluntad firme de trabajador infatigable y una orientación de aficiones y estudios musicales como los del maestro Páez, son capaces de todo.

En fin, que «los amigos» de Beethoven en Haro, estamos de enhorabuena; pues, antes de hoy, que sepamos, jamás en la plaza pública había sonado un acorde beethoveniano, hasta el advenimiento del gran Páez y de sus simpáticos y notables subordinados en la milicia de Santa Cecilia.

Lo cual no deja de ser una gloria, digan lo que quieran los termómetros de la afición al tango, más o menos tiargenno.



OTRA CARTA

DON Salvador Aragón, D. Primo de la Riva, «El solitario de Moncalvillo», «Un viticultor» y otros que irán saliendo a la palestra, si no se proponen ganarse un banquete honorífico, con o sin salmón del Bidasoa, por su denodada defensa de los intereses riojanos, juro por mi santiguada que no sé lo que se proponen.

La viticultura riojana está amenazada, según ellos, por el uso y aun el abuso de los caldos manchegos y alicantinos en el «coupage» de «Riojas Claretas» que inundan hasta el último rincón de este viejo y desquiciado planeta.

Y esta labor comercial que yo ¡pobre de mí creía altamente meritoria, resulta, por lo visto, materia penable y quieren sancionarla con horrible indigestión de pollos de Bayonne para todos los asistentes al homenaje Lacuesta, por no haber eruptado a los postres algún brindis contra los exportadores de vinos, o por no haber «linchado», tenedor en ristre, a los que olvidan condecorar a no sé qué sibilítica sombra de ignorado sacerdote agrícola y pecuario...

Pero, vengan ustedes acá, hombres de Dios, y no se dejen ustedes inflamar tan súbito por el fuego fatuo

(«fato» decimos en Haro), de esas cuestiones nimias y sin trascendencia verdadera,

pláticas de familia
de las que nunca hice caso.

¿Qué es un exportador de vinos, que no pueda serlo y en muchos casos lo sea, un viticultor? ¿Qué privilegio o monopolio especial le ampara, para llamarle «puerto franco» en casa, «lobo, puntillero» y qué se yo qué lindezas más?

¿Prefieren ustedes que rompamos con la anticuada división del trabajo que preconizaba el pobre Smith por intensificarlo?

Pues por mí, ya estamos, puesto que para luego es tarde. Venga una Real Orden o Decreto o ley que obligue a todo español, a más de ser libre, como dice nuestra Constitución de Cadiz, a cavar, desfondar, plantar, sulfatar, binar, espergurar, injertar, vendimiar la viña, pisar la uva y clarificar y beberse el mosto, por sí solo y para sí solo. Y si con tal ajetreo no le queda tiempo para asistir a banquetes y asambleas, que se amuele como la mujer del tabernero que dice el cantar:

Que si no se le quitan bailando
los dolores a la tabernera,
que si no se le quitan bailando
déjala que se «amuele» y se muera.

Con todo, yo soy de los que piensan que el hombre es un criminal cooperador, y que desde la nodriza al enterrador, no puede prescindir de asociarse a sus semejantes si ha de satisfacer las necesidades que le imponen su condición de desterrado en este valle de lágrimas. Y así nace la división del trabajo y así desenvuelve

cada cual sus distintas aptitudes, desarrollándose la variedad dentro de la unidad humana.

Por donde se llega a la necesidad elemental de viticultores y vinicultores, y comerciantes y exportadores de vinos, y hasta de sastres, panaderos, mecánicos, hombres de ciencia, de leyes, etc., etc., etc., que constituyen el núcleo de un pueblo, sin perder nadie la personalidad correspondiente a su habilidad.

Todo lo que resulta de una evidencia «perogrullal», sin que ello signifique ausencia de intereses encontrados, que las más veces el bien de unos suele ser el mal de otros.

De ahí, o mejor dicho de aquí, lo difícil y erróneo que suele ser el generalizar, y tal hacen los que no especifican y determinan exactamente la significación del título de esta sección de «La Rioja», «De intereses riojanos».

¿Qué intereses son éstos? ¿Los de quién? ¿Los del viticultor, propietario, negociante, o qué o quién?

Según los intereses que quieran defenderse, sin dejar de ser riojanos, pueden interesar a unos o a otros, y los razonamientos y la discusión podría llegar a lo infinito.

Por no dar en ello, renuncio yo a seguir escribiendo por hoy, hasta que quien mejor sepa y pueda, explique claro y sin rodeos qué interés está amenazado de esa «foudritis» aguda, descubierta por el señor de la Riva, en quien, sin conocerlo, adivino yo una especie de discreto y ameno «Caballero del verde gabán», «de perdigón manso y hurón atrevido».

Mientras ello se puntualiza, me concretaré a recor-

dar el símbolo del hermoso poema «Manfredo», de Byron, del que dijo Goethe era la quinta esencia del más prodigioso ingenio nacido para atormentarse a sí mismo. Manfredo no teme el infierno, que está fuera de él.

El infierno lo lleva en su propia alma, y cuando muere, él y su dolor se desvanecen con él; pero persiste en lo futuro con eterna persistencia ultramundana, atormentándose a sí propio su alma inmortal.

No vayamos a tener los viticultores la filoxera dentro ya de nuestro mismo espíritu, para el que aún no se ha descubierto Rupestris \times Riparia, que yo sepa.



DE INTERESES RIOJANOS

NINGUNO de los dos que me honran discutiendo en «La Rioja» de hoy, contesta a mi demanda por modo claro y concreto. ¿Qué interés es el interés riojano amenazado con la llegada de vinos manchegos y catalanes para los «coupages»?

Estos señores respetables, se empeñan en que Alifanfarrón viticultor y Pentapolín exportador, se aprestan a descomunal batalla, y yo, y conmigo otros maestros Panzas, no vemos otra cosa que mansos rebaños de productores a medio esquilado por el amo de la tierra, con la afilada tijera de la renta.

Sin embargo, veré si en «serio» y «con razones» puedo fijar los términos en que la cuestión debe debatirse, sin estridencias de lenguaje, que tanto parecen molestar a mis contrincantes, al extremo de calificarme de chocarrero y literato, en graciosa sinonimia. ¡Todo sea por Dios, y sigamos con su ayuda!

Se ha dicho, o supongo yo que se ha dicho: La mezcla de vinos de Rioja con los de otras regiones, perjudica al cultivador de vides en la nuestra, por cuanto el vino que con el nombre de Rioja se vende, no es neto de procedencia y reduce a lo menos su demanda.

Así, pues, los que mezclan caldos extraños con los de la Rioja, sin advertirlo al consumidor, le engañan y lesionan los intereses de los viticultores del país. Y de aquí el inconmensurable mal de no poder éstos vender sus vinos, fruto de sus trabajos y sudores, a dos pesetas la cántara, mientras el extraño y suplantador alcanza el precio de cinco pesetas la misma unidad, sin más que la ciudadanía usurpada y el cambio de nombre, previo el correspondiente público bautizo. ¿Está esto claro?

Planteado así el problema, el plebiscito que acaba de traducir el «Maura sí», al «foudre no», el señor Aragón, lo perderíamos los partidarios del ventrudo vagón ferroviario convertido en «U-30» por la imaginación del señor Riva.

Pero analicemos, analicemos esos axiomas escolásticos, y veremos cómo la mayor parte de los «post hoc, ergo propter hoc», son sofisticos y de ninguna consistencia.

En primer lugar, las mezclas de vinos distintos para obtener un tipo que satisfaga al consumo, son técnicamente necesarias y perfectamente legales y justas, «rara avis», por cuanto pocas cosas justas se escapan de nuestra red legislativa.

En segundo lugar, la «adulteración» del vino Rioja con la adición de navarros, por ejemplo, o con los de otras procedencias económicamente convenientes, lejos de perjudicar a nuestros mostos en su fama, la aumentan, como lo prueba el hecho de exportarse hoy millones de botellas más que hace quince años, a pesar del «foudrosismo».

Consecuencia de la habilidad y del acierto y de la

inteligencia de nuestros exportadores y negociantes en general, ha sido el fuerte capital creado con el nombre de nuestra región.

Podíamos equiparar la palabra «Rioja» a una acción nominal en pesetas cuya cotización hace quince años fué 50 y hoy no cederá ningún tenedor por 500.

Con la circunstancia agravante de que los más interesados en esta asociación ideal, son los viticultores que tienen sus viticulturas enclavadas en la provincia de Logroño, y a los que nadie impide, ni moral ni materialmente, vender sus productos allí donde y mejor los venden los exportadores. Los de bomba y filtro, pero no feudales que esperan la elevación de valor de la tierra, gracias al esfuerzo ajeno, para seguir tumbados a la bartola, recogiendo insaciables el beneficio de haber nacido amos exclusivos de lo que el Sumo Hacedor hizo para todos.

Y este interés será el único perjudicado, el de los vagos o ineptos trabajadores, con la llegada de «foudres», que el resto de las abejas convertimos de mil en cuatro mil pesetas, que aquí quedan hechas almacenes, edificios y salarios elevados, y en fin, riqueza, verdadera riqueza y bienestar.

Véase, pues, cómo el milagro queda hecho y por el diablo del «foudre». Y désele las vueltas que se quiera el dilema no puede ser más terminante y sencillo. Peor o mejor, la mezcla de vinos y la llegada de «foudres», ha creado un valor por millones de consumidores, que demandan hoy sobre los que pedían en el mercado universal la palabra «Rioja» verdadero y mágico «Sésamo ábrete», que basta pronunciarlo en el mercado mundial

para abrir de par en par las puertas del comercio. Esta riqueza, sin limitación ni exclusivismo, creada interesadamente por los exportadores, la tienen en sus manos para usarla, «sin foudre», neta y pura, o en económico consorcio con él, todos y cada uno de nuestros viticultores; el camino abierto es ancho y espacioso, todos caben por él. No será culpa de nadie, sino de él mismo, el que, marchando contra la corriente, se empeñe en dormir y estar sentado a un lado de la cuneta...

...Y me canso de escribir en serio, y lo dejo por no cansar también a quien me lea, si hay alguno. Soy un poco superficial, y la vida me parece que no vale la pena de tomarla tan por lo profundo..... ¡Para cuatro días que va uno a vivir!



CON MOTIVO DEL PLEBISCITO

CASI FÁBULA

POR entre unas vides,
muriendo de miedo,

no diré corría,
volaba «don Premo».

De su gran pretorio
salió un compañero
y le dijo—Tente
amigo; ¿qué es esto?

—¡Qué ha de ser! —responde
«don Premo» al momento—
asustado miro,

sin alientos llego,
los pícaros «foudres»
ros están moliendo,

—Es verdad—contesta
el pretor del cuento—;

pero no son «foudres»
los que yo estoy viendo

—«Foudres sí» te digo—
replica «don Premo».

—«Foudres no» ¡canastos —
«par bleu» traduciendo
por sus aficiones
clama el compañero...
—Digo que «sí foudres»
—Digo que no es eso.

En esta disputa,
Dato en el Gobierno
llega y suavemente,
con un real decreto,
cede a Barcelona,
lo de franco puerto,
que mata de veras
nuestro buen viñedo.

«Los que por cuestiones
»de poco momento
»dejan lo que importa
»llévense este ejemplo.»



DE "POUR PARLER" RIOJANO

ENTRE las pocas convicciones, decididas y arraigadas de modo absoluto en mi yo, figura en primer término, como sonriendo de mi escepticismo, la de que cuando escribo para los otros resulto asaz, «sujetivo», que diría el doctor Robert. Sin duda es la oreja de industrial, ¡date tono!, que asoma sin querer por entre los pliegues de mi estrafalario ropaje retórico, denunciando a la vergüenza pública mi costumbre epistolar de tener que hablar siempre de mí mismo y de mis producciones industriales, como sucede a todos los infelices súbditos del imperio de Mercurio.

Por eso temo ser «fatigoso», pesado y machacón, con esta mi monomanía escritora, y gracias a ello hago gracia a mis lectores, calculo yo, de las tres cuartas partes de lo que presupuesto, imagino y planeo, acerca de las cuestiones tratadas estos días y de otras muchas que no hemos tratado ni trataremos para tranquilidad de los lectores de este simpático periódico.

Harto se me alcanza, como dice un muy mi amigo, que un flan es cosa excelente, sabida y muy gustosa. Pero que si a quien se quiere obsequiar y complacer se le obliga a ingerir flan tras flan hasta unas docenas

de éstos, será tanto como someterle a un tormento que escapó a la rica y exuberante imaginación del mismo Dante, en su «Divina Comedia».

Distan tanto de ser flan literario mis garapateos en las cuartillas para la Prensa, como no seré yo quien lo diga, sino quien tenga el mal gusto de leerme. De donde yo mismo me asusto de cómo tendré de hastiada a la opinión, con tanto, no ya flanes, sino bazofia periodística.

Sin embargo, el que no se consuela es porque no quiere.

Y no bien acabo de pensar esto, ya estoy decidido, a seguir cocinando flanes y más flanes, hasta que me den con alguno en la cabeza, y harán bien mis pacientes y resignados lectores. Cúlpese de esta otra manera de pensar a D. Juan Valera, que recomendaba escribir y publicar cuanto más mejor, así malo como bueno, ya que ello a nadie perjudicaba, pues si había que desechar el 99 por ciento de lo que se escribiría, con desecharlo o no leerlo quedaba en paz el más exigente de los preceptos; y si por dicha, el uno por ciento era cosa amena o divertida y con ello pasábamos un rato solaz, todo eso nos encontraríamos los «estetas», o sea los que amamos el arte por el arte.

Cuanto más que, a lo que vamos diciendo, también Zola define la literatura naturalista como «el modo de reproducir las cosas a través de un temperamento», y tal podría ser el mío dulzón de empalagoso y pesado, que daría ciento y raya al más almibarado, batido y suave de los flanes.

Sea de ello lo que quiera, el caso es que yo, «sujeti-

va u objetivamente», estoy deseoso de seguir las variaciones y agotar el tema de la cuestión vinícola que tanto nos ha entretenido esta semana pasada, y al que yo, por mi frivolidad, sin duda, me empeño en calificar de poco importante para los intereses generales de la región, a pesar de la autorizada opinión en contrario del señor Zaballa, ilustre riojano, que, volando por esferas más altas, ni siquiera ha parado mientes en mis argumentaciones formuladas en variedad de metros.

Yo he sostenido y sostengo, burla burlando, que no el interés general del país, sino el particular de unos cuantos señores, es el afectado por el bajo precio que obtiene el «morapio» local, ya que mientras la producción de riqueza no se distribuya más equitativamente, poco le importa a Juan Viñador de «foudres» que no le aumenten el salario, o producto neto de su esfuerzo. Con el aditamento de que ni aún los intereses del viticultor apto, tan descaradamente defendidos como poco amenazador, sufren merma en tanto y cuanto nos proteste y reniegue de la ley inmutable, por ser natural de sudar para ganar el pan, que Dios ha quedado en no dar por nuestro hasta que no lo obtengamos por medio del trabajo honrado.

Y estas mis afirmaciones claras y terminantes, calificadas por unos de divagaciones, por otros de salidas de tono, y por otros de otras cosas, ni el señor Zaballa las rebate, ni nadie las desmiente, ni nadie les dice por ahí te pudras.

Yo, y ya pareció otra vez el peine subjetivo, me doy a creer que este desaire a mis razonamientos sea motivado por la insignificancia de mi personalidad, a quien

ningún interés suyo particular propio, por otro lado, daba vela en este entierro; y como hemos convenido tácitamente que sólo los interesados deberán «plebiscitear» lo que les conviene, aunque padezca un poco la pureza del sufragio, pues ¡«velay»!, que dicen los vallisoletanos, por donde lo mejor es no meneallo y si hay peligros de foudrismo hoy, que hubo o no los hubo antes del banquete, en el banquete y después del banquete: ¡qué le hemos de hacer!

Peor fuera no verlo.

Callemos, pues, y cerremos esta nuestra campaña con un broche de oro, del más dorado canto a la renuncia, por el más áureo de los filósofos cristianos, Kempis, para que lo saboreen, gusten y digieran los que me han omitido, por lo que sea:

«No debéis preveniros en contra del autor, ni inquietaros por su mayor o menor ciencia, buscando únicamente el amor a la verdad, que es lo que buscáis en el libro. Debeis, pues razonar sobre lo que os dice, sin ocuparos de quién lo dice». (Imitación de Cristo: Capítulo V.)



CARTA ABIERTA

*Señor don Saturnino Villanueva
Logroño.*

MUY señor mío: Aunque no tengo el gusto de conocer a usted, yo tengo la pretensión, quizá equivocada, de ser hombre atento, fino y cortés. Por eso en mi vida he dejado de corresponder a cuantas cartas se me han dirigido aunque, la verdad sea dicha, por el conducto que usted emplea, «la prensa», es la primera que he recibido.

Sirva, pues, este preámbulo de disculpa, ya que no de excusa, a cuanto voy a tener el honor de manifestarle.

Encuentro altamente consolador ver en usted un hermoso y raro ejemplar de «pacifismo», que yo creía desterrado del orbe a fuerza de cañonazos y bayonetas germano-austriaco-franco-belga-anglo-turco-rusas. Celebro en el alma que, a pesar del desbarajuste mundial en que andan hoy, arma al brazo todos los valores éticos y políticos que creíamos inconmutables, haya quien como usted, ¡oh, envidiable y candoroso desconocido!, trate de dulcificar y apaciguar con amorosas filípicas las pasiones humanas, siquiera estas pasiones sean en sí

tan ínfimas y menudas como las que alientan la microbiológica cuestión que andamos discutiendo, yo de una parte y de la otra, los otros dos señores, con los que ha formulado usted una razón social parecida a las de las tres famosas hijas de Elena.

Sí, mi incógnito comunicante; tiene usted razón que le sobra por los cuatro costados; lo mejor es que todos seamos unos, y que todos unidos impetremos de la divinidad de otro excelso hombre de Cortes, y homónimo (¿pariente?) en su apellido, que nos cuide y nos arregle y nos envíe favores y honores, y hasta nos apañe el pucherito, un si es no es a la funerala con esto de la neutralidad, sin preocuparnos ni disgustarnos por problemas cuya resolución, después de todo, sólo pende de los Gobiernos. Hay que ser consecuentes. O somos o no somos del pueblo de las rogativas, y del milagro de San Isidro, que mientras rezaba, su ángel de la guarda, que vaya usted a saber si no era también presidente de algún Congreso celestial, le labraba y ponía el campo que era una bendición, dando cosechas de trigo, cebada y otros modestos y necesarios cereales, de quienes decía Linneo pintorescamente eran los «proletarios del reino vegetal».

Quedamos, pues, en que, por mi parte, la unión está hecha desde «ahorita» que dicen los indios, para lo cual estoy dispuesto a despojarme de lirismos, retórica, literatura y «poezía»; porque todo ello «ez poezía» y «na» más que «poezía», según el Pepe Loja de los Quinteros, según mis contrarios de polémica y según usted y según yo, para que se vea estamos ya de acuerdo, y que no se ria el diablo de la mentira.

Con que aquí estoy ya «bipede e implume», conforme a la definición socrática de que se burló Diógenes y a las órdenes de quien sea y para lo que sea, siempre que lo mandado sea con miras altas y encumbradas, con vistas al bien general, si está definido por alguno, sin particularismos, ni personalismos, ni exclusivismos, ni nada que huelga a dar más ventajas que las que tiene el zángano contra el trabajador, o el torpe y el inepto contra el sabio y técnico estudioso; pues, aunque amigo de Platón, lo soy más de la verdad, que dijo el otro; y pienso que todo lo que no sea hacer las cosas sin más obligación que el mútuo acuerdo, sin forzar a nadie, ni siquiera por conveniencia particular siendo perjudicial, es tocar el violón, y para eso me basto y me sobro y o solo; pues así aunque desafine, como no hay punto comparativo, no se nota. Soy de Kropotkine.

Bendita, pues, esa ramita de olivo, símbolo de paz, que nos trae en el pico la paloma cándida de su alma ingenua, mi apreciable desconocido, y quiera Dios sea la señal de que el Señor ha terminado ya de mandar llover este diluvio que amenazaba inundar todas las consideraciones que se deben entre sí las personas de cierta categoría social.

Por lo demás, pase el galicismo, en cuanto a su temor de que lleguemos al «más eres tú», encarnación de la cuestión personal y evocador del terreno de honor y demás zarandajas que trastornan el magín de los Cabriñanas y Gómez Carrillos y «tanti cuanti» que en el mundo han sido, duerma usted tranquilo, mi amigable antítesis de Nietzch; pues yo de mí sé decir que no pue-

do llegar, ni quiero, a esos extremos, por mis dobles y firmes creencias de anarquista y de cristiano.

Guárdeos Dios, mi cándido receptor de la presente, y a mi y a todos nos guarde hasta que en su seno nos veamos.

Vale.



COMENTANDO

Es chistosa la contestación del señor Heredia al plebiscito, sin plebe, del señor Aragón, y me ha recordado mis buenos tiempos infantiles de estudiante de francés, con un profesor eclesiástico entusiasta del método Hollendorf.—¿Es perjudicial el «foudre», etcétera, etc.?—pregunta don Salvador.—«Obras son amores» contesta el señor Heredia.

¿No hay en este diálogo la graciosa incongruencia del:—¿Tiene usted mi cortaplumas?—No, señor; pero mi tío ha comprado un paraguas.—que inmortalizó a Hollendorf.

Yo creo que sí; con la disculpa para el autor del método, de que no estaba obligado a tener lógica, y el señor Heredia sí tiene esta obligación, sino es que por ventura, en esto de la lógica piensa don Rafael como Unamuno que le llama «Cochina lógica».

De cualquier modo, el señor López de Heredia, piense lo que quiera respecto de la lógica, ya concede que el «foudre» bien puede estar hidrófobo, bien no lo puede estar.

Y algo es algo. Concede que hay derecho a usar y haber usado «foudre» con ciertas limitaciones.

Ello equivale a discutir la cuestión de conveniencias admitiendo como indisputable la cuestión de principios. Y si al señor Heredia se le quita todo lo que su carta tiene de «reclame» a lo yankee, y si no se tiene en cuenta su atrevido arrimar el ascua de la controversia a su sardina de exportador con «clientela esparcida por todo el mundo», resulta perfectamente de acuerdo con todo lo que voy diciendo yo, a saber: que el «foudre» sólo perjudica al «viticultor perezoso que no va misa», parodiando el cántico de moral en verso de las antiguas misiones.

Y a mayor abundamiento, ahí está el mismo señor López de Heredia, dando el ejemplo de su poco temor al «foudre», cuando antes de combatirlo, replanta y replantó viñedo en extensiones que asusta. Buen miedo, pues, tiene este obispo de la replantación a los monaguillos de la competencia «foudrista».

¡Pero, señor! ¿En qué quedamos? ¿No dicen ustedes que el vino sin «foudre» es mejor que con él? ¿Pues por qué no lo ofrecen ustedes así al consumidor, eliminando el intermediario? ¿Quién impide al viticultor andarse sólo o acompañado de bodegas cooperativas, llamar vino a su vino, y en lugar de jugar al «chapó» o al «capicúa» horas y horas, irse con la muestrita debajo del brazo a ofrecer a San Sebastian y otras plazas de consumo su vino puro y neto de procedencia, tan exquisito y tan acreditado?

Porque es de advertir, ya que en esta colada han de ir saliendo todos los trapitos, que por causas del transporte, nuestros vinos gozan de una protección de hecho

de 50 por 100 aproximado de su valor, sobre los pobres catalanes, alicantinos y manchegos.

Es decir que mientras los portes del ferrocarril elevan de 5 a 6 reales cántara los vinos de «foudre», los nuestros se quedan en casa, con esa ventaja en su favor, o tal vez por la ventaja, naturalmente proteccionista, que nos hace más confiados o menos activos. Sensible es que el buen paño no se venda ya en el arca, ni el buen vino a tapón de lago; pero a pesar del sentimiento, así es.

Tienen, pues, nuestros «ricos caldos» en su favor ser mejores, ser más puros, ser más solicitados, estar protegidos por gastos de transporte en reales en cántara; y, sin embargo de esas circunstancias, no se venden, al decir de los propietarios. ¡Pues hombre, por algo será!

—Pereza, zanganería, digo yo, con rudeza riojana, a ver si duele y cura.

—Cooperativas, unión, asociaciones, es lo que nos está haciendo falta a los viticultores, dicen los más sintácticos y ortográficos de entre ellos, Zaballa, Heredia, etc., etc., que parecen descender estos días del Sinaí de sus posiciones sociales, con las tablas de la nueva ley entre sus bíblicos brazos.

Y para esas defensas, como para la abolición de Consumos y otras orientaciones de carácter económico debe resurgir de aquí «LA UNIÓN DE VITICULTORES RIOJANOS», con miras elevadas, que abarque al que cava la viña, al que corta las uvas, al que encuba los mostos, al que refina los vinos, al que busca mercados, y a todo el que de alguna manera contribuye a que el producto obtenga su mayor valoración, dijo el señor

Lacuesta en su discurso «post» banquete, el día 11 del corriente mes de abril (Véase la «Rioja» número 8.235).

De modo que si el viaje de este jaleo era para terminar por donde se debió empezar, excusábamos de alforjas plebisciteadoras; digo yo, me parece a mi.



A LA ASOCIACIÓN DE VITICULTORES

S EÑORES: El abajo firmante, que ha leído una instancia elevada a ustedes en la «Rioja» de ayer, por la presente, acude ante vuestras mercedes con los debidos respetos y como mejor corresponda, expone:

Que el resultado del plebiscito «foudrófobo», no ha sido, ni con mucho, de la unanimidad, que se proclama de «contrario», por cuanto en las listas de viticultores, que el suscribiente ha leído con atención digna de mejor causa, no figuran algunos pueblos, y aun en estos, como Haro, no figuran sino los propietarios de viñas en «nutrida» minoría.

Que aun dando de barato esa unanimidad así por el estilo en que concedía el fraile del convento la existencia de las tres personas de la Santísima]Trinidad, es decir, porque no siendo de su incumbencia mantenerlas le era indiscutible el dogma; que aun dando de barato —repetimos— esa unanimidad absoluta, ello no probaría nada en derecho, puesto que no se ha admitido aún la teoría jurídica de que el mejor juez sea la parte.

Que si pudo resultar para Poncio Pilatos satisfactoria la comedia justiciera de soltar a Barrabás «foudre»

por complacer la opinión del pueblo, siempre inclinada a resolver con simplicismos erróneos los problemas más complicados, en los tiempos modernos no apaga nuestra sed de «*justitia suprema lex*», ese sistema plebisciteador, tan diferente, en su ritual, del que solía emplearse en el supremo templo de Temis, recientemente purificado por el «voraz elemento».

Que en la complicada trama de intereses que estamos ventilando los viticultores, la cuestión «*foudre*» es, cuando más, uno de sus aspectos y no el único aspecto ni el más importante; porque con evitar la supuesta falsificación de títulos de origen, si esto es posible, no se habrá hecho más que poner al alcance de la mano del consumidor una arma más para defender sus sagrados derechos, a juicio del que suscribe bien defendidos, puesto que nada le obliga a tomar lo que no le convenga, que como no sea lo que necesita, falsificado o no, con no pagar, despacha.

Que defender este derecho del consumidor, suponiendo que él no sabe o no quiere usarlo, es poco más o menos imitar al famoso corregidor de Almagro, de quien oí contar a mis abuelos, (tengo miedo a citar autores, porque no se me llame otra vez «erudito» y «*cursi*»), que se murió porque le hicieron corto el chaleco a un su convecino.

Que es gratuitamente malicioso creer que los comerciantes en general y los de vino en particular no tienen otra ética en sus asuntos que el «fraude» y el engaño a sus clientes, ya mezclando, por el afán de lucro, vinos peores con el nuestro, ya echándole agua y otras cosas para disimular el gusto de a «llave y a correa» que nota-

ba el gran potista progenitor de Sancho, y vuestas mercedes disimulen este modo de sacar a relucir el Quijote tan por los cabellos.

Que esa idea del negociante, socarrón, embustero y trampantojos, nacida del tópico literario de nuestras novelas picarescas «El Lazarillo de Tormes», el «Gil Blas» o «Marcos de Obregón», donde es obligado de solo el dar gato por liebre, huevos empollados y otras «subsistencias», como se dice ahora, a todos los huéspedes y parroquianos de ventas y tabernas, pasó con ellas a la Historia, y hay que reconocer como indubitable que en materia mercantil, como en cualquier materia, todos son honrados hasta que se demuestre lo contrario.

Que por las razones expuestas y otras mil que harían largamente enojosa esta instancia, pero que vuestras mercedes, señores viticultores asociados, han de tener concebidas en su alto criterio por modo claro y cierto que lo que podría hilvanar el abajo firmado, por la presente:

Suplico a V. M. tengan por nulo o sin ningún valor el plebiscito mencionado, y aun sin dejar de perseguir el fraude y la falsificación, si existen en este belén foudrista que nos trae tan de cabeza, cuando se reúnan en asamblea o en banquete de honor para los iniciadores de esta campaña, a que me adhiero desde luego, en el bien mismo de vuestras mercedes, tengan el arranque de elevar la mirada al cielo, y abarquen el problema en toda su complicadísima grandeza, y piensen y estudien todos sus aspectos, todas sus fases y todas sus caras, sin perder de vista la económico política con que soñamos algunos infelices, buscando en la equitativa dis-

tribución de riquezas entre los que las producen, el mejor y más suave lazo de amor entre los hombres de buena voluntad.

Y esperando de la de vuestras mercedes dispensen la mala letra y peor sintaxis de estas cortas líneas, queda el suscribiente esperando justicia que pide en Haro, fecha «ut supra».



DE INTERESES RIOJANOS

CONOZCO un «liedert» de Schubert, que del alemán me tradujo para mi solaz un amigo de allende el Rhin: a ver si acierto a contarlo.

Era un estanque rodeado de arbustos, hay unas ranas cantando su monótono crá... crá; crá crá que hasta las mismas interesadas encuentran aburrido.

En la verde orilla del pequeño lago, sobre una rama, trina en preciosos arpegios un ruiseñor. Las ranas envidiosas, ofrecen sacrificios al Dios de los batráceos, a cambio de que les conceda alcanzar milagrosamente posar sobre la misma ramita de la mata en que luce sus primores musicales el rey y señor de los pájaros cantores. El Dios de las ranas, convencido de que en ello no hay mal mayor, concede la gracia de elevarse a los anfibios, y éstos toman como por asalto las más altas puntas del matorral. Y cantan y creen que su «bell canto» eclipsará la belleza armónica del ruiseñor, pero en la rama como en el fango de la charca, de las ásperas bronquio-traquias de las ranas sale el pesado y monorrítmico crá... crá, y nada más que el crá crá... a que les condenó la caprichosa naturaleza, como dice mi amigo Vallejo.

Y es que lo que no es de «natura», «tararura», según los aragoneses. (Esto no es del «lieder»).

Algo de eso sucede a mi buen don Primo de la Riva. Tiene un meollo rana y derechista y como él, desde la ramita de las columnas de esta frondosa prensa regional, se ha creído rruiseñor, sólo por la «posición», ha querido hacer una modulación inspirada, y ha sacado la charrancharra o la pistola que viene a ser igual, y «crá crá», ha condenado a todos los choriceros del orbe a no poder usar el sentido común para andar por casa, y ha metido detrás de una cortina que se trasluce en mí, que me clareo de flaco, a una porción de foudristas, para de su imaginación volcánica, tan fecunda como los montes que parieron el plebiscito fallecido...

Aunque yo sea «empacador» (así se llaman en Chicago mis colegas) y chistoso incoloro, y aunque no tenga «kultura» vinícola ni sea quien para juzgar de asuntos agrícolas, pues en mi vida he sembrado ni un tablar de sandías, ni apenas distingo vino de Rioja del de «foudre», cosas que por modo más profundo le sucedían a Balzac (según cuentan) y «sin embargo» todavía vive en la vida inmortal de arte; aunque yo sea todo eso que piensa este señor Donoso Cortés de don Primo, todavía no se habrá demostrado nada en contrario de lo que yo voy afirmando en mis anteriores garrapatos sobre el «foudre»...

Que puestos a perdernos el respeto y a sacar las cosas de quicio y a llamar al Rioja, Rioja y al pan, pan, tal vez tendríamos que decir que dentro y fuera de esta campaña, y no por mi lado, hay algo que huele y no a

ámbar, y que peor es meneallo, porque dice muy poco en pro de los que aspiran a clases directoras.

Quédese, pues, esto aquí, «que mañana amanecerá Dios y medraremos» que por mi parte ya estoy bien satisfecho por el éxito de mi afán de notoriedad, y hablemos de otra cosa si a ustedes les parece, porque esto «reya.., foud», hombre.



¡LA FORNARINA HA MUERTO!

QUÉ le vamos a hacer! Es el cáliz amargo que todos hemos de apurar, y no debía, por lo fatal, producirnos espanto. Sin embargo, no se puede negar que nos lo produce, o al menos me lo produce a mí, para no generalizar, que tanto da decir error.

La muerte de esta bellísima cantante (Dios nos libre del día de las alabanzas) me ha causado un sentimiento de pesar, de una profundidad poco corriente y habitual en mí.

Esta pobre Consuelo Vello, a pesar de su inortográfico apellido, era o fué, en el concepto, algo pagano, de sus contemporáneos admiradores, punto menos que una reproducción al vivo de la maja desnuda de Goya, se la consideraba por los que la conocieron como una acabadísima escultura humana, digna del pincel de Praxíteles; con rara unanimidad se hacen lenguas hoy de sus artísticas formas de Venus rediviva, escritores de uno y otro sexo; «Saint Aubín» y «Colombine» en «Heraldo de Madrid», entonaban a su muerte un responso seglar que conmueve y apena.

Sus encantos materiales habíanle permitido alcanzar las cumbres de la inmortalidad, bien distantes de su cu-

na, mecida a orillas del Manzanares, entre espumas de jabón y blancas pañalerías, colgadas al secante sol cortesano.

Con la conquista de tan elevada altura, había aparejado la de una fortuna más que regular (ochenta mil duros dicen los «papeles») amasada entre placeres y vida intelectual intensa, llena de anécdotas tan curiosas y extravagantes como las del príncipe no sé cuantos, uno de sus más rendidos admiradores, que se complacía en servirla tan humildemente como puede calcularse por la costumbre de descarrillarla los cangrejos, sino perlas y rubíes, que empleaba la hermosa en su alimentación parisina.

Era un caso asombroso de «adaptación al medio», que hubiera maravillado al mismo Darwin, el de este hermosísimo ejemplar de animal femenino humano.

De su banca de lavandera saltó al trono del imperio de la Belleza, único sin súbditos rebeldes, al decir de Grandmontagne, y juran sus biógrafos que desempeñó tan bien su papel de reina del rey de la creación, que no parecía sino que por herencia legítima le correspondía este puesto. Tales eran sus modales, sus formas y hasta su saber y ciencia infusa del trato de gentes, que altos y bajos, potentados y pobres, aristócratas y plebeyos, encontraban en ella, finura, distinción y elegancia más exquisitamente refinadas y justas y menos molestas y ostentosas. ¿No es maravilloso? ¿No es esto un cuento de hadas?

¡Oh, la mujer española! ¡Isabel la Católica!, Teresa de Jesús, grandeza innata, sabiduría divina; adaptación, soberana adaptación.

Hé ahí, más por lo sublime, el precedente, el socorrido precedente de toda la actuación española. ¿Verdad «Colombine»?

En fin, en el apogeo de todo su esplendor, cuando el mundo alegre, el gran mundo, rendía pleito homenaje a esta deidad del couplet con sonsonete; cuando en la plenitud de su exuberante vida todo debía sonreírle, salud, riquezas, dominio y amor disfrazado, pero amor al fin; cuando es más jugosa la existencia y cuando el «mundanal ruido» semeja sinfonía grandiosa, un pícaro microbio infeccioso, en el ovario, exige la intervención quirúrgica del más moderno de los sabios Hipócrates nacionales.

Y allí va la idea armónica hecha plasticidad en un cuerpo equilibradísimo, de líneas griegas, sobre el carrito de operados; cuerpo desnudo, de la desnuda maja, capaz de levantar aún pensamientos eróticos hasta en la encallecida sensibilidad sensual del sangriento doctor.

¿A qué describir el espectáculo aterrador del bisturí rasgando la carne?

Aun sin contar el dolor material, el crujir de los músculos al golpe del cuchillo, ¿no os parece que suena a martillazos iconoclastas rompiendo una escultura?

Es atroz; la obra de la naturaleza deshecha por ella misma, y el hombre, iluso, haciendo de moldeador, despedaza la materia que cree poder recomponer... Después, nada. Una llanita de vida que se apaga. Un fuego de alma que escapa por entre los puntos de sutura.

¿A dónde? ¿al infinito? ¿al no ser? ¿a rodar en incomprensible metempsícosis?

Seamos piadosos y respetemos el misterio que para ella ya no lo es.

Pero ¿por qué nos deja tristes esta inesperada muerte? ¿Por qué, si no la conocimos, hemos sentido su «desaparición», cuando nunca se nos «apareció»?

El mismo día hemos leído la noticia de su fallecimiento y la de los millones de bajas en junto de los Ejércitos combatientes en esta guerra europea, por no decir universal.

¿Por qué nos impresiona más la muerte de un sólo ser que la de millones?

¡Otro misterio espiritual!

Por más que si se analiza el fondo, no hay tanto misterio. Es la educación, las ideas, los prejuicios y la retórica, todo junto, lo que nos diferencia estos sentires.

Los hombres muertos en campaña, caen bajo un ideal conmovedor. La Patria, el Deber, la Independencia, son otras tantas sagradas «mentiras», que llevan a los pueblos a sacrificios inmensos, coronados por el más noble del desprecio a la propia vida, en beneficio de los demás.

En este ideal, ¿no hay un precio egoísta de la vida que se dá? Con este proceder, ¿no obligamos a las generaciones futuras a iguales desprendimientos de felicidad? La categoría de héroe, siquiera anónimo, ¿no es una compensación al renunciamiento de tranquilidad?

En resumen; ¿No se cambia Gloria por Vida? ¿No hay una simpatía hacia don Quijote de la Mancha, negada casi en los trances elevados al mismo Sancho Panza? ¿No hay en todo ello algo de simbolismo del bálsamo de Fierabrás, que sólo curaba y sentaba bien a los

armados caballeros, provocando náuseas y terribles mareos al infeliz escudero?

Así, nuestro pensamiento ve insensible, la siega de vidas en los soldados de Guillermo y de Poincaré, mientras se conturba y se duele del dolor de una sólo-mujer.

Es, porque instintivamente, comprendemos que aquí, en el caso de la infeliz Fornarina, se ha roto algo definitivamente, injustamente, sin compensación; mientras que en la suerte del guerrero queda resuelta la ecuación de igualdad y no sentimos comezón de protesta. En los campos de batalla, lo espiritual en la caída es nervio del suceso. Es esencial la idea, el espíritu, el alma y accidental la materia, el dolor corporal.

Pero en nuestra pobre bailarina la vida parece acabarse con ella. Es todo sensación, plasticidad, barro dorado. Belleza de la forma, hermosura sexual, lentejuelas de la carne, que no tienen más brillo que el prestado por la batería de luces del proscenio. Es que nos duele lo efímero de la materia, que nos azota el rostro el ramalazo de la realidad. Es el puñado de carne que se descompone, a pesar de los cuidados y de las quinta-esencias del tocado y de la higiene.

Es que no hay en este derrumbamiento de cosas tan amables nada que perdure; es que se va todo a la tumba y el frío de la muerte se siente aquí sin atenuación.

Un sólo momento hay de espiritualidad en este final de la vida de esta mujer tan adorablemente material.

De entre la barahunda de su mundo galante, sale inmaculada su alma infantil, su alma intangible, sedienta de idealidad, hambrienta de manjares espirituales, diríase famélica de Dios: «teofamélica».

Y al abandonar la preciosa cárcel de rosadas redondeces, pide un trago de amor inmenso, del Único Amor por abarcarlos todos: «El que beba de mi sangre no tendrá más sed».

Quiere reconciliarse con su Dios; y el sacerdote no llega a tiempo si no es para poner en sus labios, seca fuente de placer, la imagen del Redentor...

Del Cristo que, allá en los Cielos, espera siempre el grito de auxilio de Magdalena, para gozarse en su perdón y llevársela a ungrle eternamente con los efluvios de las esencias más costosas, en la mansión celeste, pese a los miramientos del cándido apóstol... R. I. P.



CON PERDON

I

HACE dos o tres meses, en un número de «La Rioja» leí yo un artículo, sinceramente bien escrito, que se titulaba «Sobre engorde de los cerdos», y firmaba D. Martín García, veterinario «de un pueblo de cuyo nombre no quiero acordarme».

Desde aquel mismo momento se me anda por el magín, elevada espuerta de gatos, tratar este negocio cerdío, sin otros títulos que mi desesperada opinión de «publicista» con derecho a opinar sobre los más opuestos problemas, por culpa de este régimen social absurdo en que hemos convenido, invirtiendo los términos, que sea cada «periodiquero», una a modo de enciclopedia viviente, omnímoda sapiencia, donde a fuerza de «saberlo» todo, despachamos alegremente con no «hacer» nada. Aún nos queda consuelo de decir lo de «haz lo que digo y no lo que hago».

Y así, vamos a echar un rato a cerdos, «con perdón» para demostrar claramente que aún quedan en España negocios tan saneados, o más, que puedan serlo el ma-

tar toros a mil pesetas por barba, o el contrabando neutral de artículos alimenticios, de cuarta necesidad.

En estos negocios porcinos hay, como en todo el orbe económico, una verdadera necesidad de subdividir el trabajo. Tiene que haber quien se dedique a la «cría», quién al «engorde» y quién al «aprovechamiento», hasta del «último suspiro» del «Sus» de Lineo, como se hace en Chicago.

En cuanto a saber utilizar, la mayor parte del producto del animalito, casi todas nuestras paisanas, medianamente hacendosas, dan una raya a Aldonza Lorenzo, de quien es fama tenía manos divinas para salar puercos, y que tengo para mi coledo, fué una de las causas o concausas que motivaron la exaltación amorosa de nuestro hidalgo manchego.

Lo del «engorde» ya es harina de otro costal; yo no sé de nadie que en esta región lo verifique de modo técnicamente perfecto, aunque así y todo haya quien se defienda cebando gorrinos, por aquello de que cuando Dios da, da para todos.

¿Y la «cría»? Eso está aún más lamentablemente descuidado y desatendido, hasta por nuestras primeras autoridades, obligadísimas a ello por razón de higiene, por razón de utilidad y por razón de necesidad pública.

La cría se puede decir es la verdadera madre del cordero.

Hay países donde se dá tal importancia a la selección de progenitores, que llegan a pagarse por éstos sumas fabulosas.

Sé de un reproductor Berkhisre, vendido a la Argentina, por mister Bakewell en mil y pico de pesos. Esta

suma de pesos no la alcanza en Rioja ni el de San Antón, que se suele rifar a beneficio de las Casas de Caridad.

Y, sin embargo, no es un negocio ruinoso para el comprador.

Estos cerdos, y dos cuartos de lo mismo sucede con las razas y sub-razas o castas seleccionadas, los Suffolk, New Leicester, Middlesex, Essex, &, &, pueden criarse y poner a la venta completamente cebados, a los doce meses de edad, y con peso que oscila entre los 120 y 150 kilos por cabeza, desde los 18 kilos que pesan al destete.

Es decir, que suponiendo un tetoncillo de esos que se venden en el mercado de Logroño por 20 pesetas cuando tienen unos dos meses, seleccionado por herencia y hábiles cruzamientos, capacitado para un prematuro cebamiento, en otros diez meses se obtiene un valor de 165 pesetas; sea 125 kilos peso vivo a pesetas 1'30 cada kilo, que es el precio aproximado hoy, 60 reales arroba a todo peso. De cuyas 165 del ala hay que desplumar para piensos del doméstico «gourmet» unas 80 pesetas escasas sometiéndole a un régimen alimenticio que podemos llamar «menú» si ustedes quieren, para mayor elegancia y que me encuentre detallado en estudio que legó a la posteridad Mr. Ayrand, un dignísimo criador de cerdos francés, premiado y condecorado nada menos, por este servicio a la patria de Joffre, que era también la suya.

Oído a la caja, y a ver quién es el guapo que aún protesta de la carestía de las subsistencias, con este banquete tan sabroso como barato.

Diaria ración para un cochino de tres meses:

2 kilos de patatas, a razón de 2 pesetas los 46 kilos, 0'60 ptas.

1 kilo de zanahorias, a razón de 25 céntimos la arroba, 0'02 ptas.

0'300 kilos de harina de avena, a 25 céntimos kilo, 0'07 ptas.

2 kilos de agua de grasa (¿de fregar?), 0'01.

5'300 kilos total en dos comidas, que valen por tanto 0'16 ptas., contando por todo lo alto.

Esta ración se le puede sostener durante los tres primeros meses, y con pequeñas variaciones en cuanto a la calidad, se puede doblar durante los tres meses siguientes y triplicar en los sesenta últimos días, en cuanto a la cantidad, y, por lo tanto, en cuanto al valor.

De donde:

90 días, a 0'16 céntimos, 14'40 ptas.

90 » » 0'32 » 28'80 »

60 » » 0'48 » 28'80 »

Total 72'00 pesetas.

Las otras ocho pesetas las dejaremos para cubrir el seguro de riesgo de muerte, en nuestro país desconocido; pero muy en uso en otros americanos del Norte, adonde tendremos que ir buscando la civilización al paso que van los de Varsovia y Calais.

Los gastos de entretenimiento y amortización de cochiqueras, baños y otros dispendios de este distinguido paquiderno, que ahí donde le ven ustedes no tiene de cochino más que el apodo, se pueden saldar con creces, con la basura que produce. Así que hagamos las cuentas claras, si hemos de ser buenos amigos.

Y tendremos:

Costo del tetoncillo, pesetas	20
Seguro de alimentación y vicios menores	80
Total pesetas	100

Contra 165 a que lo vendimos. Total ganancia líquida, pesetas 65 por cabeza: es decir, el 65 por 100 de utilidad.

¡Si le digo a usted que no sé cómo hay quien se dedica a torear por 15 mil pesetas dos toros, siendo tan fácil ganar dinero de cochinerero!



II

Ni se vaya a creer, por lo que decíamos el otro día, que, sin más ni más, los cerdos de engorde dan el rendimiento de 65 por 100. ¡Quizá! En todos los órdenes de la vida, el que algo quiere, algo le cuesta. Así tú, hermano lector, has de tener presente que ni para cebar guarros se puede confiar a la buena ventura nada que esté en tu mano arreglar con previsión, paciencia y estudios que todos estos vocablos tan sonoros tiene la misión de trabajador.

Claro es que si no fueras de los que cren en la fecundidad del trabajo, siquiera mal pagado, y no estarías convencido de que el destino está en nuestra mano, gracias a quien nos dió la facultad de elegir, serías fatalista, y alistado entre las filas del ejército turco, pongo por beligerante, te tendrían tan sin cuidado los cerdos, y sus chuletas, como a mí se me da por las coplas de Calainos.

Por eso has de saber que los pingües beneficios que reporta la cría y engorde porcino tiene el pequeño inconveniente de las muchas molestias y sinsabores que acarrea.

En primer lugar, el Mr. Ayrand, de quien hablamos el día pasado, y con él otros beneméritos personajes,

tal como don Eduardo Abela, director de la Granja-escuela de Sevilla; otro Mr. I. Ronffi; el señor Sansón, profesor de Zoología de la escuela nacional de Grignon y del Instituto agronómico; un hacendado yanqui; M. C. Bailly, etc., etc.; todos estos señores y otros que callo para no abrumarte con repeticiones de consonantes, que si dan sonoridad quitan claridad a los apellidos, vienen a coincidir en los mismos extremos; a saber:

Cuidados especiales y delicados a estos animales, cama mullida y siempre limpia, baño o ducha diaria, desinfección de porquerizas y utensilios cada semana dos veces al menos, temperatura uniforme en las cocineras, mucha agua para regarlas con presión, arrastrando el estiércol cada pocas horas; poca luz, pero bien ventilada; paseo corto y oxigenado cada atardecer y mucha tranquilidad y mucho sosiego: nada más ni nada menos.

¡Conque fiate de los animales inmundos, según Mahoma!

Yo he visto en unas porquerizas modernas, cerca de San Sebastián, en Rentería, una cuadrilla de 80 cerdos, cuya vida higiénica y saludable podía servir de modelo a más de un veraneante de estos que van a las playas pensando en que de los cuarenta para arriba no hay que mojarse nada.

Figúrate ¡oh, mi paciente lector! que a las primeras horas de la mañana, con la fresca, se le administra al excelentísimo señor cerdo, de jornada en la Bella Easo, podíamos decir, una ducha de agua fresca, que le limpia y le deja más sonrosado que si fuera de cera.

En seguida, en agua templada, se toma un desayuno

que consiste en trozos de galletas, migajas y desperdicios de la gran fabricación que no cito porque no lo tomes a reclamo cobrado, malicioso amigo mío.

Mientras se desayuna, se le hace y cambia de nuevo la cama, con paja blanda y blanca, donde, una vez satisfecho su apetito, reposa unas cuantas horas, roncando y dormido, «con un gorro de punto en la cabeza», iba a decir con el poeta.

Pasadas las horas de calor, pasea un rato por su terraza, mismamente que por la del Gran Casino algunos pollos desplumados en el verde tapete del ritual «rien ne va plus».

Hace sus necesidades en el más apartado rincón de su celda, instinto de curiosidad y aseo que no poseen ni el caballo ni el automóvil, por no citar otros animales.

Pero no te asustes, melíndroso lector, que ni este ensuciamiento tan gracioso como necesario dura aquí más que un relámpago detrás de una mata. Una chorro-tada automática de agua, con fuerte presión, se descarga sobre el pavimento asfaltado, y aquí no ha pasado nada; parece una taza de plata.

Otra comida fuerte, a base de la misma galleta desperdiciada, le sirve de cena, y a dormir, que es tarde.

Y otra vez y vuelta a empezar, un día y otro, hasta pasados los 250 a 300 en que vive este buen paquidermo en el mejor de los mundos. ¿Ves tanto mimo y cuidado? Pues para todo sale de este sibarita. Estos ochenta «sus» domésticos rinden a la fábrica anualmente unas veinte mil pesetas, a cambio de unas migajas de galleta que ni para la escoba valdrían de otro modo.

Desde este aristocrático cochino hasta el plebeyo

paisano que conocemos tu y yo, mi amigo Teótimo, no hay más que un paso. El mismo que de lo sublime a lo ridículo, según el otro.



III

Y A se me alcanza a mí que esto es ya mucho machacar, y que tanto cerdo resulta empalagoso; pero las bromas hay que darlas pesadas, o no darlas.

Prometo a ustedes no volver a ocuparme de estas cochinerías en los días de mi vida, y vamos a terminar.

Hemos tratado y, hasta donde es posible, técnicamente demostrado, que engordar cerdos es una viña, en el redondo sentido que tenía este sustantivo antes de la fiesta que proponía mi buen amigo don Emilio Francés para el programa de ferias de esa capital.

Pero esto del engorde es una «petaca diminuta», que dice un sereno, por «pecata minuta», comparado con la cría o propagación de la especie. No parece sino que el «creced y multiplicaos» bíblico cayó como un chaparrón entre estos mamíferos, clasificados por Cuvier en el orden de «animales de piel gruesa».

Dice Arago, refiriéndose a mister Jonatt, escritor inglés—a quien no tengo el gusto de conocer, porque soy germanófilo, para que rabien Unamuno y Pérez de Ayala—que con un par de cochinas decentemente dispuestas, se puede obtener de cinco años a la dobla la friolera de 6.250 hembras, lo que en diez años, dando

golpes a esta postura, vienen a ser 39 millones de cerdas en limpio. (B. Aragón.—«Cría del cerdo». Edición cuarta. 1909, Madrid—Página IX, para que no se ría el diablo de la mentira y para que no crean ustedes que lo he inventado yo).

«Dicelo gran filósofo,
noñ soy yo de septar,
si dixese de mío
fuera de censurar.»

Esta estrepitosa fecundidad, dos partos de diez cochinitillos cada uno al año, por hembra, parece una compensación natural al peligro de las múltiples epizootias que rodean la efímera vida del cerdo y «su importante salud».

Sin contar el reuma, los cólicos e indigestiones que les acosan como a cualquier senador por derecho propio, padece el infeliz condenado a muerte por San Martín, el «mal rojo», la «peste porcina», (salmonelosis) y la «septicemia hemorrágica», entre otras menos graves, las cuales son eminentemente contagiosas, sobre todo la «peste» (neumoenteritis infecciosa), que en Indiana (EE. UU. N. A.), produjo 6.754.761 bajas, ni una más, entre los 59 millones de cerdos criados desde 1894 a 1912, según minuciosa estadística de aquel departamento, que acabo de leer en «El Cortador».

Además, por si esto del «cólera» no fuera bastante, padecen glosopeda, tuberculosis, raquitismo y otras mil enfermedades de la piel.

En fin que todo son

muertes, asolaciones,
fieros males,

en este negocio, a pesar de lo cual hay casas que lo desarrollan tan por lo grande, que citar cifras sería un mareo. Véase solamente las casas Swif Compañí o The Morris, de Chicago, que producen millares y millares de bichos anualmente, según sus catálogos, curiosísimos y lujosísimos.

¿Que cómo sortean estos peligros esas Asociaciones con dividendos de millones de dolares por beneficio de sus industrias?

Pues a fuerza de pan, que dijo el baturro. En primer lugar, pólizas de seguro de vida, calculadas sobre estadísticas de ganadería que son un asombro de exactitud, al extremo de permitir el cálculo aritmético sin narrar dos centavos.

En segundo lugar, con un «Bureau animal industry» del Ministerio de Agricultura de los Estados Unidos, que dedica unos cuantos millones de dolares al estudio de las epizootias y su curación, según demuestra el reciente descubrimiento de los doctores Dorszt y Miles (muy señores míos, como dice Herrarte a los agrónomos), quienes desde el año 1908 se empeñaron en dar con un suero anticolérico para los cerdos, y hasta que dieron con él no cejaron.

Hoy pensionan en América del Norte, 18 laboratorios que llevan producidos cerca de diez millones de centímetros cúbicos de suero, con los cuales se han vacunado 250 mil cerdos, reduciendo la mortalidad a 3'25 por 100 en las pjaras sanas y a 9 por 100 en las contaminadas. («La Información Agrícola»).

Total, nada; que estos yankees se sonrien de las salmonelosis de colores, que aquí andamos tratando toda-

vía por el procedimiento de la Cartilla Ubaga, contra el «mal de ojo» y otras hazañas de las brujas y duendes que la toman con el más productivo de los animales domésticos. Y calculan el establecimiento de sus explotaciones agrícolas con tanta seguridad, como si fuera una broma.

Así un señor Mac Bailly, a quien hemos debido sacar ya a relucir antes, establece que una hembra juncal de raza casada con un Yorkshire de buena familia, comprada por 90 pesetas al medio año de su nacimiento, le dió 80 gorrinillos en el espacio de cinco años. Estos monísimos descendientes se vendieron a 20 pesetas cada uno, a las cinco o seis semanas, y la propia mamá, después de cebada, se vendió en otras 150 pesetas, lo que hace un total de 1.670 pesetas de producto bruto, a deducir unas 30 diarias de gastos por manutención, que son unas 540 pesetas en los cinco años. Queda, pues, un beneficio líquido de 200 pesetas anuales para esta ilustre dama de la familia de New-Leicester de Yorkshire. «né puerca».



RIPIOS PROSÁICOS LEGÍTIMOS

*A Redal, el más fecundo y admirable
y oportuno de los versificadores.*

Y a siento yo disentir
de la opinión de Redal
sobre el Amor y el Dinero;
pero, vamos, la verdad,
no comprendo que esa cosa
haga falta para amar.
Será, claro, que yo creo
que el amor es ideal
y que sólo se nos muestra
«batiendo alas al pasar»
«y con el rumor de besos»
de que Becquer habló ya.
Así que no se me alcanza
qué papel puede pintar
el papel de Estado en esta
cuestión de puños no más.
Mi opinión, afrodisiaca,

si me permite Redal,
es que el dinero no sirve
para de amor incendiar
corazones que apagaron
su ardor y vitalidad
con el agua de los años
«que ya no han de volver más,
porque pasaron alegres»,
según con dulce cantar
nos decía la Lucrecia
de «Viejecita» al compás.
Así, pues, no han de apurarse
los que se quieran amar
por dinero más o menos,
que el dinero ya vendrá
como lo busquen honrada
y firmemente, Redal.
Lo que hace falta para ello
sólo es quererse la «mar».
Que con cebolla y sin ella
ni uno se quiere casar
«se casa con veinticinco»
sintiéndose musulmán,
y a ninguna ha de faltarle
de amor lo más esencial,
como ellas sean bonitas
y él un apuesto galán.
Pues si vestidos y joyas
no se pueden ofrendar
a las futuras parientas,
contentas se las verá

pensando que un hijo trae
debajo del brazo un pan.
...Y con vender las hogazas
al precio que han de alcanzar,
cuantos más chiquillos se hagan
mayor será el capital.



DIVAGACIONES TRANSCENDENTALES

Ensalada pseudo-filosófica de amor, dinero, georgismo y Eugénica, sin cebolla ni aceite.

UN poco Ricardo de la Vega me ha salido este tituli-
to; pero no he podido «comprimirme» más.

Bien; don Pedro Merino y yo estamos perfectamente de acuerdo en lo de georgistas, y esto es para mí lo más grato e importante. Lo demás vendrá de añadidura, y si no viene «tanto monta», pues no han de tronar por ello las esferas. La cuestión es ir viviendo, ¿verdad?

Yo también esperaba que los «sesudos hombres e infanzones de pro» aludidos por el castizo escritor señor Merino (¡toma calificativos!) hubieran expuesto sus razones en este peliagudo asunto. No lo han hecho y allá se las entiendan con sus propias conciencias.

Nosotros dos, seguiremos dando voces a dúo, con música de Redal, en este desierto de la indiferencia local, y machacaremos en hierro frío de nuestros respectivos puntos opinables.

Aunque no consiguiéramos más que lo conseguido ya en este debate, no podemos quejarnos de nuestra suerte.

Y digo esto, porque desde Bilbao ya se ha ofrecido un lote casamentero, en verso, para mayor gloria, con treinta duros de haber mensual, dispuesto a «partirlos por gala en dos», como el rubí de Espronceda, en beneficio de la primera paisana «que guste bajar al redondel de la vicaría» (Léase «La Rioja» del día 21, me parece.) Todo eso, nada menos, nos tienen que agradecer las bellas riojanas.

Y vamos con la Eugénica, en su relación con el amor y el dinero, como alegorías de la felicidad humana. ¡Ejem... ejem!

Ha dicho Voltaire, y vaya por delante erudición barata y pedantería insustancial, caiga el que caiga, «que es más fácil descubrir cien errores, que descubrir una sólo verdad». Cito de memoria, para darme pisto, y no estoy seguro si la perogrullada se consigna en el diccionario filosófico del tal guasón Voltaire. Lo cierto es que es una «tontería» tan grande, que sólo se le puede perdonar a un hombre notable. Ello no quita para que, si no verso, sea verdad como tempo y medio por lo menos.

Así, yo no trataré de sustituir el error de la ciencia Eugénica con otra verdad en su lugar; pero lo que es el error, amigo eugénico, lo descubro, aunque al tirar de la manta salga lo que salga.

Vamos a ver. Si esa ciencia que tiene por objeto la selección por herencia de los más aptos para la vida, no se propone conseguir el mayor grado de felicidad humana, ora individualmente ora en comunidad, usted dirá qué ¡carambita! se propone.

Pero resulta de mi experiencia personal, de acuerdo con la de grandes autores, que no es cosa de poner por orden alfabético, que eso de la felicidad no es de este mundo, o si lo es, lo es en un tal grado de relatividad, que el mismo D. Hermógenes se quedaría avergonzado.

El bello ideal de la Eugénica es, según dijo alguien que yo no recuerdo ahora, injertar en un Riatz el luchador, por ejemplo, la bondad de San Francisco de Asís y la inteligencia de Newton. En esta «hibridación» humana, parecida a la que tiene en sus viñas, por lo científica y conveniente, don Primo de la Riva, según nos va contando estos días, parece que se quiere hacer consistir el sumúm del bienestar y de la dicha de las sociedades futuras.

Si con este ideal no abocamos en la parada de sementales humanos por cuenta del Estado y al cargo de dos números y un cabo, no le va a faltar casi nada.

Además que ni con ese atentado a los derechos del hombre y de su costilla, estaríamos seguros de obtener lo que buscamos.

Pueden seleccionarse y ayuntarse los animales, persiguiendo en los cruzamientos ventajas que se traducen en economía pecuaria por aumento de grasas, de talla, de resistencia al frío, etc., etc. Pero no sé de nadie que se haya dedicado a la cría de perros amaestrados o sabios, de éstos que hacen piruetas inverosímiles en los circos, por selección hereditaria, que haya conseguido ventajas notables y dignas de mención. Y tal podrían caer las pesas, que, como dice Requejo en «El nido» de los Quintero, saldrían de padres brutos, hijos brutos, y de padres sabios, hijos más brutos todavía. Y no sólo los

Quintero, sino el gran Cajal, ha dicho (según leí en un «Nuevo Mundo» de hace días en la encuesta sobre Eugénica abierta por Dionisio Pérez), que el cerebro de los hombres de hoy, no tiene diferencia alguna con el cerebro del hombre antediluviano. A su cargo la afirmación, que yo ni entro ni salgo en este belén.

Lo cierto es que el hombre de talento y el hombre dedicado a «las altas y serenas especulaciones», como un manifestante «aliadófilo» cualquiera, por su vida y sus hábitos suele ser un mequetrefe considerado bajo el punto de vista fisiológico, en relación con el negociado de Venus y «son enfant» Cupido.

De modo, que me parece a mí, sería una manera de echar a perder la herencia fisiológica, esto de encomendársela a un sabio encanijado y valetudinario, única altura de la cuesta de la vida en que se puede saber con certeza hasta dónde da de sí la precocidad inteligente tan frecuente como engañosa.

Y si eliminamos la facultad transmisora del talento por herencia, apaga y vámonos a otra parte buscando progenitores, que la fecundidad genial suele ser casi siempre esterilidad procreadora.

Otro gallo nos cantara, y en estos asuntos de virilidad no se me puede negar la oportunidad de sacar a cantar el gallo, si se tratara solo de crear y criar hombres fuertes como castillos, así serían más obtusos de ángulo facial que el mismo Mona, un tonto que fué mi contemporáneo en Haro, y casi mítico cuando se habla de incapacidad intelectual.

Eso ya sería si no fácil, al menos posible. Aún se podía conseguir, creo yo, el emparejamiento de dos se-

res ecuánimes y ponderados en cualidades físicas, capaces de reproducirse en sanotes mancebos, fuertes y aptos para las funciones vitales, y hasta invulnerables al efecto del medio, enfermedades, contagios etc., etc.

Y bien, que dicen los glaciastas, ¿podría considerarse totalmente feliz a este Atlante del porvenir, aunque fuera capaz de comer y beber por cincuenta gargantúas, y más capaz aún de hacer las correspondientes digestiones monstruosas que abaratarían el precio del estiércol, tan necesario en agricultura?

¿Será nadie capaz de sostener en serio que el círculo de aspiraciones en el hombre se cierra en las puramente orgánicas?

Yo creo, pues, que la Eugénica no resuelve el problema, ni lo resolverá mientras haya quien esté capacitado por ideas, prejuicios, educación, costumbre o lo que sea, para correrse una juerga descomunal, acostándose a sudar un catarro crónico, saboreando con deleite gatuno el roce suavísimo de la alba sábana, e ingiriendo con placer de dioses, el néctar sabroso de una taza de flor de malva escanciada por el bello Ganimedes de una esposa honrada, con o sin vestido de seda, que ni aplicado a las monas las cambia de condición, según el fabulista.



ESTADÍSTICAS Y OTROS EXCESOS

No es fácil que desaparezca la poesía del haz de la tierra. Mientras haya estadísticas «habrá poesía».

«Poesía eres tú» dijo Bécquer a su amada, y así nosotros podemos decir lo mismo a esas bellas y esbeltas columnas de guarismos que nos hablan de producciones, importaciones, exportaciones, riqueza y movimientos de la riqueza. Para mí es todo un poema el arancel de Aduanas, por ejemplo.

Y Grandmontagne, recuerdo que nos habló una vez —la única conferencia sobre puertos francos— de que él gozaba tanto leyendo las valoraciones de la Junta de idem, como hojeando (pasando las hojas) un libro de estampas.

Claro que esto es cuestión de gustos, y que no todos hemos de tener los mismos, ni falta que hace.

Yo respeto a cada uno lo suyos, y no tengo más pretensión sino que me dejen en paz con los míos. Eso sí, que como todos los borrachos tienen la manía de convidar a beber, a mí se me antoja que todo el mundo debe enterarse de los resultados estadísticos que le puedan

afectar; con ello no se perjudica a nadie, y, por lo menos, el que posea un argumento estadístico, fundado en la incuestionabilidad de los números, hágase la cuenta que tiene un mortero del 42 para apabullar a su contrario de discusión en esas polémicas de café, con media de abajo. ¡Ahí es nada! poder decir al contrincante:— ¡chúpate esa!—dejando a los contertulios estupefactos.

En favor, pues, y a la salud de estos héroes innúmeros de la elocuencia de velador, lleno de tazas, copas y ceniza, amén de las correspondientes moscas, va esta croniquilla, artículo, composición o lo que sea.

El avance estadístico de la producción de trigo, según afirma el señor Bugallal, él sabrá por qué, con fecha 12 de Julio próximo pasado, ha dado por resultado un cálculo de cosecha de 3.923.382.000 kilogramos (525.674 toneladas más que el promedio del último quinquenio y 763.934 toneladas más que el año 1914, según la Junta Consultiva Agronómica, en su estadística e instructiva publicación del pasado año, que tengo sobre la mesa a disposición de quien lo dude).

Suma y sigue: 30.000 toneladas de tres cargamentos de trigo extranjero que habían salido de puerto por cuenta del Estado en julio, según declaración del propio cosechero y ministro de Hacienda, tu amo te vea.

Más 25.000 toneladas del preciado cereal, en que se calculan las compradas por particulares directamente al mercado americano para embarque en los meses de julio agosto y septiembre; 25.000 toneladas que deben estar ya al caer, si es que no se les ha ocurrido a estos infelices importadores de trigos traerlas en algún «Isidoro» o

Isidro navegable de estos que se torpedean los alemanes para pasar el rato.

Total (agárrate, amigo Juan Bobo): 3.978.382.000 kilogramos de trigo, que destinado a fabricar engrudo, podría darnos un cacharro así como para pegar todos los carteles anunciadores de corridas de toros, de un año de fiesta nacional y no me quedo corto, según otro poema estadístico debido a la melena de Eugenio Noel. (Semanao «España» del 27 de agosto).

En resumen, que tenemos más trigo que queremos; tenemos trigo para comer pan todos los españoles, así lo comamos con la sopa, pan con pan, comida de españoles castizos; tenemos trigo de sobra para guardar y hasta para meternos a acaparadores la mitad más uno de los ciudadanos, Porque yo, como dice un amigo mío, no creo en brujas, ni acaparadores; pero los hay y las hay.

Verás, amigo «panopáfago». Se dice que en España somos unos 20 millones de contribuyentes por estas o las otras cosas. Y aunque no sólo de pan vive el contribuyente, el caso es que tampoco sin pan vive el pobre.

De los veinte millones de habitantes, la mitad son adultos próximamente, y de la otra mitad, el 50 por 100 son niños que apenas comen pan, por necesidades fisiológicas.

Ahora bien; la ración de pan de un adulto la calcula el doctor Muller (Diccionario España), en 450 gramos y la de niños hasta 5 años, en la mitad, 225 gramos por día. De término medio por habitante vamos a tomar la máxima 450 gramos, que multiplicados por 360 días del año comestible y comercial (cinco días al año no se suele comer pan en las esferas oficiales, donde se forjan

las estadísticas) dan unos 162 kilos de pan por habitante y año.

Sigamos el juego malabar de hacer castillos de números en el aire de nuestra fantasía.

Para fabricar 162 kilos de pan se necesitan 130 de harina, que a su vez se fabrica con 175 kilos de trigo al rendimiento de 74 por 100 del peso de trigo, según garantizan las casas constructoras de aparatos de molería moderna.

Y no me saquen ustedes la musiquilla de que hay trigos así o asao, porque nos lo sabemos de memoria, así como sabemos que los trigos así y asaos suelen costar también según los asaos y así que son ellos. De modo, que eso si es falta de harina no será sin la mohina consabida en el costo de compra, en relación con el tipo del rendimiento medio

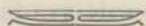
Terminado este incidente y adelante.

Un español, sano y de buen apetito, no faltándole otras cosas para untar, con 175 kilos de trigo, está al cabo de la calle para todo un año de gracia.

Con que 175 kilos multiplicados por 20 millones son igual a 2. 500.000.000 de kilos.

Y como entre la cosecha de Bugallal y los embarques llegados después de la cosecha, tenemos 3.978.382.000 kilos, nos sobran 1.478.382.000 kilos, que podemos dedicar a la fabricación de tortas, que se asegura son buenas a falta de pan, si a ustedes les parece.

¡Amigo polemista de «bar», qué estupendo puedes estar esta noche!



FANTASIA VITÍCOLA

MORÍA el verano entre estertores trágicos, prolongando en suspiros, de solano cálido, su lastimosa agonía. Ni cigarras, ni mariposas, ni grillos quedaban en los campos. Faraón Vitícola dormía su pesada siesta cabeceando caprichosamente a la sombra de un álamo. Había aspirado el dulce narcótico de XV artículos periodísticos sobre viticultura, y el opio cultural que contenían sembrada su ultra-visión de durmiente, de bellas y polícromas imágenes. Y soñaba.

Que un pueblo entero con sus hombres, mujeres y niños, famélicos y depauperados, se afanaba por encontrar el remedio de su ruina. La ruina, era la de sus vidas, vacas flacas que comían las gordas de su peculio. Era el emblema bíblico que tomaba cuerpo en sarmentosas y macilentas cepas, medio cepas, medio vacas, que unas veces parecían siete y otras setenta, representando los años de escasez y los de abundancia, futuros aquellos y pretéritos ¡ay! muy pretéritos éstos.

Los gritos chillones de las madres hacían coro a los lamentos de sus hijos, querubines adelgazados como para rodear armónicamente, nimbando su cabeza, la efigie de Papús.

Los hombres débiles y transparentes elevaban sus puños cerrados al cielo, como amenazándolo por su abandono.

Algunos, más animosos, haciendo corazón de las pocas y estrechas tripas que tenían a mano, trataban de apaciguar los ánimos, aconsejando calma, prudencia, conformidad y paciencia.

Otros, Jobs resignados, aseguraban que la cosa no era para tanto y que más se perdió en Somorrostro.

Hasta había quien, elevándose sobre el nivel de sus paisanos, quería dirigir el cotarro, hacia unas urnas electorales, de donde, como del cuerno de la abundancia, habría de salir todo remedio.

Pero éste no parecía por ningún lado, como capa en casa de honrados.

Alguien con vocación de Cirineo, se prestó a estudiar científicamente el mal y ver de curarlo.

Y emprendió una peregrinación en motocicleta a través de los viñedos. Allí donde veía media docena de llorosos campesinos, paraba la moto, se apeaba y quieras que no, les soltaba un sermón, sobre maneras de cultivo de plantación, de análisis de tierras, de enfermedades criptogámicas, de medios de combatirlas con sulfatos, agua hirviendo, caldos neutros, adherentes, pulverizaciones y hasta rociadas de orines con tabaco, que de todo había en sus amenas y ocurrentes disertaciones mayores y menores.

Los agrarios, unas veces oían y otras no a su predicador; pero rara vez hacían sino aquello que por más estrambótico les chocaba más. Esto solía ser en cuestiones de economía agraria, por ser lo más halagador de

aquellos sermones del Desierto, que no de la Montaña. ¡Qué interna satisfacción sentían los viticultores de buena voluntad cuando oían decir:— Y venderás tu vino sin el sudor de tu frente!

Pero el tiempo pasaba y otro azote del campo se sucedía, y a una plaga seguían mil, y a un nublado cien pedriscos, a pesar de todas las oraciones. Los agricultores recordando o presintiendo los consejos del clásico Palladius Rutilius en su «Economía Rural», empezaban a desconfiar de los que en cuestiones agrícolas rivalizan con los retóricos.

Y ya resucitaba entre las gentes el antiguo refrán de «labrador de levita, quita, quita...»

Mas Dios aprieta pero no ahoga. Y hé aquí que una nueva era agronómica amanece con rosadas luces en aquel pueblo todo oscuridad y miseria espiritual...

Un Mesías riojano (el sueño se concreta a nuestra provincia), redime del pecado original a sus paisanos. Es el iluminado. El remedio es sencillo y del gusto de todos. No lesiona intereses creados, respeta morales establecidas, es tolerante y tolerador. No obliga a nadie aunque a todos satisface. Su forma es cabalística y sibilítica y debería expresarse en griego para mayor claridad. Héla aquí: Tómese una plaza de toros, contrátese por lo que sea tres espadas, los más caros del orbe taurino, déense tres corridas, tres necesariamente, porque no puede prescindirse de la virtud taumatúrgica del número, y el tres tiene virtudes inponderables, y si el pueblo no vive y se galvaniza en oleadas de nueva vida, así personal como vegetativa, que me crucifiquen. Firmado: «Yo, el Pitirri». Hay un sello que dice Exce-

lentísimo Ayuntamiento de la muy noble y muy leal ciudad de Logroño»...

Faraón Vitícola, despierta de su sueño, al ruido de una multitud de diez mil riojanos alegres que salen de la nueva y preciosa Plaza de Toros.

Un coro de hermosas riojanas, divinamente ataviadas con flores y mantillas, entona el «aleluya», cuya letra dice así:

«El arte del toreo

vino del cielo

y con los memoriales

vino Belmonte, que no Frascuelo».

Faraón Vitícola duda si está despierto. Uno de estos «pesimistas exagerados», que todo lo encuentran criticable, comentan:—¡Parece mentira! Esto no puede ser el remedio a nuestros males. No tienen razón los taurófilos. Debajo de esta fiesta de alegría el malestar subsiste y se acrecienta.

Faraón Vitícola piensa que esos agua-vinos de la alegría nacional son los eternos perseguidores de la verdad. Y esta verdad demostrada por los castizos, la de arreglar las viñas con corridas de toros, ¿no es triste que como todas las verdades descubiertas, sea también combatida?



FUTURO DESTINO DE LAS PLAZAS DE TOROS

AUNQUE nadie me ha dado vela en estos entierros de croniquear sobre arte, por hacha más o menos en esta procesión de críticos disfrazados con la manoseada camisa de once varas juzgadoras, no se han de enfadar ustedes.

El caso es el siguiente: Yo leí en «La Rioja» de hace unos días que el «Pitirri» informaría a estos lectores de los acontecimientos taurinos de Zaragoza, que está de fiestas. Y me dije: pues si hay crónica y buena de nuestra fiesta nacional, ¿por qué no he de hacerla yo, aunque sea mala, de la fiesta musical, que también celebra Zaragoza, con el concurso de la Banda Municipal de Madrid, nada menos? Claro que poco voy a decir de nuevo y de notable, y no por falta de deseos; pero mientras plumas mejor cortadas se dedican a otras labores, en lugar de a la de difundir cultura musical, allá voy yo a despacharme a mi gusto, y a desahogar un poco mi entusiasmo por el arte de Beethoven, y el que quiera más que alce el dedo, como este ángel del monumento a los Mártires de Zaragoza que estoy viendo desde el bal-

cón de mi improvisado y nuevo escritorio, que pongo a la disposición de ustedes.

Y ¡jalá! a la plaza (ustedes verán cómo arreglan eso de no acentuar las preposiciones, con el cambio de esa interjección y su repetición eufónica), casi en ayunas; pues a más de la buena preparación espiritual de la abstinencia, hay que tener en cuenta que el concierto es a las dos de la tarde, y en fiestas no se puede ser exigente en puntualidad culinaria en las hospederías.

El programa (un poco «provinciano», si se empeñan ustedes, señores centralistas que estiman Madrid, de distinta condición de capacidad sensitiva en el divino arte, arte que yo tengo por elemental), fué el siguiente, que, aunque estén ustedes enterados, hemos de estampar para que se juzgue:

PRIMERA PARTE

- 1.º «Overtura solemne». Tchaykowski.
- 2.º «Danza macabra». Saint Saens.
- 3.º Partitura «Las Golondrinas». Usandizaga.
- 4.º Cabalgata «Walkyrias». Wagner.

SEGUNDA PARTE

- 1.º «Fantasía española». Villa.
- 2.º «Invitación a vals». Weber.
- 3.º «Procesión del Rocío». Turina.
- 4.º «Rapsodia húngara». Liszt.

¿Ven ustedes? Todo ello nos es conocido y hasta creo, que para un regular aficionado, casi familiar. Pero eso no es razón para hablar de regionalismo musical ni mucho menos, señores calificadores de provincianismo.

¡Pues hombre, ni que se tratara de la Asamblea de Barcelona para los Puertos francos! (¡Alerta! ¡Alertaaa! ¡estáaa! que cantaban antes los centinelas).

Bueno, pues además, el que haya oído esas obras musicales ejecutadas por otra entidad musical, tanto nacional como extranjera, que no sea esta banda madrileña que se haga la cuenta de que no ha oído lo que escribieron sus propios autores.

Ni violines, ni violas, ni instrumento alguno de cuerda puede compararse, ni el arpa, con la forma de «dicción» tan expresiva, y con la tremenda delicadeza de sonido, de estos clarinetes largos, cortos, grandes y chicos, y con estos cornetines y fliscornos, flautines y demás «seres» del registro agudo del cuarteto de metal y madera, que parecen encantados y como funcionando por orden de un mago pequeñito, pero, «¡rediez!» con mucha «juerza», que decimos los aragoneses naturales y adoptivos cuando hablamos del maestro Villa.

En fin, que no es cosa de descubrir a ustedes el Mediterráneo de la Banda Municipal de Madrid, que si no, me estaba emborronando papel hasta mañana si Dios quiere.

Mi objeto es decir a ustedes que yo estoy como loco, de haberme dado la panzada musical de hoy, que todavía pueden ustedes oirla el lunes en la Filarmónica de Zaragoza, (los que sean socios de la Riojana), y que vean quienes puedan, de qué modo, poco a poco o de prisa, llegamos a dedicar las plazas de toros a salones de hacer música, pues no saben ustedes lo hermoso que resulta el espectáculo de 12.000 almas, conteniendo la respiración para gozar de un pianosísimo, por ejemplo, sin con-

tar con que no hay fagot ni trombón, capaz de saltar al tendido matando a un hombre, como la espada de este Damocles, del hijo de la «señá Grabiela».



NUEVOS BELIGERANTES

AL paso que lleva la «Platera», no vamos a quedar ni un pacifista para remedio.

El ambiente está, a mi ver, saturado de ideas belicosas, y la lucha se masca y absorbe por todos los poros.

Como si no fuera bastante amplio el teatro de la guerra, un templo de Talía, vamos al decir, el de Romea, en Madrid, se ha sumado como nuevo campo de Agramante, a los tristes de «soledad y mustio collado», regados por los ríos de sangre europea, oceánica y asiática.

Mal año para los dibujantes de gráficos, con la situación de los combatientes al minuto, si han de reducir a escala este nuevo lugar de desolación, donde dos preciosas felinas cupletistas se han liado a bofetada limpia.

Calomarde me parece que fué el que dijo lo de «manos blancas no ofenden», ¿sostendrá la misma teoría la bellísima Argentinita, después de los coscorriones de su compañera de gallos y fatigas, Raquel Meller?

Valdría la pena el consultárselo, y yo espero en Dios, que aprieta y no ahoga, que no nos faltará un «Caballero Audaz», que nos lo cuente en forma de «interview» desde «La Esfera» u otra «ilustración» al uso.

De cualquier modo, hay que reconocer que Raquel

Meller es digna paisana de Agustina de Aragón, y que, como ésta, es bien capaz de grandes hazañas.

A primera vista, parece separarlas gran distancia; pero el hecho, la esencia, me parecen a mí idénticos.

Claro, que entre disparar un cañón defendiendo el honor patrio, y largar una «chuleta» defendiendo el honor profesional (y pase el convencionalismo) hay una distancia enorme.

¿Pero qué culpa tiene la encantadora señorita (hoy estamos llenos de convencionalismos) Raquel Meller, de que andemos los españoles tan alicortos y escasos de grandes ideales? Para mí no hay duda, que si en lugar del teatro Romea se pone uno de los sitios de Zaragoza, y en lugar de Encarnación López, un cuerpo del Ejército Napoleónico, la Meller dispara su cañón con el mismo donaire y gentileza que soltó el «soplamocos».

La diferencia, pues, es sólo de lugar y de tiempo; y aquí, aunque un poco por los cabellos, será bien de notar el caso del apaleamiento por los Yangüeses; que así como no hay afrenta al recibir un golpe de horma dado por el zapatero, por ser el instrumento propio de su profesión, no puede haber censura en el abofeteamiento de la Meller, pues «a lo que se me acuerda, no tenía estoque, espada, ni cañón», de que echar mano en aquel acaloramiento, ni había por qué llevar las cosas a ese extremo, que si explicable es un duelo internacional, no lo sería en un desafío por puntillos de honor, entre dos bellas damas, conformes con Beaumarché en lo de «mire usted dónde demonio se fué a colocar el honor de las señoras».

Sea como quiera, la cuestión es que de estas nuevas

beligerantes del teatro de Romea, habrán de salir dos nuevos colosales y enormes partidos político-discutidores; «argentinitófilos» y «mellerófilos», que van a dejar tamañitos a todos los filos que en el mundo han sido y que bueno será irse alistando en uno u otro bando antes de que falten puestos.

Yo, por de pronto, me sumo a los que pegan y me hago «raquelmellerista», lamentando que la trifu!ca no haya sido un poco antes, para haberme dado tiempo a presentar candidatura de concejal, en competencia con los «pares» y «procers» de Logroño, ostentando este nuevo color partidista, que me parece capaz de amalgamar la Verdad y el Ideal, con permiso del Manders de los Espectros, de Ibsen.



DESAHOGOS BIBLIOGRÁFICOS

Es curioso lo que nos sucede a los aficionados a la lectura, de cuyo vicio Dios guarde a ustedes muchos años.

Se publica un libro, que por su título, o por otra cualquier circunstancia, se os antoja curioso y digno de conocer. Pues tenéis que disponeros a seguir un penoso calvario en su busca y captura. Vuestro librero no sabe a qué edición os referís; algo ha oído o leído él sobre lo mismo; pero no recuerda dónde, ni quién lo ha publicado. Lo más que puede hacer, en vuestro obsequio, es escribir a su corresponsal en la Corte, que tarda diez días a contestar, para deciros que en Madrid no se ha publicado, que el autor es de Frómista (Palencia), y que ha preguntado al interesado, al autor, si él puede o quiere atender vuestra demanda. Al cabo de tiempo, y con gasto de 3'50 incluso certificado, os llega un libro que si es del autor solicitado, en cambio no es lo que pedíais.

Menos mal, que en la última página, se lee «obras del mismo autor» y allí dais con el título de la «vuestra», quiero decir de la que andáis buscando.

Vuelta a escribir, al Giro Postal, al paseo, a casa del librero, y a esperar pacientemente el santo advenimiento de lo que consideras apremiante ración de «pasto intelectual».

El libro en vuestro poder se llama por ejemplo «Castilla en escombros». Tiene sus 300 páginas de apretada y deslumbrante prosa sociológica, con datos de producción y comentarios sabrosísimos sobre hechos pintorescamente españoles, que revelan hasta la entraña de este malestar general en que hemos convenido, se desliza nuestra pobre vida nacional, con unanimidad impropia de españoles.

Y exclamáis como en las comedias antiguas; ¡ahora lo comprendo todo!

No es que se trata de una rareza bibliográfica. Es que se trata de un volumen producto del estudio concienzudo de un hombre honrado, que se cree obligado a decir todo lo que sabe a su país, levantando una extraña, pero verdadera acta notarial, del desbarajuste científico, económico y político en que se descompone este solar patrio que nos legaron Fernando e Isabel; o mejor dicho que legaron a unos cuantos señores particulares, los dos monarcas católicos.

Y esto ya de por sí es una rareza. Un libro de valor que debíamos estudiar todos los españoles, es natural que sea la piedra filosofal o algo más raro todavía. Y así os explicáis tranquila y perfectamente las dificultades de su adquisición.

Si seriais amigos de envenenar vuestro espíritu con erotismos literarios, ya sería otra cosa.

¿Habéis visto escaparate de librería sin «La Coquito», de Belda?

Eso está al alcance de todas las fortunas. Han hablado de tan descomunal producción del ingenio pornográfico todos los críticos (?) de todas las Revistas que yo conozco. ¡Dios se lo pague!

De «Castilla en escombros», por Julio Senador Gómez, edición viuda de Montero, Ferrari, 4 y 6, Valladolid, no habréis oído hablar hasta ahora, ni aún los más decididos y raros de los «amateurs» de libros, cuanto más los coleccionadores de bibliotecas por el procedimiento de que tan saladamente se mofaba Larra.

Y cuenta, para ver si os abro el apetito de leerla, que en la mencionada obra hay párrafos tan «suaves», como el siguiente:

(Habla de la emigración a América). «Es porque sin cultura y sin justicia no hay garantías para la libertad; y estas dos cosas son desconocidas en aquellas caricaturas de nación que desprecian al emigrante porque odian el nombre de España; que nada tienen de grande más que sus desiertos; que no han sido capaces, todavía, de hacer olvidar al mundo la gloria de quien los arrancó el taparrabos y se dignó mejorarles de casta y que en cien años de independencia no han sabido ni dar un solo nombre al arte o a la ciencia, ni siquiera engendrar los hijos que necesitan para poblar sus vacíos territorios...»

Y así, sin decaer un segundo la centelleante retórica y el viril léxico, se consumen las trescientas páginas en las que hay mucho que aprender, y o mucho que aplaudir o mucho que censurar... Lo que ustedes quieran. Todo, menos ese silencio sepulcral de nuestra Prensa, que

yo me atrevería a romper si tendría mimbres intelectuales y tiempo para urdir todos los cestos de crítica bibliográfica a que se presta el libro que deben ustedes leer y no les pesará.



PASANDO EL RATO

La compra al contado, de una localidad de teatro, así sea de las baratas sin llegar a «tipos» ¿da derecho a criticar una obra dramática?

Si ese derecho se limita al de ver, oír y callar ¿por qué no pagan los autores al espectador, a tanto la hora de paciencia, en lugar de cobrarle la entrada?

Hé aquí un problema o varios problemas, que yo me propongo llevar a la escena con mis futuras producciones teatrales si me sale bien el primer intento de autor que tengo entre manos y si se silba o no se silba como quien dice.

Mientras tanto, haciendo como que ni se nos ha ocurrido tal duda, vamos a ejercer unos minutos de dómines censores del arte escénico. Siquiera en esta litúrgica ocupación apenas podamos reclamar un puesto de monaguillo en el convencional y manoseado templo de Talía.

Hemos llegado a Madrid por necesidades de la vida, tan prosaicas, que no merecen los honores de su exhibición; pero las primeras horas de la noche, nos pertenecen absolutamente y por «pasar el rato» nos entramos en el teatro Lara; la burguesita «bombonera» del infor-

tunado millonario don Cándido (q. e. p. d.). Llevamos un prospecto anunciador de la representación de «Fantasmas», comedia en dos actos del señor Linares Rivas, con el reparto de personajes entre los distintos actores y actrices de la compañía. La Abadía, encantadora y aporcelanada mujer, que ocupa puesto preeminente entre las actrices contemporáneas por su sensibilidad exquisita y por su belleza innegable; la Manero y la Alba, también notables y las Sánchez Ariño, Alverá y Herrero, de las que dicen los revisteros que «con su discrección completaron el cuadro irreprochable de la presentación, que fué acertadísima.

Los señores Thuiller, Ramirez, Isbert, Valente y Mora, constituyen el conjunto en la parte alícuota del sexo fuerte que les corresponde por clasificación.

Bien. La obrita, así en diminutivo, ha sido un éxito y una gloria más para su célebre y fecundo autor, a quien se extrañan los críticos Manuel Bueno y «Alejandro Miquis» entre otros, se le siga considerando oficialmente como ortodoxo conservador, en cuyo partido político, se dice, está afiliado. Esta extrañeza les causa, por lo que yo voy pudiendo entender, la valentía de conceptos que pone Linares Rivas a alguno de los personajes de sus obras «La Garra» «La espuma de champagne» y «Fantasmas», que son como la trilogía de este teatro de «tesis». Parece efectivamente, que algunas de las reflexiones, sentencias y comentarios de los tipos que presenta, son tan demoleedores y tan francamente disolventes, que ni Fabra, ni el mismo Malatesta se atreverían a más bravas afirmaciones en materia de ideales anarquistas.



La preciosa Abadía, encarnando el personaje de «Angélica» en «Fantasmas», dice textualmente: «como que ya no hay chico (niño) que quiera ser justicia para no desprestigiarse desde tan joven».

Tamaña irreverencia, dicha con la dulzura de cereza madura, de unos labios femeninos, es una bomba Orsini, literaria, contra todo lo que huele a autoridad.

Y claro; de aquí nace el júbilo de nuestros demócratas revisteros, al dar por sentado que Linares Rivas, abjura de sus ideas conservadoras y aristócratas, pasándose al campo libertario y ultra democrático (igual pero al revés que el señor Talavera, pongo por republicano católico apostólico).

Sin embargo, ¡qué lejos está el buen señor de abandonar, ni figuradamente, el buen machito de los privilegios de casta que cabalga cómodamente, pese a todas sus ironías escritas y representadas y sin escribir ni representar.

El autor del «Abolengo» será un hombre con todos los méritos imaginables, y yo así me complazco en reconocerlo; pero de su democracia, juzgando por sus escritos para el teatro y lo poco que suyo se lee en revistas y periódicos, hay que huir como el diablo de la cruz. Es un individualista «enragé», y sólo como señuelo para atraer, emplea las pieles de cordero democrático; pieles blancas y suaves que ocultan la negra y áspera del fiero lobo conservador y aristócrata.

Y no quiero hacer frases gratuitamente, sino que ahí está la última producción, chorreando orgullo individual que no me dejan mentir.

Figúrense ustedes que hay un personaje, casi prota-

gonista, si en «Fantasmas» no lo son todos, Raimundo; que sostiene con el tesón de una vida forjada por sí misma, que «todo para vosotros» es lo más grato de decir, para un hombre.

Sin perjuicio de soltar al final de la «función» la siguiente andanada, resumen y compendio de la «tesis» que se trataba de demostrar. «¡Que critiquen cuanto gusten, que «yo no vivo la vida de los demás, sino la mía.» Y en el resto, el que cumple las leyes, y el que guarda los respetos «externos» a la sociedad, no le debe nada a la ley ni a la Sociedad!»

Egoísmo envenenador, y conservaduría vitalicia, se llaman esas figuras, del vivir la vida propia, y del respeto «exterior» (¿hipócrita?) a las leyes; y lo demás música del Celeste Imperio.

Porque toda la acción dramática se encarrila a eso; a demostrar que no hay otra medida del bien y del mal que nuestro propio y personal criterio, hasta el punto de que si el honor padece en el concepto de los otros, de los que nos rodean, preferible al ridículo sistema de lavar con sangre las manchas de la honra, que consumió el intelecto de Calderón, es conformarse, resignarse filosóficamente con la propia y orgullosa y personal estima. Esto es encastillarse en la íntima fortaleza de nuestro «yo», proclamándonos justicia universal de nosotros mismos, ni más ni menos que aquel maestro de filósofos que decía a sus discípulos en clase «Mañana crearemos a Dios». Es decir: que a poco que se reflexione sobre la intención democrática del señor Linares Rivas, se ve que proclama para la dirección de nuestros actos de relación, el más peligroso y odioso de los aristocratismos, el auto-

aristocratismo, esencia de lo conservador y enemigo único del democratismo. Porque si nos gobernamos por nosotros mismos ¿qué queda para el Gobierno de los más a los menos? ¿de la mitad más uno, opinando, juzgando y mandando, cristalización de la democracia?

Conque ya podemos irnos apuntando tantos, los amigos del progreso de las leyes humanas, con la conversión del gran dramaturgo, mientras sus correligionarios políticos se tiran los «amarracos» de sus producciones literarias, que no son flojos.

¿Qué me importa a a mí de todo esto de aristocratismos o acratismos, dices, caro y raro lector?

A mí individualmente nada; pero de algún modo hemos de pasar el rato ¿no te parece?



FIESTAS EN ZARRATON

Oh, Dios! que cada año nos llenas de regocijo con con la solemnidad de tu mártir y pontífice el bienaventurado Blas; concédenos por tu bondad que cuando celebremos su nacimiento en el cielo, nos alegremos con su protección en la tierra».

Tales son las palabras de la oración de la misa en el día 3 de Febrero de 1916, según el padre Croiset; palabras que suscribimos por abrumadora mayoría todos los convidados ayer a las típicas, tradicionales y gratas fiestas que el pintoresco pueblo de Zarratón dedica a la mayor gloria de su Santo Patrono.

Y suscribimos, algo epicúreamente, las frases del rezo, porque somos, todos los asíduos concurrentes al Zarratón festivo, muy dados al modesto regocijo y a la honesta alegría, nervio y entraña de todo el programa de festejos organizados por nuestros vecinos, en honor del dulce, prudente y milagroso obispo de Sebaste.

De las fiestas religiosas y civiles ya os darán cuenta con la actividad y minuciosidad proverbial los respectivos corresponsales de los diarios logroñeses; esos simpáticos y anónimos corresponsales, pacientes y sesudos «compositores» de interesantes estadísticas de matrimo-

nios, bautizos y defunciones pueblerinos, amenizadas con las notas de color de los viajeros llegados y salidos; el «conocido sportman», «la bondadosa señora», «el acaudalado propietario» y demás fauna móvil interaldeánica o ciudadánica.

¡Honorables X. H. y J! ¡Tenéis todas mis simpatías y yo soy feliz con apropiarme el título de «numeroso lector» con que tan generosa como francamente me nombráis! ¡Libreme Dios de la tentación de pisar el terreno de vuestra competencia y propiedad por derecho de conquista!

Ahí tenéis la refulgente iglesia de Zarratón llena de fieles de ambos sexos a quienes citar por sus preclaros nombres, para admiración y ejemplo de las futuras edades; ved la «elegante mansión» de don Zutano llena de «encantadoras pollitas» y de «distinguidos pollos y gallos» que rebosan hasta por balcones y galerías, delatándose a dos leguas por sus argentadas risas y charloteos; mirad el auto «Mercedes», «Dion Bouton» o «Ford» el pacifista; la moto, el caballo, los coches, los ciclistas; el exalcalde de la importante villa de H: el exdiputado D. R.; el conocido industrial Sr. G.; el eminente doctor Z.; el probo secretario del Ayuntamiento de B.; el Coronel A.; y hasta las dos «brillantes bandas municipales» de C. y de S., tan admirablemente dirigidos por los notables maestros don Tal y don Cual .. toda esa diversa y abigarrada muchedumbre que constituye la población flotante de unas horas en el engalanado y amable pueblecito, debe ser pasto de vuestra acertada crítica, poniendo a cada cosa y a cada hombre o mujer su justo y verdadero nombre, precedido o acompañado de todo vues-

tro arsenal de adjetivos, cuya difícil facilidad de uso, ¡oh, mis caros corresponsales!, os envidio sinceramente.

Yo me concretaré a cantar la romanza estrafalaria de mi propio sentir, con acompañamiento de mi pobre fantasía, en frente de mi pequeño grupo de amigos y conocidos, a quienes llamamos patronímicamente «los de Haro», «los de Briones» o «los de Villalobar, Bañares y Miranda», únicos romeros a quienes conozco y de quien puedo contaros cosas curiosas.

Veréis: la primera es que son jóvenes que gustan del baile, de la charla amena, del chiste culto; amigos de la alegría, en fin, de aquella alegría que cantaba Schiller, inspirando a Beethoven en la IX sinfonía. De la alegría «el más bello resplandor de los dioses». Son mis amigos «de los que han conocido una amistad sincera y recíproca, de los que han conquistado una dulce compañera llamando suya siquiera un alma...»

Pero esto resulta ya un poco largo y otro día hablaremos de mis amigos y bellas amiguitas.



¡ALTO AHI!

IMPUGNAR el Henrygeorgismo, incurriendo en el vicio de achacar al maestro pensamientos que no tuvo, ni que lógicamente pueden deducirse de sus palabras, es la única manera de conseguir una efímera sombra de impugnación. Mi buen amigo Cárcamo me va a permitir la rudeza del modismo con que titulamos estas cuartillas: «¡Alto ahí!»

No hay, ni puede haber en toda la doctrina georgista ni una equivocación lamentable. Donde caben estas geremiacas equivocaciones es en su interpretación. Veamos.

Doctrina de George, en extracto, a lo Liebig: El Estado necesita consumo de riquezas para su existencia.

¿De dónde tomarlas justamente, equitativamente y fácilmente? Del valor del suelo o «renta» de la tierra, que viene a ser en la práctica de la vida social una especie de contribución voluntaria, que nadie escapa de pagar con más o menos dificultades. ¿Hay que explicar otra vez lo que es renta económica? Pues a ello, que lo que abunda no daña.

Renta económica es la parte sobrante de la riqueza que, producida en la tierra (no en Marte) por el trabajo y el capital, queda después de pagados salario e interés.

¿Gerigonza? Como usted quiera; pero eso es, y nada más que eso es la renta.

Entre el productor de cebada y el productor de harinas, esencialmente la diferencia «rental» (no se como expresarme mejor) será nula. Es decir, no habrá diferencia, como no es diferente medida el metro del centímetro, aunque signifiquen distinta extensión.

Si sería posible practicar el experimento del ejemplo del señor Cárcamo, veríamos que el cultivador de cebada y el molturador de la misma, pagando el uno mil y el otro cien al Estado, los dos quedaban igual, si no al momento de la «era georgista», sí al poco tiempo. En cuanto desaparecidas las circunstancias modificativas de la producción entre harina y cebada, quedase sólo como factor influyente el porcentaje de canon al Estado, el agricultor pasaría a ser fabricante hasta el mismo punto en que por la concurrencia fabril sería más conveniente volver a sembrar la pieza sin miedo a los gorriones contribucionales. Y así el cambio hasta lo infinito.

¡Que no pagará «el capital dinero» y sí el capital tierra!

Confieso que así no me es posible saber lo que se quiere decir. Capital tierra no existe en Economía, como no existe en Química hidrógeno oxígeno; habrá las dos cosas separadas o juntas en la proporción molecular correspondiente; pero oxígeno que a la vez sea hidrógeno y a la inversa, no puede ser. Y si a los términos del lenguaje, ya de por sí bastante metafóricos, añadimos esas incongruencias, saltarán las lamentables confusiones y sobrevendrá el caos propio de toda discusión, contra el proverbio que se empeña en iluminar lo ilumi-

nable. La discusión es lucha y vida si se quiere; pero llevada a términos personales, y no hay otro remedio, degenera en disputa, y las disputas que no concluyen a palos son impropias de hombres serios. Lejos de mi ánimo el paso por estos peligrosos andurriales... ¡Que de una palabra se va a otra y no quiero yo enredarme en estos coloquios de obligado final bélico.

Quedamos, pues, en que el señor Cárcamo es un excelente amigo mío, y por la presente le suplico y ruego, y no me atrevo a ordenarle, porque no soy ordenador, que lea despacio a Henry George, que medite un poco sobre la lectura, que «empolle» bien el significado exacto de todos y cada uno de los «términos económicos»; quiero decir, que sepa lo que dice, cuando dice capital-renta, tierra, interés, trabajo, riqueza, etc., etc.; y después hablaremos todo lo que quiera en público o en privado. ¡Que si para jugar al tresillo a gusto, lo menos que se puede pedir al que va «a la contra» es que sepa el valor de la espada, el punto y la mala, para discutir sobre Economía política, no es mucho pedir que sepamos a qué atenernos en lo que valen las palabras capital, renta e interés que son los estuches de esta ciencia, en la que todos tenemos derecho a entrar a saco.



LOS EXPLORADORES DE EXCURSIÓN

AQUELLO de que el explorador «es obediente, disciplinado y leal» del tercer apotegma de su código, me había hecho a mi pensar, antes de conocerlos, que se trataba de algo militarizante o militarizado. Disciplina, cornetas, tambores,—discurría yo—son cosas muy significativas, y Dios quiera que no hayamos tropezado con alguna institución de esas que a fuerza de fortificar la raza acaban con ella al estilo germano con sus «kulturas» mortales de necesidad.

Uno de sus artículos reglamentarios, aquel que excluye de los exploradores a los niños defectuosos, con su esencia algo espartana, me confirmaban en mis temores de peligro militarista.

Afortunadamente, estas aprensiones del cronista, no tienen el menor viso de realidad.

Hay en los exploradores, si, algo de la organización necesaria a toda Corporación, pero no es en el sentido defensivo ni agresivo patriotero.

Es simplemente la organización de los hombres de

mañana, para la lucha de la vida, esa lucha cruel contra la muerte, agazapada siempre en la trinchera del cementerio, segura de vencernos. Burlar su victoria, es alargar la vida, y a esto y a hacerla amable por su sanidad higiénico-moral, tiende la creación de los exploradores.

Estos «valientes, limpios y alegres» muchachos que aprenden jugando a fortificar su espíritu y su cuerpo, pueden en cierto modo enorgullecerse de luchar ventajosamente contra la Parca. Su vida al aire libre, sus marchas animadas, su cocina excelente y algo primitiva (arroz con arroz), todo ello constituye algo de especie de escudo contra esa anemia urbana del pobre niño forzado a vivir entre cuatro paredes, en los mal ventilados y sépticos recintos en que suelen celebrarse casi todos los espectáculos de los pueblos modernos.

Benditos, pues, estos jefes de tropa e instructores, que se consagran a alegrar estas flores de humanidad, la infancia, organizando excursiones y paseos como éste de Logroño, Haro, Castañares, Santo Domingo, en que los chicos van contentísimos, satisfechos y hasta engordando por el camino.



¡QUE NO BAILO!

A don Isaac Abeytua, a ver si vale para su futura antología de literatos riojanos, con toda modestia y afecto.

A sí me pagues a una perra gorda
por ca jota no bailo.

Tú no sabes lo qu' es dir por las viñas
regando con solfato.

Todo el día con aquel chisme al hombro,
con el ¡moño! el cacharro,
que parece que no te pesa nada
y te deja baldao.

¡Rediez, con la candaja u la mochila
que nos han inventado!

¡No era poco mejor aquella escoba
que antes empleábamos!

Aquello era un trabajo como e curas
que asperges van echando.

Era el sistema mucho más bonito
y muchísimo escansao,

y hasta parece que el mesmo mildeu
se tomaba más caldo.

Que con estos modernos chirimboles
no se le hace ni daño.

O dí tú si, cuando la escoba, has visto
estos años tan malos.

Para mí que este pulverizador* nuevo
debe ser pa matanos
a nosotros, que lo qu'es al bicho ese
ni Dios le mete mano...

Conque baila tú si quieres, amigo,
mientras m'echo un cigarro
esperando a que se acabe la música,
¡que estoy muchísimo canso!

Y así me pagues a una perra gorda
por ca jota, no bailo.



SOLILOQUIO

QUÉ triste dulzura y qué inquietante preocupación dejan las despedidas en nuestro ánimo apocado y cursivamente sensiblero! Decididamente, nosotros no somos clásicos ni modernistas, tenemos una fuerte dosis de romanticismo en la composición de nuestro espíritu, y aún no sabemos si ello puede ser una suerte o una desdicha.

Un amigo del alma, con quien hemos compartido las mayores penas y alegrías de una vida vulgar caminando por más floridos y espinosos senderos que nosotros, alcanza un puesto preeminente en representación social, como justicia debida a sus propios méritos, sin necesidad de ridículos messieurs Girals que «le empujen», y hasta sin Crispines voceros interesados, por egoísmo, en estas elevaciones. Esto es simplemente consolador para quien vemos en ello como los primeros rayos de una aurora nueva, en la que va a brillar el esplendoroso sol de la justicia al distribuir en España los cargos de gobernantes, hoy en su mayor parte acaparados por la influencia y el caciquismo, sin negar honrosas excepciones. El premio—si hay premio en dar a cada cual lo que le corresponde, por bien ganado en noble lid inte-

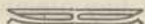
lectual—obtenido por nuestro entrañable amigo, es tan satisfactorio o debe serlo, como proclaman trescientos comensales que colectivamente y con toda efusión, por él, le felicitan. Aunque a nuestro juicio—que no creemos ofuscado por amistad—el plano correspondiente al gobierno de una Barataria, sea inferior al nivel intelectual del favorecido, no deja de ser un timbre glorioso llegar a ese puesto el primero de los harenses, entre todos los que fuimos bautizados por don Modesto, que regeneró en las aguas bautismales a tres generaciones nada menos.

En suma, que entre los que queremos al agraciado, debe ser y es fundamentalmente motivo de contento esto de verle adelantar en su carrera política.

Sin embargo, su despedida en la estación, nos ha dejado un dejo de amargura.

La partida en unión de sus preciosas niñas y de su rubio príncipe heredero, de quienes conservamos fresca todavía la huella de un beso filial, nos ha enturbiado ligeramente el contento.

Nosotros, algo rebeldes contra todo lo que ataca a nuestra paz espiritual, no podemos menos de protestar contra la necesidad de separarnos de los que queremos, así ellos vayan ganando con la ausencia. Comprendemos que no está bien exteriorizar estos sentimientos; pero es tan hermoso pensar egoístamente, que no podemos evitarlo en este «soliloquio»!



LOS PROYECTOS DE HACIENDA

No se puede negar que el señor Alba ha conseguido con sus proyectos despertar la opinión en pro y en contra de los asuntos económico-políticos, lo que ya de por sí sólo es un triunfo innegable, en ésta nuestra patria del musical «Grande es el Dios del Sinaí; el rayo le precede; el trueno le acompaña», conque únicamente se conseguía la atención parlamentaria en tiempos de nuestros abuelos.

La nueva orientación de la elocuencia hacia la sinceridad y la sencillez, suficiente ropaje para vestir la idea y cuyo desnudo, cuando es noble, no ha menester de la defensa erudita y amena de nuestro ilustre paisano don Amós Salvador; la nueva orientación—repetimos— en materia oratoria, es toda una demostración de que progresamos hasta parlamentariamente.

Pero, aunque no fuera por eso, que es mucho a mi ver, el señor ministro de Hacienda merece nuestro caluroso aplauso, tan caluroso como modesto, porque ha tenido la valentía de atacar el malestar social en el

único punto vulnerable que presenta para un hacendista sin pararse en contemplaciones de ningún género.

Yo, si ustedes me lo permiten, voy a dar un grito que dentro de poco será subversivo, pero que todavía no lo es. Mi grito es este: ¡Viva don Santiago Alba!

Ustedes verán si se atreven a contestarlo, o si prefieren que lo dejemos para cuando esté en la oposición, que les parecerá más simpático.

Mientras tanto, hay que felicitarse de que, aun cuando no con el radicalismo que se necesita, a la «renta» le tira el primer bocado, y yo tengo para mí que va a resular tan de su gusto que en empezado el queso, dará con él.

Aquella reforma del líquido imponible, calculado en el 5 por 100 del valor de la tierra en venta, para tomar el Estado hasta el 30 por 100 en algunos casos (en todos debería ser el 100 por 100) es el principio del fin del absurdo principio del «jus abutandi» del mal llamado derecho de propiedad. Porque la propiedad, la sagrada propiedad, no es ni puede ser en buena justicia lo que con nosotros ni sin nosotros existía antes de venir al mundo, y sin nuestro esfuerzo tenía valor y lo seguirá teniendo cuando hayamos pasado al otro.

Y no hay que temer a esos buenos vecinos que, según el editorial de «La Rioja» de ayer, van a venir como mirlos blancos a pagarle el 5 por 100 de lo que produce el 3, al Estado, y el 6 por 100 a quien les preste dinero, si no le tienen ellos y se conforman a perder su rédito, además de recargarse voluntariamente la contribución.

Yo hasta ahora había oído hablar de hombres tan ex-

traños que se quedaban tuertos con tal de ver cegar al vecino. Mas de hombres que se queden ciegos, por dejar tuerto al coterráneo, no había oído hablar nunca.

Podrá haberlos, que de todo cría Dios Nuestro Señor; pero no creo que deba legislarse para generalizar, extendiendo a todos los hombres las disposiciones reglamentarias del manicomio, aunque sea cierto aquello de «ni están todos los que son, ni son todos los que están»



PSEUDO-FILOSOFÍA DEL ARTE

A mi ver, no hay duda alguna, el Arte nació antes que la Estética.

El Arte, en general, es algo espontáneo, que tiene la finalidad de crear belleza según el sentir del artista. Este, por medio de su arte, al sentir y crear belleza la difunde, por decirlo de alguna manera; y nos hace sentirla a todos y a cada uno de sus contempladores según la parte alícuota que nos corresponde a cuenta de nuestra sensibilidad respectiva. De este modo, me parece a mí que el Arte cumple una elevada misión espiritual, por cuanto recreándonos o gozándonos en la belleza aspiramos a ser y somos más buenos, como consecuencia natural.

Los hombres que en cierto modo se hallan o se hallaron al frente de la humanidad, para conducirla por el desierto de la vida, como la columna de fuego que guiaba a los israelitas, quiero decir los filósofos, y los gobernantes, que vienen a ser filósofos en activo, no dilucidemos aquí si acertados o torpes; estos hombres-cumbres—repetimos—vieron que el arte era cosa digna de

contarse entre las mejores conquistas del progreso, o los progresos de las sociedades.

E inmediatamente quisieron que, si no todos, los más se hicieran artistas, y cuando no, pensaron en capacitarlos para comprender mejor el arte.

Así—digo yo que se dirían para sus adentros—conseguiremos, aumentando el arte, aumentar la bondad de los hombres.

Y dedicaron sus manos pecadoras a la elaboración de la estética, o conjunto de reglas y medidas por las cuales se rige y gobierna, o debía regirse y gobernarse la producción en cada uno de los distintos artes de lo bello, la pintura, la poesía, la escultura, etc., etc.

Tantas y tales fueron las reglamentaciones, y tan distintas entre sí unas y otras las escuelas, que en el momento actual, para saber todo lo que ha sido dictaminado sobre, no ya de todas las artes, sino de cualquiera de ellas solamente, se calcula que habría necesidad de empezar los estudios en la lactancia, y creo que no se terminarían en la longevidad del mismo Matusalén, si esta longevidad fuera la corriente y moliente entre personas de buena conciencia.

Ahora bien; el arte puro, el que verdaderamente produce la emoción anímica, capaz de arrastrar el alma hacia el bien, como finalidad práctica, ni se ha pagado, ni se paga, ni se pagará lo económicamente, bastante; y está bien que así sea, porque lo contrario, es decir la paga generosa del Mecenaz, hoy el público convierte en financieros, profesionales de lo chavacano, a los mejor dispuestos para la creación artística.

Ejemplos. En pintura, el retrato fotográfico del sol-



dado con el puro en la mano; en música, el «tápame, tápame, tápame», que han proporcionado a sus autores más dinero que «Las meninas», de Velázquez, y que la «Quinta sinfonía», de Beethoven.

¿Por qué camino de los dos se irá el que siente la fiebre del estro y de la inspiración?

Hé aquí el probable artista entre la espada de mal gusto y la pared preceptiva, que amenaza echársele encima para aplastarle con sus infecundas disposiciones.

Si se arrima a la pared metafórica de lo preceptuado, no se cree con fuerza bastante para sostenerse ni sostenerla. Si se inclina hacia el filo de la espada y, suicidamente, desde el punto de vista del arte, la clava en su pecho, el dolor de su alma elegida y privilegiada no amenguará, ni será suficiente a compensarlo el éxito económico, que no sólo de pan vive el hombre vulgar, cuanto menos el que por Dios fué favorecido con el don de artista. ¿Qué hacer?

Renunciar a la sabiduría de la estética y romper moldes, tirando por la calle de enmedio, es la común sentencia del arcilloso egoísmo humano. Y andando, andando, se da en la gracia de despreciar reglas y normas artísticas, hasta el extremo cubista o modernismo decadente, con melenas lacias y todo. Y los hombres semi-divinos, los artistas, acaban por blasonar su ignorancia en nombre de la independencia absoluta de arte futuro, y retrotrayendo a épocas primitivas el concepto del arte, la emprenden con varias y nuevas creaciones de la belleza, confiados en que repitiéndose la historia, de ellos y de sus concepciones saldrá una nueva y brillante estética, que dejará en mantillas a la conocida.

Tal vez de un modo parecido, razonan y discurren los artistas taurinos (ya hemos quedado de acuerdo con «El Barquero» que el toreo es un arte) de esta localidad que organizan el sacrificio o muerte de dos chotos para un día de estos, con lo que se proponen la difusión de belleza que ha de conmovernos, sin tener en cuenta para nada la estética taurina, si existe alguna; porque ellos, como yo y como Julio Camba, bendicen la «enciclopédica ignorancia», que nos permite crear y crear para que otros reglamenten y eleven a ciencia, el arte en cualquiera de las variadas manifestaciones que constituyen su adorable unidad.



ANACREONTICA EN PROSA VII

«Yo soy uu pobre campesino.
Figúrate que estoy en la Campiña
Cultivando mi viña
y te veo pasar por el camino.
—¿Quieres probar mi vino...?»

«Convite» de Francisco Medina Bocos.

Poco más o menos, como en la bucólica quintilla del insigne vallisoletano, pero sin sonsonete de consonantes, me vino a decir mi amigo el gran propietario y señor del vecino pueblecito, cuyo nombre recuerdo bien, pero no quiero expresar.

A mí me gusta mucho que me conviden. No puedo prescindir de esta condición, que me pone al nivel de los más eminentes gorriones. Y acepté, no sólo a «probar su vino», sino a comer su pan y otras vituallas suculentas que estimulan la sed, voraz incendio que hay que extinguir a tragos nuevos. En fin, una especie de Oktoberfes, traducida directamente al clarete riojano de la cerveza munichense.

Caparrones pintos del regadío con grasa y blando

tocino, pollos con tomate y guindillas, merluza con pimientos del pico y del picor extremo, con más el pleonismo individual de este plato, digámosle en castellano, «merluzas» pescadas a braga enjuta, es un «menú» típico y pintoresco, si que nutritivo, capaz de hacer creer que eso de las subsistencias es un mito inventado por cuatro dispépsicos sin mejor ocupación.

Luego una ración de polvo medioeval para postre, el revolver los armarios y archivos del castillo, resucitando el siglo XIII, con irrespetuosidad propia del ahito. Leyendo ejecutorias de nobleza en «fabla» antigua, pleitos que entablaban los antepasados de mi amigo, por determinar exactamente su grado de hidalguía y asegurar el derecho de hacer sonar la esquila de San Martín a su llegada al señorío, o eximirse de contribuciones exclusivas de «buenos hombres pecheros» e impropias de caballeros de la orden del Señor Santiago, según aseveran por «público y notorio, hidalgos de setenta años y más» venidos desde lejanas villas de Navarra a depone-
ner...

Y nosotros evocamos, entre vahos espirituosos, y sorbos de añejo vino, al pobre señor éste, testigo de los 25 mil «ótro sí, digo» en góticos caracteres, que llevado de su afán justiciero, atraviesa Toloño, caballero en su andariega mula, sin miedo al lobo ni al oso, casi prehistóricos, tan sólo por contribuir con su presencia a desvanecer el error de apreciación posible en los jueces, sobre asunto tan grave como el de tocar o no una campana.

Y reímos alegres del descubrimiento, contagiados por la risa argentina de las lindísimas descendientes de

aquellos caballeros que nos acompañan en nuestra investigación transcendentemente erudita, encontrando ellas sombreros femeninos, inverosímiles, tan inverosímiles, como los que se usan ahora. Por el sombrero de la mujer, como por las propias mujeres, los siglos resbalan sin tropezarlos. Es un alarde de galantería de cromos que encontramos plausible después de apurar unas copitas más de «char três», bebida local que se parece al «chartreuse»...

Y a la viña, a ver «la del molinillo», 100 obreros, y «la setentona», 200 obreros, llenos de uva, con miles y miles de cepas cargadas de racimos, vino en píldoras, vino futuro, vino esperanza, más hermoso que mil realidades, condensación de luz solar que es alegría y color y belleza de pensamientos en una cabeza fronteriza a la embriaguez.

¡Oh, encanto de los primeros destellos de la «chispa»!

Tenía razón Baudelaire, el último Anacreonte, que si no murió ahogado por el grano de uva, cayó víctima de sus derivados.

—Embriágate de Gloria,
embriágate de Amor,
o embriágate de Vino...
¡Embriágate, por Dios!



ANTINOMIAS

EN «Heraldo de Madrid» del 27, habrá visto el curioso lector una información sobre el tremebundo mitin anarquista celebrado en el teatro Barbieri.

Naturalmente, allí no se han votado conclusiones que remitir a los Poderes constituídos, simplemente porque entre anarquistas de buena cepa no se cree en tales poderes.

Pero una buena compañera que se hace llamar la hermana Libertad, ha propuesto a sus correligionarios que para zanjar honrosamente la cuestión de las subsistencias, se arremeta con denuedo a los almacenes y tiendas de comestibles, tomando por puños lo que se considere necesario.

Ello no está mal, y aunque nosotros no somos adaladores cortesanos del monarca pueblo soberano, no negaremos que la solución es digna de aplauso.

Sin embargo, nos queda un escrúpulo que no queremos dejar en su categoría de reserva mental.

¿Deben perecer los principios a cambio de salvar el corrusco? ¿Deben salvarse los principios aunque perezcan los estómagos?

Lógicamente, predicar el «arramplen», a la fuerza,

es lo mismo que proclamar la ley del fuerte, o la de «el que más pueda para él». Con lo que se viene a parar en que el que mejor pegue será el amo.

Y como pega mejor el más diestramente organizado en la ciencia del mamporro, y sus sucedáneos, la charrancho y la amerralladora, habremos convenido una vez más en que el militarismo u organización disciplinarias de las fuerzas del Estado, debe imponer la ley, fuente de la autoridad... ¡y adiós nuestra ácrata y bella idealidad «ni amo ni Dios!»

Este discurso de la femenina compañera Libertad, es una antinomia que tritura la amorosa concepción revolucionaria de los 20 hombres de buena voluntad, que poetizaba Kropotkine, quien creía, como nosotros, que es la fuerza de la razón la que vencerá a la razón de la fuerza, o por lo menos que debía vencerla, si no se empeña en lo contrario esta media naranja anárquica que se bautiza pomposamente hermana Libertad (c. p. b.)



DESDE MI VENTANA

TEMA CON VARIACIONES

I

PROPÓSITOS

Soy un condenado fisiológico a prisión perpétua, y no digo cadena porque ni de reloj la gasto, que gracias a la bondad de mi amigo Felipe Zaporta, voy a disfrutar del aura venturosa de los espíritus libres, por esta «ventana» de «La Rioja», a la que, después de hacer mía, he de asomarme unas cuantas veces, dando rienda suelta a mi «loca de la casa», como alguien llamó a la imaginación.

Más rastreramente, si se quiere, pero con gráfica vulgaridad, diré que esta «ventanilla» corresponde a la cocina donde se desenvuelven mis actuaciones de trabajador forzado, y al igual que esas mujeres habladoras y parlanchinas, a cada paso daré de lado a los trastos de fregar, coser y planchar mis negocios, y sacando el morro por el metafórico ventano este, llamaré a los vecinos que pasen, ora para darles una noticia, ora para hacerles una pregunta, ya para comentar un suceso, ya simplemente para charlar por charlar, con lo que vendremos

a equipararnos a los grandes diplomáticos de las grandes naciones, que tienen sus «pour parler», lo que en lengua de Molière significa también charlar por charlar, si no me falla el diccionario.

Ya sé yo que algún día resultaré pesado; pero no me preocupa, porque contra mi derecho adquirido de molestar al pasajero lector desde este boquete, puede prevalecer su mismo derecho a pasar de largo, sin oír o leer mis monsergas, que aderezaré con

Cuanto pueda hacinar mi fantasía

En concebir delirios eminentes:

Magia, blasón, alquimia, teosofía,

Náutica, bellas artes, oratoria

Bramhánica y gentil mitología,

Sacre profana, universal historia,

que dijo el poeta, adivinando el almanaque Bailly-Bailliere, exaltación cultural padecida por nuestros contemporáneos.

II

DOS DE LA VELA Y DE LA VELA DOS

¡Eh! vecino; escucha. ¿Has oído hablar algo de subsistencias? ¿Que no?

¡Pero hombre! Si hasta los Ayuntamientos, por orden del excelentísimo señor gobernador, cuya vida guarde Dios tantos años como para mi deseo, se están ocupando de eso.

Con decirte que ya sabemos los cañamones que almacena el fiero acaparador de la calle del «Serenil» en esta, calle que equivale a la del Norte de Logroño.

Nada, nada, ya puedes dormir tranquilo, que además durmiendo podrás ahorrar alguna colación.

Los Municipios, incapaces de hacer barrer bien una vía pública, según los eternos descontentos de todo, están haciendo unas listas de artículos «subsistenciadores» que están diciendo «comedme».

En cuanto, a fuerza de juramentos de comerciantes, tengan reunidas las declaraciones de éstos, tu verás, ¡oh mi buen convecino y paisano! que el reparto equitativo no se hará esperar.

Yo no soy intervencionista, es decir, no creo en la eficacia de las leyes humanas, votadas y sancionadas por los hombres, cuando con ellas se contradice la ley natural, física o química o mecánica. A mí me parece que por mucho que se haga por torcer el curso de los planetas desde este redondo nuestro, no ha de conseguirse desorbitarlos; pero no dejo de comprender que, si un alcalde se empeña, sobrarán subsistencias como para convidar al obispo, según el patrón del cuento, «¿Quiére usted ciruelas? Las vamos a tirar». ¿Te acuerdas?

Y que hay alcaldes geocéntricos todavía no me parece difícil de demostrar.

Con el recuento de subsistencias por los monterillas no comeremos, pero nos vamos a reír la mar. Verás. Un vagón de trigo de Fulano, de Alcanadre, que tenía en depósito el día 28 del próximo pasado, se «apuntó» en existencias allí. Se facturó el 29 a Logroño, y lo «apun-

tó» la Viuda de Arza. Lo hizo harina y lo mandó a Bilbao, y en la invicta villa, lo volvió a «apuntar» un panadero. Total: Tres vagones de subsistencias y uno solo de trigo.

¡Benditas matemáticas edilicias!

III

LAS HIJAS Y LOS YERNOS DE MARIA

La novena a la Purísima se halla muy concurrida estos días. Muchachas lindísimas han «concertado» (igalantaría, a lo que obligas!) unos coros, que gorjeos de pájaro en primavera parecen a los pollos, que las escuchan con el embeleso propio del optimismo juvenil.

«Ellos» (qué perfume de ilusión tiene el pronombre personal de terceras personas) «ellos» —repetimos— galardos y calaveras», abandonan estos días la partida de tute subastado, el mus y el chameo, que de ordinario consumen lo mejor de su existencia invernal y pueblerina, y como unos «católicos de acción» aguantan a pie firme el rosario, la letanía y la oración sagrada y elocuente que el Padre predicador les dirige para evangelizarlos.

Pero «ellas» saben a que atenerse respecto de esta catequesis novenaria. Comparten la gloria de llevar estos catecúmenos a la iglesia, a medias, entre el culto parroquial y el culto a su belleza, y la cosa tiene sus halagos.

Además de que el mejor camino para elevar las almas

a Dios es, sin duda la contemplación de su más acabada obra, la mujer, la obligación moral de los chicos de lucir generosidad ante la mesa de petitorio se traduce en ingresos para la simpática Asociación de Hijas de María, y con ello se consigue más esplendor en los actos religiosos organizados en honor de la Inmaculada.

Yo no veo, ni me parece que nadie podrá ver, en esta manera de allegar recursos para fin tan santo, el menor asomo de maquiavelismo. Entre pagar las velas del tresillo en beneficio del primer Butarrelli de cualquier bar, o contribuir con ese dinero una vez al año, para adornar los altares del templo, no habrá un señorito «bien» que dude en decidirse por lo segundo.

Sin contar que esta generosidad bien administrada puede conmover el corazón de alguna encantadora doncellita con más ganas de proporcionar un yerno, bien parecido, a la Santísima Virgen, que seguir vistiendo su imagen en calidad de camarera, como hija perpétua de María.

Se dan casos.

IV

¡HAGAN JUEGO, SEÑORES!

¡Rediez! Qué «tiemppecico» hace para andar asomado a la ventana. En uno de estos paliques, vamos a coger una pulmonía de «pronóstico». Pero ¡qué le vamos a hacer! Cada uno se divierte a lo que se divierte. Y la ver-

dad, que nosotros nos divertimos desde estas cuartillas, que por ser para la ventana, podían ser cuartillos, más que jugando a la lotería de cartones o de décimos con puerta, en la timba nacional de Navidad. A propósito de timba. ¿Han visto ustedes nada más pesado que la campaña de algunos periódicos denunciando el juego, para que su reglamentación sea un hecho consumado? ¡Hay que ver la manía de estos escritores sociólogos! ¿Qué mal podrá venirnos a los no jugadores, ni qué daño se harán ni harán a nadie los que juegan a los prohibidos?

Yo he considerado siempre al jugador como una buena persona, y creo que un gran número de jugadores sueltos, sin más reglamento ni más historias que su libertad omnímoda, son tan necesarios para la buena marcha de las repúblicas, como lo eran las zurcidoras de amorosas voluntades, según Cervantes.

Se necesita un desconocimiento absoluto del mecanismo de las partidas de ruleta, por ejemplo, para pedir su reglamentación legal, con sus multas o contribución correspondiente, que sería tanto como matarlas en flor.

Hasta por razones psicológicas que no es cosa de enumerar, consideramos un bien el «entrés» libre y el «elijan» discrecional. ¿Qué será de los martingaleros simpáticos, el día que para desarrollar sus conocimientos matemáticos sobre el tapete verde, hermoso color de la esperanza, se vean obligados a usar y pagar una especie de licencia de caza y pesca? Asusta pensar el dolor general que produciría tal medida.

El juego de azar, y diga lo que quiera Dionisio Pérez, que en su vida ha debido gozar las delicias de una serie de «contrajudías», acertando, no destruye riqueza.

En primer lugar que el dinero no es propiamente una riqueza, sino un signo de cambio, y en segundo lugar, que no desaparece del globo la peseta casada que el «croupier» arrastra al venir la contraria. No hay en todo ello más que un cambio de lugar. Duro que escapa del bolsillo del punto, duro que pasa a la propiedad sacratísima del «banquero».

El mismo nombre, «banquero», lo dice: es un movilizador del numerario, que activando su circulación aumenta su poder.

Yo me acuerdo ¡ay! de mis tiempos de «mozo», que hacíamos una partida furiosa de «bacarrat», asombro de los ponderados, justos y económicos señores mayores del Casino, en la que se cruzaban miles de reales como para fregar.

Se hablaba una semana entera del dineral que había ganado Fulano, y del que había perdido Mengano. Teníamos una fama de despilfarradores y viciosos que daba horror.

Pues, bien. Todo el metálico efectivo que reuníamos entre los doce o catorce empedernidos martirizadores del apéndice auricular de Jorge, consistía en un billete de 25 pesetas que llevaba cada noche el administrador del Giro mutuo y Rentas estancadas, único feliz mortal, entre nosotros, que sabía lo que era «gracia de Dios» por la moneda.

—Don Alfredo, ¿présteme usted un duro y le debo ocho, o diez o mil?— se oía decir otras tantas veces en el transcurso de dos barajas a cada «huit» o «neuf» de los abatidores.

¿Dónde va encontrar el Estado, por mucho que re-

glamente, cinco duros más lucidos, que los cinco «machacantes» del señor administrador de Rentas estancadas, que daban para sostener una sociedad de recreo elegantísima, para darnos fama de acaudalados, y hasta para celebrar orgías tremendas, alrededor de una lata de sardinas de 0'35 pesetas?

V

VOLUPTUOSIDAD DE LO

EXTRAORDINARIO

—Poco que hacer—me dice mi amigo—revelan esos ventaneos, tan seguidos como insulsos.

Si, por cierto, que estamos de vagar; lo mismo se ha de decir una cosa que otra. Pero aunque tuviéramos grandes y serias ocupaciones, no por eso dejaríamos de salir a la ventana. ¡Es tan consolador, entretenido y agradable, esto de ensanchar nuestro horizonte espiritual!

Somos un poco aventureros, y a estar en nuestras manos, no sería este inmóvil agujero nuestro solar. Gustaríamos de viajar a lejanas tierras, en rápidos vehículos, ya terrestres ya marítimos o aéreos. Gustaríamos de observar otras costumbres que las de un pueblecito, todo lo pintoresco e higiénico que os dé la gana, como este nuestro, pero donde nada nos es desconocido y donde la monotonía del vivir entre la barbería y el cine dominguero, por únicas expansiones artísticas, hacen

un sedimento anímico tan fermentador y putrescible, que nos haría enfermar, si no fuera por la válvula de seguridad, que para la tranquilidad pública, supone la facultad de criticarnos los unos a los otros, en secreto y confianza, muy calladito entre todos.

La verdad es que eso de tener el programa vital completamente previsto, mata la ilusión más encarnizada. Esta falta de variación en que se desliza la vida de las gentes en una cabeza de partido judicial, le quita el gusto al más pintado, que por algo se ha dicho, con razón, que en la variación está el gusto.

Se levanta uno de la cama, venciendo la natural e invariable pereza que produce el «abandono de las ociosas plumas», y se toma la consabida jícara de chocolate de a 5 reales con regalo. El regalo es el que corresponde a cada comprador de una libra, por ese dinero no quiero dejar anfibiólogías oscuras y se crea que llamo regalo, o placer, al de ingerir chocolate a base de polvo de ladrillo con azúcar. Va uno a su oficina, o a sus otras ocupaciones propias del sexo, si es día laborable o a misa si lo es festivo. Después de su trabajo matinal, vuelve usted a casa, come usted lo que buenamente le den y otra vez al trabajo, o a correrla si repican gordo. Esto de correrla consiste en tomar una taza de café y jugar a la baraja hasta las cuatro de la tarde, hora en que no puede usted dejar de dar un paseo por la carretera de Anguciana, si se tiene usted por persona de viso. A las cinco, ejercicios coreográficos (hablo de los domingos) al son de un piano de manubrio en El Empuje, baile de postín o en La Perla si se siente usted más demócrata, o según las gentes se va usted a echar un sueño al

Bretón, arrullado por una película truculenta con acompañamiento de orquesta y calefacción a vapor que le ponen a usted los pies a diez bajo cero.

Enseguida cena usted y a la cama o al café a echar otras dos manos de tute, cosa altamente instructiva, delicada y artística.

Y al día siguiente otra vez igual, y al otro y al otro y así hasta que se hace usted viejo, y otra vez vuelta a empezar si sale cierto eso de la metempsicosis.

¿Comprende usted ahora la razón por la cual no asisten los concejales a las sesiones del Ayuntamiento en número suficiente para celebrar las «ordinarias»?

¡Es un placer de dioses, eso de poder convertir en «extraordinaria» alguna cosa, en estas monótonas cabezas de partido judicial!

VI

¡VIVA EL ANALFABETISMO!

Buenos días, vecino pariente. Es decir buenos días se vuelvan, que lo que es hoy «disfrutamos» como dicen algunos académicos, de un día puramente londinense. Están hoy el cielo y las nubes tan bajos, que cualquier hombre de mediana estatura puede «cogerlos con las manos», y uno al salir a la calle se encoge, tanto de frío, como por no tropezar con el firmamento. Por eso digo que es día londinense, por la poca altura del cielo, que según asegura Julio Camba, es la característica de Lon-

dres, sin mi responsabilidad ni garantía, pues yo no he estado nunca en Londres, ni siquiera en sus E. C. o alrededores, por lo que habréis visto en ciertas direcciones postales.

Es un día de esos que dice la gente de bronce que son buenos para comer el pan a los suegros y hacer otra cosa que yo no me atrevo a poner en solfa.

Mi sistema de capear estos temporales atmosféricos, así como otros temporales psicológicos, suele ser la lectura. En esto soy un español de lo más castizo. Yo no leo, ni concibo que nadie pueda leer, en días de cielo azul y esplendoroso sol. Recuerdo que este descubrimiento lo hizo Leopoldo Alas «Clarín», hace años. Decía que Italia y España eran los países donde menos se leía, según no sé que demonios de estadística editorial. Le faltó añadir que gracias a Dios.

Porque desgracias suelen padecer los hombres, pero como esta de tener que agarrarse a un libro para defenderse del fastidio, no conozco ninguna. Yo, cuando veo entrar a un hombre en una librería, me estremezco de terror y de compasión. ¿Qué le habrá pasado? Un hombre antes siempre alegre y contento y ocupadísimo; que no tenía dos minutos que perder, sin una satisfacción, sin un placer; que no leía más que en la peluquería, mientras le llegaba el turno, y siempre el «Blanco y Negro», ilustración o eufemismo del a «pingo» y a «pango» del señor Luca de Tena; que yo le envidiaba su felicidad relativa de hombre con camisa planchada...

¡Pobre desgraciado! Algo le acontece, digno de nuestra más sincera lástima... ¿Qué le habrá pasado para dedicarse a comprar libros? ¿Qué veneno habrá aspirado

su alma para dedicarse a comprar ese antídoto impreso que llamamos volúmen en cuarto o en octavo?

Luego he sabido que el pobre señor tenía unas almorranas terriblemente dolorosas, y había perdido a la Bolsa una importante suma.

Contra esas cosas no queda otro recurso que el suicidio o ponerse a leer como un descosido.

¡Quiera Dios que en estas estadísticas de analfabetos internacionales podamos ocupar siempre el primer puesto! ¿Qué mejor demostración de nuestra felicidad colectiva y nacional?

VII

¡SEÑOR MINISTROOO!

Ya, ya sé yo que gritar desde esta ventana a un ministro, viene a ser como la famosa llamada de Cachán, dando una teja contra otra. Pero, vecino y paisano, menos que pedir socorro no se le puede conceder a quien va con el agua al cuello

Y vete a saber querido coterráneo si yo no podré producir con mis gritos de Estentor de pacotilla algo así como una formidable corriente de opinión entre mi esposa y cariñosa familia, que obrando a modo de ola u onda hertziana y telepática a lo Onofroff, vaya a chocar suave y sutilmente la antena de su excelencia moviéndole a gracia y favor hacia mi justa demanda.

Calcula tú que si no fácil, posible es esto; que lejos

está Nauen y por el telégrafo de Marconi nos llegan a cada paso cosas más gordas.

Pues como iba diciendo, o si no iba diciendo ya, voy a decirte ahora, «sabrás como también» se ha prohibido la exportación de chorizos al extranjero.

Y eso «no está fino», pues si los que mandan y gobiernan son hombres de gran cultura, por eso mismo de que es grande no puede ser universal. Yo no le quito al excelentísimo señor ministro ni un átomo de su inmenso saber en materias morales y políticas, científicas y económicas, pero no te quepa duda de que a todo hay quien gane, y ahí tienes a Romanones en la Academia de Ciencias Morales, para que se vea.

Pues, con todo, ninguno de los dos mandones y estoy por decir que ninguno de los ocho ministros, saben una pajolera palabra de adobar, salar y embutir carnes, cosa que sabemos de corrido en este país hasta los ex-concejales, y que es una cultura como otra cualquiera.

Así se explica que para abaratar las subsistencias se les haya ocurrido el desaguizado de prohibir exportar chorizos. Como si los chorizos fuesen artículos de comer las clases necesitadas, únicas con derecho de esa tutela legal! ¡Como si los chorizos no serían artículos de adorno y lujo al nivel de las joyas! ¡No habremos visto pocos rubís «partidos por gala en dos» hechos con rodajas de chorizos!

Pero aún hay más, Lisardo amigo, hay más. Es que prohibida la exportación de chorizos, aunque Cirici y Ventalló se burle, habrá que cerrar las fábricas de embutidos, y con ellas los puestos donde los subproductos del calumniado cerdo, se expende a mitad de su costo,

en beneficio de todos, pero muy especialmente de las clases sociales más modestas y menos pudientes, de cuyas mesas emigrarán para no volver ni más ni menos que las golondrinas de Becquer, las patas, las orejas, la asadura, las grasas y el tocino, segundo pan de los pobres.

Si te digo que, por esta acertada y democrática manera de distribuir su producción los choriceros riojanos debieran condecorarlos con la Cruz de Beneficencia y regalarles las insignias por suscripción y hasta enviárselas con unas tiernas poesías de Santiaguito Díaz, el ilustre vate de la ciudad de los mártires...

No te sonrías, malicioso lector, no te sonrías, pensando en que soy un aprovechado y desahogado arrimador del ascua a mi sardina, que ya no soy fabricante de embutidos. ¿No ves que soy el Tostado? ¿Cuándo iba a hacer los sombreros?

VIII

CURIOSA ESTADÍSTICA

¡Ola! paciente y simpático vecino. Sí, hombre, sí; tomando el sol, como Diógenes, sin consentir la sombra ni del mismo Alejandro, ¡qué caray! ¿Eh? ¡Ah! Sí, muy atareado, estoy de balance a ver si termino «pa la Pascua o pa la Navidad» que andan cerca.—¡Pchs! son unas notas estadísticas que en los ratos de no saber que hacer llevamos en el escritorio. ¡Cuidado si estás hoy curiosote amigo y convecino!

Pues verás; no hay inconveniente en que lo sepas; no es secreto profesional.

En mi casa, que es la tuya—no hay de qué—llevamos un cuaderno, donde a todos los viajantes de comercio que nos visitan durante el año, les hacemos escribir su oferta y condiciones más convenientes, cantidad mínima que se conformarían a vender, en unidades anuales, precio, firma, dirección de su casa y fecha. Bueno, no quieras saber lo que los hombres hablan antes de llegar a este extremo. Nos ponen la cabeza como bombos, te enseñan mil cosas perfectamente inútiles, te preguntan más que un detective extra-cinematográfico, te adulan, te dan cigarrillos susinis, te presentan la cerilla con el rabito doblado... ¡qué sé yo! la mar. Hombre, hay hasta quien te descubre encantos físicos y morales que te hacen pasar verdadera vergüenza. Naturalmente. Uno trata de corresponder a su amabilidad del mejor modo y ellos confunden tu bondad con tu tontería. Por supuesto, que este achaque no es exclusivo de viajantes de comercio. A muchos, si te fijas, les pasa igual.

En fin, que este año nos han sido ofrecidas, persona fina y latosamente, 14 máquinas de escribir, nuevas, de marcas acreditadas; 72 idem usadas y de lance, 56.315 kilos de aceite para engrasar y lubricar una máquina de vapor que parece una máquina de coser, por su potencia y que todos ven al entrar a la oficina, para que no se engañen; 18 automóviles de carga; 89 idem de turismo; 95 libros mayores con rayado especial y encuadernación extra-fuerte; 13 máquinas de calcular; 125 de sumar sólo; 250 carnets de a 1.000 hojas para informes comerciales; 48 pólizas de seguro de incendios; 15 de

seguros marítimos; 12 de seguros de accidentes del trabajo; 3 de responsabilidad civil; 6.318 modelos de anuncio en 366 formas y 114 publicaciones diarias y... no quiero seguir para no fatigarte, pero tengo notas para llenar diez veces «La Rioja»...

¡Para que hagas caso de esos agoreros que te hablan de las dificultades que la guerra ha creado a los industriales!

¡Si es para matarlos!

IX

PSICOLOGÍA, LÓGICA Y ÉTICA DEL ESCRITOR FESTIVO

Celebro en el alma poder saludar desde mi ventana al fecundo y chispeante compañero Redal, alegrándome sinceramente de la mejoría de su catarro; y complacido de ver que sus facultades de cantor, no han disminuído, antes al contrario, parecen alcanzar más fuertes sonoridades, después de la corta afonía a que le obligó ese ataque «gripal» o congestión «bronquial», padecida en su pueblo «natal», si no me he informado «mal» o si todo ello no es influencia del consonante de su apellido, que ya es sabido «obliga a decir que son blancas las hormigas».

Y ya en este tren de finezas, quiero decir unas cuantas filosofías que me traen desasosegado, respecto de los

escritores festivos, entre cuya falange puede figurar por derecho propio el amigo Redal, honra, prez y espejo de los caballeros versificadores chirigoteros.

Pedantería a un lado, yo creo que el filosofar nos está permitido a todos los animales, desde el Rocinante «metafísico estáis—porque no como» hasta los que tenemos un pesebre regularmente abastecido.

Así que, sin otros miramientos, yo me meto en el alfalfar filosófico, y Cristo con todos.

* * *

Si alguna cosa hay tangible, la materia de sentimientos, es el altruismo, o egoísmo de los otros, y viva la campechana y gruesa paradoja. Quiero decir y digo, que, para juzgar del alma de un hombre, la mejor piedra de toque, es ponerle delante de los otros hombres y ver como se conduce y comporta con ellos.

Si reparte y distribuye entre ellos su tesoro anímico, y sufre con sus sufrimientos y goza con sus placeres, es un altruista; si lejos de mostrarse así, es todo lo contrario, si se reconcentra en sí mismo y ajeno al eco de sus acciones en las almas contiguas, ajusta sus actos al propio bienestar, sin esperar efectos objetivos, efectos externos, o fuera de su «yo», es un egoísta.

En el fondo, el egoísta y el altruista vienen a ser la misma cosa, de conformidad con Manuel Bueno, por esta sola vez, ya que el uno y el otro, en resumidas cuentas, persiguen el mismo fin. El egoísta busca su propio gozo en sí mismo, y el altruista se procura el placer de ver gozar a los demás, que es otra faceta del propio recreo espiritual. Pero entre estos dos seres hay una diferencia

cardinal, considerados bajo el punto de vista (filósofo conozco yo que diría «bajo la base», es decir debajo de lo que normalmente está debajo de todo), bajo el punto de vista, repetimos, de la conveniencia social.

El uno, al suponer alcanzado su propósito de gastarse felicidad en su propio provecho, felicita o hace feliz, un solo individuo; él, para quien el mundo exterior no existe. El otro, al producir la felicidad, siempre relativa en este valle de lágrimas, supuesto también el éxito de su propósito, como los sumandos felices son él, más los otros, conviene más a la república. He ahí la diferencia.

Ahora bien: ¿A favor de quién debe prevalecer el derecho? Es el individuo o la dividente sociedad la que debemos defender?

Ya continuaremos, que esto va largo, pesado y obscuro.

X

Quedamos ayer en la disyuntiva de si son los intereses sociales o los individuales los dignos de hegemonía.

Sin duda alguna, es la sociedad la que debe imponer su ley de necesidad al individuo, tanto porque puede en su mayor potencialidad y fuerza para crear estado jurídico, como porque la vida del hombre aislado no es concebible, ni posible sin corta duración, ni, lo más importante, capaz de eficiencia alguna en lo relativo a hacerla amable, cómoda y digna de ser vivida.

Y puesto que toda su realidad vital se la debe el

hombre a la sociedad organizada, pese a la retórica égloga del vivir salvaje, que nos legó Rousseau en su «Pacto Social», justo es que su conveniencia personal sea supeditada a la conveniencia colectiva.

Me parece que esto es evidente por sí mismo y que no habrá quien pueda negarlo razonablemente; pero si hay quien crea lo contrario, que se amuele.

Tenemos, pues, que el hombre que procura o pone los medios para procurar un mejor vivir a sus semejantes, es más digno de aplauso que quien sólo se busca internas y propiamente exclusivas satisfacciones.

Hasta el instinto, salvación de los seres intelectuales y cimiento de la conservación de las especies, en racionales e irracionales, nos señala claramente lo más plausible en el orden moral, colectivo, poético de las sociedades.

Nadie duda, así sea un analfabeto y burdo ignorante de los Mandamientos de la Ley de Dios, que entre San Francisco de Asís y Romanones hay una diferencia moral de gran profundidad, siquiera el uno sea millonario y el otro no tuviese más caudal que el de su inmenso amor al «hermano lobo, hermano pajarillo».

Es instructivo y maravilloso (por la maravilla que denota en su autor, Dios, dotarnos de instinto o génesis de inteligencia), esto de permitirnos a la simple observación, admirar, primer escalón de la imitación, lo que conviene a la comunidad, y despreciar, primer movimiento descendente para aborrecer, lo que la perjudica.

Ello prueba, a mi ver, que están de acuerdo la ley moral, y la que por lo común han aceptado los hombres, premiando con póstuma gloria al héroe, al generoso, al

sabio y al bueno, que toda esa letanía tiene el significado de altruista.

Bien; pues ya tenemos, o yo presumo que tenemos, averiguados estos dos extremos:

Primero: que el hombre que renuncia a sí mismo en beneficio de sus semejantes, hace un bien a la sociedad.

Segundo: que hacer bien a la sociedad, es hacer bien a sus componentes, por cuanto contribuyendo moralmente a beneficiarla, se da ocasión de individuales beneficios.

Lo que nos permitirá mañana, Dios mediante, demostrar nuestro problema si es que teníamos alguno pendiente.

¡En buen lío me he metido!

XI

Visto y aprobado que entre el hombre egoísta y el altruista hay una diferencia, si no esencial, sí cardinal, y bien determinada, así que como colectivamente es mejor el segundo que el primero, entendiéndolo por mejor el más útil a la sociedad, sin dejar de serlo a sí mismo, restanos tan sólo ver a qué clase pertenece el escritor festivo, para juzgar de su psicología, lógica y ética.

Para dilucidar este enunciado (¡hay que ver lo grave que me pongo a ratos!), vamos a tomar, si no se nos molesta que no se nos molestará, al amigo Redal como modelo de escritor festivo, en que ha encarnado regionalmente la más alegre de las musas.

Y como fuera un candoroso a conejito de Indias, va-

mos a emprender un experimento de vivisección en el laboratorio un poco atraviario y tumultuoso de nuestra fantasía.

Veamos: Nuestro ilustre ripiero, cae enfermo. Atenazan su cuerpo y su espíritu las mil contrariedades propias de cualquier dolencia.

Suda, tose, toma manzanilla, que no es de Sanlúcar, precisamente, tiene un gusto de boca endiablado, todo su organismo toma parte en el desbarajuste fisiológico y como sensualista que es, llegándole las sensaciones poco envidiables del trancazo, al ánimo, en cuya cúspide reside la razón, encuentra al mundo, durante esos momentos, poco agradable.

Sin embargo, así como se dice que Goethe en una ocasión estuvo a punto de suicidarse, y en lugar de llevar a cabo su abominable idea la condensó en una de sus más bellas concepciones, Werhter, suicidándose en su protagonista, nuestro poeta (sí, nuestro poeta sin recitificación), lejos de amargarnos la existencia, con las lamentaciones de sus dolores, nos cuenta festiva y saladamente «que ya pasó el susto», «que no ha sido nada y que puede el ripio continuar» (veáse «La Rioja» del día 5).

¿No adivináis, en ese fácil y espontáneo verso final de su composición, al hombre renunciador de sí mismo, al hombre que quiere sólo gozar la dicha por el reflejo de la de los demás, en su propia alma?

Se vé que no es egoísta sino altruista el escritor festivo, en que, como aconseja el Evangelio, «deja sus riquezas, abandona su ajuar intelectual y se pone a mendigar voluntariamente» una sonrisa (señal de placidez

en el semáforo del alma, la cara), de los que le rodean, leen o escuchan.

¡Cuándo llegarán a entender esto, esos téticos y dogmáticos y serios Ramiros de Maeztul ¡En la vida!

XII

HISTORIA TRISTE QUE ALEGRA

No ya al exterior de esta puerta, sino en el interior mismo a que le sirve de lucera, ha tenido lugar el suceso siguiente:

Dos hermanitas Siervas de Jesús, con sus albas tocas de mensajeras palomas de la divinidad, me han dispensado el honor de una visita, en cumplimiento de finas cortesías onomásticas. Me han traído un delicado obsequio, fruto de sus largas vigiliass, consistente en primorosa labor de aguja o bordado, alrededor de una miniatura de bolsillo para guardar medallas benditas, que han de preservarme de peligrosas tentaciones satánicas, amén de evitarme «si con gran fe la beberes» padecimientos y desgracias tan abundantes en este bajo suelo. Es un leve fetichismo, o venial heterodoxia, que desaparece ante el subido olor de santidad con que se os ofrece el presente. Yo lo acepto agradecido y hasta un tanto conmovido.

Y hacemos un poco de tertulia que alcanza visos de controversia escolástica, para venir a escuchar de sus

puros y castos labios una historia triste, horriblemente triste que ellas refieren, no sólo con neutralidad, sino envidiando noble y santamente a la protagonista.

La aterradora y vulgar historia es corta, pero tremenda. Otra hermanita, que ellas y yo conocemos, asistiendo a uno de esos repugnantes enfermos más dignos de la roca Tarpeya de los espartanos que de la atención caritativa de estos serafines terrestres, según mi sentir, no según el de las candorosas vírgenes, ha inoculado su sangre, por una pinchada de alfiler, con tan ponzoñosa infección, que los cuidados facultativos no llegan con oportunidad a atajar su letal desarrollo.

Y cuenta que la intervención quirúrgica es, como dice un ilustre doctor amigo mío, de las de artillería gruesa. Amputación de una mano, del brazo después y del otro luego, no basta a detener la estrepitosa marcha de la muerte a través de todo el virginal organismo de la monja, que se muere entre la más desconcertante de las alegrías, con una edificación que nos humilla, y bendiciendo al Señor, a su Señor, que la dispensa el favor ultraterreno de llevarla al seno de los justos, purificada, si cabe purificar lo inmaculado, por el martirio santísimo, y pensando, como la doctora de Avila,

«que ni el placer de morir
la volverá a dar la vida»

humana que abandona gozosa, a cambio de la eterna vida celestial, esperanza y anhelo que iluminó su paso mortal por la tierra...

Las hermanitas que me lo refieren sonríen orgullosas, por esa solidaridad espiritual que les une en sus votos, esperando complacidas la dicha de otra lotería igual, por

cuyo advenimiento, a sus cuerpos fatigados de contener la fuerza expansiva del alma hacia lo infinito, rezan todos los días...

¡Yo ya sé hace muchos, y creo con Catón de Utica, que no existe el dolor ni existe la materia...!

XIII

UNA DAMA GENTIL

(Ensayo fotográfico)

¡Señoral! ¡Cuanto honor! Usted por estos barrios, a que da mi ventana.

¿Todavía hay supersticiosos que creen en el maleficio del número? Una vez más viene su donosura y gentileza a desmentir que el 13, correlativo de esta diaria y levantada tarea ventaneadora, nos trae desgracia y malandanza.

¡Quién me hubiera dicho a mí, pecador arrepentido, que al trazar estas cortas líneas numeradas con tan fatídica y temerosa cifra, iba a tener la ventura y contento de charlar con vos, distinguidísima X!...

¡Ah! No, en mis días. ¿Anteponer yo a vuestro granadino y florido nombre un «doña» antieufónico y vetusto?

«Doña» corrupción tradicional del «dueña», a mi me representa siempre la arrugada y envejecida faz de la Quintañoña de Cervantes o la Brígida de Zorrilla, y mal podría yo cometer tamaño desafuero y entuerto, aplican-

do a vuestra bella madurez, dulce y rica como sazónada fruta, y hermosamente espléndida como rosada puesta de sol en plácido atardecer de otoño, el torpe distintivo de «dueña», si no es el sentido de que lo sois de toda mi honesta, inútil y caballeresca simpatía.

Sí, por cierto, que al explicar y razonar mi llaneza de tratamiento, he caído en la grosera impertinencia de hablaros de vuestra edad. Mas advertid, señora que en esto os reconozco y proclamo implícitamente un nuevo mayor y raro mérito, ya que, al sacar a colación los años, dije que no amenguaron vuestros encantos físicos. Además, yo creo, con Benavente, que una mujer de cuarenta años vale como dos de veinte, sólo por lo que aumenta el tesoro de su discreción; conquese si a la vuestra se añade que habéis como encontrado el secreto de Ninón de Lenclos, y que sois, perpetuando noble y heroico apellido, la abuelita más linda, apuesta y distinguida que pasea nuestras calles, no me tachará vuestra elegancia de inconveniente; que la categoría altísima de segunda madre os desautoriza para quisquillosidades en materia de piropos. Verdad no excluye galanteos.

Sin embargo, os pido, humilde y reverente, mil perdones, y os doy la bienvenida más cordial a la vecindad de nuestro barrio, que con vos en él, por vuestra amable fineza y urbanidad, se nos hará más llevadero el abandono en que la tiene nuestro excelentísimo Ayuntamiento por estos andurriales...

Adios, señora; hasta otro rato, y siempre gozoso a sus lindos pies. Salud en mi nombre, con el mayor respeto y afecto, a vuestro ilustre esposo, quien puede exclamar con toda certeza y prosopopeya, como Goethe

de Berlinchingen en la grandilocuente y épica obra del más poético dramaturgo alemán:— «Dios da una mujer como ésta, sólo a los que aman».

XIV

EL SUEÑO DE UNA NOCHE

DE... INVIERNO

Mala correa he sacado esta madrugada para bromear desde la ventana. Una pesadilla molesta me ha tenido en un medio insomnio, peor cien veces que el desvelo.

Claro que todo ello le tiene o debe tenerle perfectamente sin cuidado al curioso lector. Pero si los que hacemos vaga y amena literatura no trajéramos a cuento más que lo que hubiese de interesar a quien leyere, habríamos «*ipso facto*» dado al traste con lo más granado que pueden ofrecer las bellas letras. Mientras no salga un genio, que vuelva el tinglado boca abajo, habrá, pues, que conformarse con leer lo que importe a sus autores o renunciar al brillante, lustroso y honorífico título de lector, curioso por sobreentendido y añadidura. No hay más que fijarse en lo más notable que los siglos han conservado del alubión literario, y pronto se echará de ver que, salvo contadas excepciones, confirmadoras de la regla, todo viene a ser uno y lo mismo. Quién, os habla de sus convicciones morales o materiales; quién, de lo que habéis de hacer para darle gusto; quién de la desazón que le produce éste o el otro concepto que tiene o

creo tener del mundo; quién—en fin—, se mete en lo más sagrado de vuestra conciencia, el estómago, y os dicta reglas culinarias, para obligaros a una alimentación que nadie hasta él osó elevar a cientifismo.

Resumiendo y repitiendo; hay que tomar las cosas como vienen, y hemos de enterarnos de la vida y milagros de quien se lanza a escribir, o nos quedamos sin autor.

Por eso no me explico yo cómo hay tío que pretende se le pague lo que escribe y hasta se enfada si no cobra por sus escritos mas que ciertas cantidades. A mí me parece que debía ser al revés, como recuerdo que dijo Valera en un discurso o disertación académica. Aquel cultísimo y clásico guasón, proponía que se formase una sociedad de autores, en la que se había de pagar a escote al público. Por ejemplo; tenía usted una obra dramática, y anunciaba usted que pagaría 2'50, a cada espectador que ocupase una butaca, derechos del timbre comprendidos: o quería usted escribir una novela o una crónica o una oda; pues tomaba usted el compromiso de pagar una cantidad módica a cada lector, y al polo. Sería mucho más justo y más lógico que lo que hoy sucede.

Bueno; pues dándole vueltas en el alambique mental a estas otras heces que yo suelo ir destilando en las tenebrosas fronteras del sueño, sin poderlo conciliar, no sé definir a estas horas, si soñé, o fué realidad lo que os voy a referir... Mañana, que hoy resultaría largo.

XV

Yo era un hombre vanidoso. Afortunadamente mis vanidades eran fáciles de satisfacer. Me gustaba figurar en los cortejos fúnebres de mis amigos llevando las cintas del féretro, o ir en las procesiones con un estandarte o ser diputado provincial. Nada, chiquillerías después de todo. Rara vez transcurrían muchos días sin darme estos beneficios que la modestia de mis aspiraciones me permitía gozar con tanta frecuencia.

Un buen día, el mosquito de la vanidad me picó más alto. Y se me antojó ser autor dramático.

Entré en mi casa y digo:— «dadme pluma y papel: gracias», y empiezo a escribir una pantomina colosal, de un simbolismo que a mí se me antojaba social y de la mayor trascendencia.

Tomasito Borrás, había estrenado, y bajo la dirección de Martínez Sierra se puso en escena, la primera obra de este género en aquella temporada. Yo no la ví, pero leí la crítica teatral del señor don Rafael Rotllan, que es una especie de padre exorcizador, que desde «El Debate» anda poniendo las peras a cuarto y tratando de atraer a la buena causa a todos los empaquetados faranduleros, actores y autores, que tienen los mismísimos diablillos en los cuerpos respectivos... El crítico se lamentaba, después de explicar lo que significa pantomina en griego, para mayor claridad, de que faltaban «figuras, muchísimas figuras, más escenario, más orquesta» y, en una palabra, que esas cosas (las pantominas)

deben ser «algo grande, numeroso, que embriague y aturda». Pues esta es la mía —dije para mi colecto—. Y me fuí con mi libreto, que era un «librote» atroz, al mismo Madrid y a la Empresa misma de Eslava. No queráis saber los sudores que pasé y el calvario que sufrí de Herodes a Pilatos, con mi mamotreto bajo el brazo.

Hasta que decidí poner en práctica la idea de Valera.

Y dicho y hecho. Me tomé un teatro, grande, el más grande que encontré, ofrecí y dí a razón de cinco pesetas a cada espectador, con lo que sobró la mar de público.

Primer acto. Dios despide del Paraíso a Eva y Adán; pero les da la Tierra, que yo simbolizaba en una pelota de foot-ball. Ellos lloran un poco la pérdida de aquel paraje delicioso; pero pronto se consuelan al verse en posesión de la Tierra, que pueblan de miles y miles de hijos. Esto de la repoblación de la Tierra se supone que sucede entre bastidores. Ante el público sólo aparecen los descendientes, ya talluditos, y entonando cánticos. Salen a montones, y el balón, símbolo de la Tierra, a todos les basta y entretiene, alegrando su vida.

Segundo acto. Unos cuantos descendientes de los primeros padres, deciden apropiarse del chirimbolo ese de foot-ball, y los demás se quedan sin saber que hacer. Luego se reúnen en grandes masas y acuerdan dar a los que lo poseen una batida para recuperarlo. Los otros están bien preparados y lo defienden con tesón. La lucha es terrible, y unos contra otros se lanzan furiosos los hermanos, y se matan o hieren con raras y vistosas armas de fuego y de acero... En lo más encarnizado del combate, oscurece, y el silencio, la noche y el telón

caen sobre los combatientes que aun sobreviven, con la misma lentitud e indiferencia que sobre los cadáveres.

Tercer acto. Las masas han recuperado la pelota, que estaba en el tejado; son dueñas de la Tierra y la paz reina sobre los hombres de buena voluntad. Es la Natividad del Señor...

El público, mi público, asalariado, pero bueno en el fondo, me aplaude locamente.

Yo salgo al escenario a recibir la ovación. Me acompaña don Basilio Miranda, que es el autor de la música, y agradecido a los aplausos, ruega silencio y les larga un discurso dando gracias a los asistentes, que siento no copiarían los taquígrafos.

XVI

LO INFINITO

Mi ventana da hoy a lo infinito. Todas las ventanas dan siempre a lo mismo, claro es; pero no siempre está uno en condiciones de fijarse.

Y es que, como creen los brahmanes, el «único» reside en nosotros y hay que buscarlo en el fondo de nuestra propia esencia, procurándonos una diafanidad intro-espiritual que sólo da la calma, el sosiego y la tranquilidad del alma misma.

De ahí su aspiración al nirvana o abandono de todo nuestro ser, reconcentrando las potencias mentales en un solo punto hasta conseguir su iluminación, por donde nos identificamos con el ser superior pasando a ser el

mismo único o a comprenderlo y conocerlo, que viene a ser distintos modos de amarlo.

Esta aspiración suprema de cualquier espíritu medianamente ambicioso, es la que, por grados, nos hace desear la paz interior, como preliminar de otros goces, imposibles en la turbulencia y fragor de los combates animicos.

Porque la música es el mejor y más fácil remedio para formar esas encalmadas y bellas lagunas en que mecer nuestro espíritu, es por lo que nosotros amamos tanto la música, siquiera tengamos que confesar apesadumbrados que es otro de nuestros más desgraciados amores.

Ya Sopenhauer, adelantándose a nosotros o adivinándonos, dijo que la música es la mejor hidroterapia del alma, o algo por el estilo.

Pues si a esto se agrega que Bethoven ha sido el que más adentro penetró en los secretos del arte divino por esencia, presencia y potencia, y que yo he oído hace unos momentos, apoyado en el antepecho de mi ventana dos trozos de sonatas del inverosímil sordo, y un tiempo de una sinfonía, y otros tiempos de otras, con que, me ha regalado mi buen amigo el notabilísimo pianista don Basilio Miranda, que ha venido a reñirme por mi alusión del otro día, se irá entendiendo algo de lo que dejé manifestado «ut supra», sobre el infinito, el nirvana, y el «único», en relación con mi humilde pero animada ventana.

A ver si esta nueva alusión me vale otro rato de «recital» pianístico, de mi «virtuoso» amigo y esto iremos pescando...

XVII

LA DESPEDIDA DE SOLTERO

De cuando en cuando, aunque parezca mentira, suelen llegar a mi ventana rumores de himeneo. También en este pueblo tenemos vicaría y jóvenes de ambos sexos que se atreven a pasar por ella. Parodiando al sainetero, podíamos decir: «también los pueblos pequeños tienen su corazoncito».

En fin, que, si no tanto como algunas pollas quisieran y yo también las deseo, por estos lugares, de cuyo nombre no quiero acordarme, se matrimonea con todas las de la ley y con todas las demás consecuencias de la epístola de San Pablo.

Estas cosas, sin duda por el poco espacio en que se desenvuelven, son contagiosas, y como epidémicas; a una boda se siguen otras cuantas, como en «razzia», por regla general.

Hay que aprovechar la ocasión, porque a un período agudo de casamientos, sucede una temporada de escasez marital, que alarma, con razón, a los buenos papás de numerosa y femenina prole.

Ahora estamos en plena temporada de ciruelas casamenteras, que así como las claudias, a «temporás», vienen las admoniciones.

Yo he asistido a pocas bodas, porque no tengo suerte para estos convites, y para todo se necesita suerte en este mundo. En cambio he sido «numeroso asistente» a

unas cuantas despedidas de solteros. Estas son unos banquetes nocturnos, con lubina en salsa mayonesa y ternera con champignon, que no sé qué curiosa coincidencia de nuestros hosteleros locales hace figurar siempre en los «menús».

El novio comparece dos horas después de la cita, entre parientes afines, los padres y hermanos de la novia, que lo llevan como para que no se les escape. Siempre me han recordado estas entradas en el salón, sin saber por qué, un caso de ejecución en garrote vil que presencié de chico. El reo, el cura, la Veracruz, vienen representados casi al natural. Sobre todo el reo, que no sabe si reír, llorar o echar a correr.

Tres o cuatro bromas, siempre las mismas, alusivas a la tardanza en llegar, por pereza de separarse de la futura, rechazando de paso las buenas condiciones de la interfecta, para el ósculo y demás anticipos epitalámicos.

Luego, a sentarse alrededor de la mesa, adornada con el mayor gusto, con yerbajos medio secos y flores lacias, que os llenan los panecillos de hormigas y arena. ¡Una delicia!

Después, a cenar y a beber hasta la provocación, y al final, a tirarse a la cabeza los chirimbolos de la mesa; primero miguitas de pan de un comensal a otro cercano, y al final hasta la vajilla.

Todo ello con grandes gritos y acompañamiento de troneras y cohetes, que estallan con peligro de vuestros ojos y narices, como para que el novio se vaya acostumbrando a pensar que hay trifulcas y revoluciones, no sólo en los hogares recién fundados, sino en el mundo entero.

Contento y agradecido a la amable invitación, os retiráis a vuestra casa con el alba, y el mal gusto de boca que sacáis al día siguiente, os lo arregla el amigo más oficioso, haciéndoos saber que se acordó por unanimidad corresponder al obsequio de la despedida de soltero, escotando a diez duros por barba para regalar una mesilla de noche al anfitrión. —A escote no hay nada caro— os dice el amigo oficioso, que debe tener una elevada idea del valor de la lubina, de la mayonesa y de la ternera con champignon.



ESTILOS

EL DEL AZORÍN CLÁSICO

AZORÍN, quiere usted un cigarrillo?—nos ha dicho don Juan.

—Bien, don Juan—le hemos replicado.

Luego hemos permanecido en religioso, en pitagórico silencio, unos segundos interminables. ¿Habéis pensado vosotros alguna vez con el detenimiento profundo de los pequeños filósofos, en ese extracto y quinta esencia de la eternidad, el segundo?

A nosotros nos produce el segundo la sensación de lo inacabable. El segundo, es lento, largo, ancho y hondo. El segundo es una medida del tiempo, que nos parece excesivamente, exageradamente, inconmensurablemente grande.

Ligeramente acongojados, pensamos en la falta que que nos está haciendo una medida divisionaria cronométrica.

—Azorín, no cambia usted el papel al cigarrillo?—nos dice don Juan cortando el cordón umbilical de nuestros raciocinios íntimos, de nuestros raciocinios alados.

—No, don Juan, no cambiamos el papel al cigarrillo

—le hemos contestado amablemente, finamente, distraídamente. Don Juan parece sorprenderse de nuestra costumbre de fumar los cigarrillos sin cambiarles el papel. Tal vez don Juan no se explica satisfactoriamente, claramente, indudablemente, el por qué nosotros fumamos estos cigarrillos de cincuenta con su mismo papel, ordinario, áspero, astringente, pestilente, sucio y un poco amarillento y lleno de cortaduras, agujeros y lastimosos rasguños.

Don Juan, nuestro buen amigo don Juan, posiblemente piensa en estos instantes que nosotros, como escribimos en los periódicos estamos un poco chiflados, un poco monomaniacos, un poco idos...

—Pues le aseguro a usted, Azorín, que con este papel del «Zig zag» sube mejor el cigarro—tornó a decirnos don Juan, ocultando hipócritamente los malévolos pensamientos que le merece nuestra desidia de torpe fumador, que no cambia el papel propio, estracíllico, algo lijoso, de los cigarrillos de cincuenta.

—¿Sube mejor, don Juan?—preguntamos a nuestro amigo algo confundidos.

—Sube, sube mejor, Azorín—nos responde don Juan.

Volvemos a guardar silencio a dúo afinadísimo... Fumamos. Un reloj da ocho campanadas, aterciopeladas, cristalinas, nacaradas, lentas, suaves... Una, dos, tres, hasta ocho argentinas sonoras campanadas, que cuenta don Juan, mi gran amigo don Juan, con una minuciosidad, con una atención y con una exactitud maravillosa, conmovedora, desconcertante.

—Azorín, son las ocho—comenta don Juan, dando forma, encarnación y verbo a su función mental.

—Es verdad, don Juan, son las ocho—afirmamos nosotros tranquilos, seguros, convencidos mientras pensamos si este reloj, que nos obsequia con su campanil isócrono, monorrítmico concierto, estará ajustado al meridiano de Greenwich....

EL DE «ARMANDO GUERRA»

Hoy no se vislumbra por parte alguna de los frentes el menor movimiento estratégico de importancia decisiva.

Hasta «Le Temps», a pesar de sus sonrosadas gafas optimistas, que más de una vez le van haciendo ver el yelmo de Mambrino de la victoria, donde sólo vemos los demás mortales la mísera bacía de barbero en que se bañan las barbas a medio pelar de nuestros vecinos geográficos; hasta «Le Temps» —repetimos— reconoce y proclama «urbis et orbe» la paralización de la ofensiva en Oriente y Occidente.

«En el resto del frente no ocurre novedad», dice «Le Temps» en su número de ayer, y cuando «Le Temps», lo dice, razón tendrá, que no somos nosotros de los que les duelen prendas.

Aprovechemos estos momentos de calma guerrera, y veamos de hacer unos cuantos calendarios más o menos zaragozanos, respecto del porvenir y de los acontecimientos bélicos que se avecinan.

Madame Thebes, la pitonisa, se ha muerto: ¡viva ma-

dame Thebes!, diremos parodiando el histórico grito de «el rey se ha muerto, viva el rey».

La situación del ejército aliado en Salónica, que forma una especie de calderón musical, un poco deformado (véase nuestro gráfico número 16), bien claramente demuestra que los combatientes están en un verdadero compás de espera, sosteniendo la nota culminante en una tesitura elevada, esperando la llegada de la orquesta del 42 y del 75, cuyas humeantes melopeas del cañón, cambiaron el mapa de Europa, barajando fronteras y fijando conceptos de la única manera en que es posible hacer estas cosas; a trompazo limpio.

Los agotados alemanes, según «Le Temps», hace dos años parece que reviven, y se disponen a volver de Bucarest para asestar otro mandoble al caballito griego de Troya, de cuyo vientre saldrá la sorpresa homérica de que os vengo hablando.

¿Que cómo puedo asegurar tan aína lo que sucederá? Pues lo mismo que yo, podías hacer tu, querido y paciente lector, si sabrias algo de balística, de estrategia, de historia, de geografía y de otras enrevesadas ciencias, con las que están haciendo pajaritas de papel más de un crítico militar de allende y aquende los Pirineos, donde es sabido que empieza el Africa, desde los tiempos de Dumas, padre e hijo.

¿Que qué hay del hambre en Alemania? Mira, lector, de eso hablaremos otro día, Dios mediante; hoy se me ha recrudecido el socorrido ataque ciático y no me es posible seguir escribiendo... En los días sucesivos seguiremos tratando «de omni re escibili et quibusdam alli»...

EL DE BONAFoux DESDE LONDRES

Con el bloqueo anunciado a ustedes por Guillermito, mi amigo Guillermito II, van ustedes a quedarse como en conserva.

Pero como en conserva fermentando, con pútridos hedores a germanofilia y aliadofilia pasadas y descompuestas. Mejor.

Así se irán ustedes acostumbrando a este olor de calaverina que respiramos con tanta fruición en los países infestados de beligerancia belicosa, gracias a la recua pollina de sus estúpidos Gobiernos de mandarines de opereta.

Nada, nada, a civilizar tocan. Y entre civilizar con penetraciones pacíficas, lubricando con vaselina diplomática los instrumentos penetradores, como en el Rif nosotros, o civilizar a fuerza de «kultura» submarina, no hay más diferencia, después de todo, que la limitación del censor y la censura de la Prensa a favor de los europeos. El censor y la censura, ese matrimonio de castradores, que actúa sobre el pensamiento de los pocos que aún diríamos alguna verdad, si nos dejaran.

Pero algún día terminará esta plácida sangría internacional, y con ella acabará la autoridad de la espuela, que hoy se clava en los hijares del potro nacionalista, haciéndolo desbocarse y atropellar entre sus patas, esos papeles de retrete, que algunos llaman derechos de gen-

tes y derechos humanos, como podían llamarlos coplas de Calainos.

Y entonces, volveremos a armar otra trapatiesta cien veces más infernal que la presente, porque a eso nos condenará nuestra imbecilidad hereditaria, y en último caso, porque no es cosa de dejar sin «reprise» este ensayo de mafanzas, que organizaron en 1914, Paco, Pepe, Raimundillo el burgués, Jorge el desorejado, Nicolasillo el neurasténico y Guillermin el monaguillo de Dios en la Tierra, cuadrilla de peleles en la más alta representación social, cuyos pueblos son las víctimas de sus reales y presidenciales disposiciones. ¡¡Puaf!! ¡Que asco!



CAMPO DE BARBECHO NEUTRAL

SOBRE LAS ELECCIONES

No podemos quejarnos ¡oh, amados coelectores! de la superabundancia de candidatos a la paternidad provincial. Los tenemos de todos los colores y para todos los gustos, Liberales, demócratas, conservadores, republicanos, agrarios, jaimistas, pecuarios y piscícolas, solicitan nuestros sufragios con interés digno de mejor causa.

Tememos que, a este paso, habrá que conceder el voto a las señoras si el censo electoral ha de dar de sí para tanta demanda, ya que el sexo fuerte se dedica a solicitar y ocupar puestos de elegidos en lugar de electores.

Los futuros «señores de la Comisión mixta» se apresuran a comprometer a sus amigos y convecinos para que les presten su ayuda incondicional, y no perdonan medio de locomoción a su alcance para recorrer los res-

pectivos distritos con la mayor asiduidad y el mayor aceleramiento.

El aristocrático, distinguido y elegante «taf taf» de los autos y el embriagador aroma de la gasolina, pueblan el aura pacífica de los más apartados rincones de la provincia.

¡Calcúlese el asombro de los naturales de Cellorigo, pongo por caso, al recibir diariamente la visita de media docena de Schneider, Panhard o Mercedes, cargados con lo más notable de los distintos «Comités», que acompañan a su patrocinado!

Nosotros no nos extrañamos del recibimiento clamoroso y amable que algunos pueblos dispensan a estas caravanas.

Es muy humano ese regocijo, expresado con la música y los cohetes, con que algunos pueblecitos han saludado a los denodados defensores futuros de la menesterosa clase rural.

Además, este recibir en palmas, como se suele decir, a los presuntos diputados, les obliga indudablemente a comportarse con sus votantes casi tan bien como les prometen en los manifiestos al solicitar su apoyo.

Por eso, que tiene algo de las virtudes de la propia estimación, nos complace leer en la Prensa los entusiasmas recibimientos que, ya en unos, ya en otros lugares, se van concediendo a las candidatas.

¡Qué diferencia entre este modo actual en que se desarrolla la lucha política y el de los tiempos de don Amós Salvador, que no son los de la Nanita, pero que le falta poco.

Entonces había que ir confesado a la exploración de

votantes. Todavía nos acordamos, y posible es que don Amós no lo haya olvidado, de aquel «matraco» neto que nos recibió una vez desde el descansillo de la escalera de su casa y nos dijo:

—¡Moño!— y lo soltó redondo — cuando los señoritos vienen a casa de los pobres o es «pa fastidiar» al marido o «pa fastidiar» a la mujer...

Hay que reconocer que en todo se progresa.

* * *

No sólo los aspirantes al acta provincial, sino algunos de los significados prohombres políticos de altura, dedican su actividad al dulce oficio de muñidores electoreros. Este, dictando candidaturas adictas, y aquél confeccionando papeletas de presidentes más o menos distanciados de ciertos credos políticos, no nos faltan, a Dios gracias, los consejos, ayudas y patronatos de nuestros conspicuos consagrados.

Algunos, en una exaltación francamente democrática, hasta se presentan personalmente en sus distritos como para enardecer y guiar en la lucha a sus huestes electoras, «aguerridas y numerosas».

Esto nos trae a la memoria otro hecho histórico, que no sabemos si tienen registrado las crónicas regionales; pero que lo tengan o no lo tengan — allá don Constantino Garrán y nuestro erudito Hergueta — hemos de consignarlo en linotípicos caracteres.

Corrían aún aquellos venturosos tiempos en que los cambios de situación gubernamental se conocían en los pueblos por el pintoresco trasiego de empleados en Co-

reos, Ayuntamientos, estancos y otras dependencias del Estado.

El dominio conservador (moderado, lo llamaban entonces), que durante algunos años contó nuestro distrito entre su feudos, estaba en el ocaso.

Los liberales, aliados a todo el que sentía nobles rebeldías, fueron acorralando y venciendo a sus antiguos señores, y poco a poco consiguieron «poner pie», como se dice ahora con elegante galicismo, en la fuente de prebendas gubernativas, dejando a sus contrarios sin el consabido mango de la sartén que habían empuñado tanto tiempo.

De resultas de todo esto, el jefe regional de nuestros conservadores, se quedó con media docena escasa de secuaces, de los que, sin embargo, se hacía acompañar a todos los actos públicos y que él estimaba de alguna resonancia. ¡Era todo un humorista aquel don Bernardo!

Ya las cosas conservadoras así, en estado agónico, se le ocurrió al último exdiputado conservador del distrito, pasar por una estación del ferrocarril próxima, y escribió al jefe local del partido para hacérselo saber y tener el gusto de saludar a sus correligionarios y hacer algo así como una revista de sus legiones.

Efectivamente; don Bernardo y sus cuatro consecuentes, se personaron en el andén. El exdiputado se quedó un poco triste al ver los restos de su flota política. Nuestro don Bernardo le dijo, como para disculpar la poca concurrencia:

—Excmo. Señor: de aquellas numerosas y aguerridas huestes que dominaron el distrito... ¡ya no nos quedan más que estos cuatro banderilleros..! (Sic).

FINALMENTE...

Para cuando estas cortas líneas aparezcan en «La Rioja», se habrá pronunciado ya el «consumatun est» del calvario electoral. Ya estarán en la Gloria los vencedores, y en el Limbo los vencidos, de donde mejor les hubiera sido no salir, si algunos salieron, no más que por estos breves instantes.

Nosotros sentimos una profunda simpatía por los caídos, por esos valientes derrotados, que «moralmente» —como ellos suelen decir— han ganado la victoria, pues nada hay más fácil que consolarse.

—Sí, señor—dicen a sus amigos;— la masa de electores está de nuestra parte.

Lo que hay es que entre el caciqueo, el soborno y las leves inmundicias, se desfigura el escrutinio, y se tuerce la voluntad del cuerpo electoral.

¡Ah, si le dejaran a uno «hacer» del «cuerpo» electoral la expresión verdad de su sentir! Y etc., etc., etc.

Pero no hagan ustedes caso de esas lamentaciones; en política no se cuentan ni valen más que los resultados, y está bien que así sea.

Además eso del soborno, el caciqueo, las inmundicias, coacciones y demás tópicos, no son más que leyendas. En final de cuentas, cada cual vota por quien le da la gana, y nosotros sabemos muy bien que los amaños y componendas son muy difíciles de practicar. ¡Pero algo han de decir los desahuciados! Es el derecho del pataleo, tan humano como económico.

Prueba de nuestra creencia, respecto a la pureza inmaculada del sufragio, es otro hecho histórico que vamos a referir, aun a riesgo de que nos tildéis de «tíos pesados», con esto de contar anécdotas, o lo que sean.

Vais a ver. Una importante casa industrial de un industrioso pueblo de este distrito, tenía la costumbre de enviar a sus obreros, en víspera de elección, la candidatura que apoyaba, acompañada de 5 pesetas, como gratificación por servicios extraordinarios, a cada uno. Para disimular, se enviaba el durillo indistintamente a los que tenían voto y a los que no.

Pues bien; un carlista (todavía mamaba don Jaime), un carlista de estos trabucaires, convencido y furibundo a prueba de seis heridas ganadas en la épica guerra civil última, devolvió a la casa los veinte reales vellón y la papeleta, con una nota que decía, poco más o menos: «Señores amos: devuelvo a ustedes el duro que me mandan. Si quieren ustedes votar a Sangarrén, yo les daré cuarenta reales y dos copas de anisado».

Me olvidaba decir que al ir a votar se les convidaba también a unas «limpias».

Con que para que nos vengan con músicas los que no «salen». El que no sale es porque no tiene amigos que le voten. ¡Si lo sabré yo!



EL EMPRESTITO.... Y DEMAS

BIEN. Acabamos de darnos un atracón de lectura a «la financiere».

Con motivo del decretado empréstito de los mil millones de Alba, se nos han recrudecido la polidipsia y polifagia de leer, que caracterizan nuestra diabetes pseudo-literaria.

Y como no nos creemos capaces de digerir los pesados y succulentos términos crédito, deuda pública, vitalicia, tontinas, amortizaciones, conversiones, intereses, capital, etc., etc., vamos a procurarnos el remedio de arrojar desde estas cuartillas, toda esta ingestión económica antes de que se nos indigeste y nos acarree mayores trastornos gástrico-mentales. Es un vomitoriun como otro cualquiera este de la Prensa, ¿verdad, señores diputados triunfantes y derrotados?

Bueno. El Estado que viene a ser una acreditadísima doña Baldomera, se ve apuradillo para cumplir sus compromisos. Vencimiento primero de abril próximo. Y, naturalmente, como necesita dinero, no encuentra, ni puede encontrar mejor procedimiento que pedirlo. ¿Se lo darán?

Ya lo creo, y además, con los títulos de la nueva

deuda, sus poseedores alcanzarán el de grandes patriotas... (Véase el preámbulo del ministro a su decreto).

Esto de los empréstitos y las deudas públicas va a resultar, como no nos descuidemos, una cosa tan patriótica y tan conveniente que va a dar gusto.

Tal vez no pensarán así los españoles de 1987; pero para entonces ya nos arreglaremos o se arreglarán.

El caso es que hoy por hoy, el que disponga de 10 pesetas para fin del corriente, de 40 para el 14 de abril, de 20 para mayo y de 20 para Junio, habrá hecho una buena jugada. Por las 90 pesetas le darán 100 el día menos pensado, y mientras tanto le rentarán 4'44 por 100 de interés, que acoplado a lo que supone la amortización es real y verdaderamente 4'65 por 100. Porque ya saben ustedes que este amortizable en 50 años va a ser de 5 por 100 menos el impuesto de 20 por 100 que inventó Villaverde. Lo mismo hubiera sido de 4 por 100 sobre el nominal; pero es mucho más bonito, a no dudarlo, eso del 5 menos 20 por 100. En estas cosas de Estado la buena, bonita y barata forma es el todo.

Perfectamente. Ya tenemos al Estado dispuesto a pagar el interés de 4'65 por 100 a los heroicos patriotas que quieran dejarle su dinero. El Banco de España, por acuerdo de sus accionistas más gordos y «lucíos», se dispone a descontar y prestar a razón de 4 por 100 limpio que con las pajitas de corretaje, timbres y pequeños abusos, viene a resultar por un 4'25 poco más poco menos.

El Banco da dinero (¡no nos lo harán buenol) a 4'25 y el Estado lo toma a 4'65. Diferencia a favor del que pueda tomar de uno para dar al otro, 0'40 por 100 anual.

¿Significación de este desnivel? Casi nada. El que hoy tenga un burro de 90 pesetas (el Banco da más crédito al burro que al amo) con sólo tomar esa cantidad de nuestro primer establecimiento de crédito, vamos al decir, y llevársela a don Santiago para sus apuros, en 180 años, el Estado se encarga de pagar al Banco la deuda y el feliz mortal que la consiga se habrá encontrado con las 90 pesetas en su bolsillo y todos contentos y el pavo en casa.

¿Que no hay quien viva 180 años? Conformes; pero ¿y los vivos que pueden realizar la operación por 180 o por 1.800 veces más, no habrán hecho de los años momentos?

¿Inmoral? ¡Bah!, matemáticas y nada más que matemáticas.



¡QUE LASTIMA!

NOSOTROS hemos ensanchado recientemente el círculo cordial de nuestras amistades. Pocos días ha, hemos sido presentados a unos señores de talante severo, noble y reposado, que hemos sabido tiene tratamiento de usía, en ciertas y solemnes ocasiones. La en que nosotros estrechamos, un poquillo emocionados y tartamudeantes, su mano, aunque también solemne, no fué ocasión propicia al retumbante usía.

Nosotros habíamos sido invitados a un agasajo íntimo, o pequeño banquete, organizado en honor de otro antiguo amigo, recientemente elevado al sitial de la Presidencia de los padres de la provincia. Nosotros no somos padres de la provincia y lo sentimos; ni siquiera hemos alcanzado otras paternidades más modestas y gozosas. ¿Qué le hemos de hacer?

Pero hemos sido provistos por otro amigo (tenemos una fortuna de amistades que ni Carnegie) de una invitación o licencia para asistir a la comida en calidad de diputados provinciales honorarios, en la actualidad, y efectivos probablemente en un futuro lejano. ¡Ay!

De resultas de esta comunión, bajo todas las especies de pan y de vinos tintos, blancos, claretos, rubios y es-

pumosos, con los encargados de hacer nuestra felicidad político-provincial, nosotros nos hemos creado grandes, serias, tremendas y nuevas obligaciones.

Ya mientras comíamos aquel día que divide de cierto modo, en dos épocas o edades nuestra vida, pasamos un rato reflexionando profundamente, a qué nuevas obligaciones, nos estábamos esclavizando. Era como un nuevo presentimiento de la gravedad en que iba a desenvolverse nuestra frívola existencia.

—Para seguir cumplidamente el paralelismo de nuestras recientes y honrosas amistades,—veníamos a discutir, poco más o menos—no podremos prescindir del movimiento político-económico e intelectual de la provincia. Nosotros tendremos necesidad de procurarnos un verdadero estudio de todo lo que políticamente convenga a nuestros pueblos. Tendremos que formalizar una opinión decidida sobre los vastos proyectos de la telefonía provincial, de la guardería, de las Cajas Vitícolas, de la Beneficencia, de los «contingentes» (?), de los ingresos y gastos de la Diputación, de sus reglamentos, de sus leyes, etc., etc., etc. Nosotros somos incapaces de nada serio, de nada consistente, cuyo conocimiento requiera largos estudios. ¿Dónde encontrar un compendio o quinta esencia de todos estos negocios que nos permita no hacer un mal papel, cuando hablemos, en otros gratos coloquios, con estos excelentísimos señores y usías?

Confesamos nuestra zozobra y preocupación, hasta que se nos ocurrió una idea tranquilizadora, al parecer, pero que contrastada con la realidad nos ha resultado más penosa.

Leeremos el extracto de las sesiones (nos dijimos anteriormente) que publique la Prensa regional, y con un poco de buena voluntad y dos notitas al margen, saldremos del apuro, poniéndonos en condiciones de hablar y sostener con interés una conservación digna con el más empacado de nuestros nuevos e ilustres amigos y paisanos.

Ayer fuimos a poner en práctica nuestra martingala para el mejor juego de relaciones sociales y caímos ávidamente sobre «La Rioja».

A ver, a ver... «Diputación provincial». ¡Horror!... Seis columnas de letra menudita. ¡No podemos con ellas! Somos incapaces de una lectura tan copiosa. ¡Media columna, se nos indigesta!

Cuando tengamos el honor y el placer de charlar otra vez con nuestras nuevas amistades, tendremos que guardar un vergonzoso silencio, que nos será imposible disfrazar de discreción. ¡Pobres de nosotros! ¡Otra ilusión que se nos va! ¡Y nos quedan ya tan pocas!



OTRA FIESTA

NOSOTROS tenemos un tanto envejecido el espíritu. Hace muchos años, en nuestra infantil imaginación, cualquier puerilidad periodística se nos antojaba de un trascendentalismo eminente. Para nosotros los asuntos tocados por la Prensa, adquirirían un relieve y una preponderancia inusitadas. Teníamos la mayor admiración para las cosas dichas en letras de molde, y nos sentíamos tan bien dispuestos hacia eso que se llamaba entonces «público y notorio», que envidiábamos sincera y calladamente a todos esos señores cuyos nombres y actos propalaba el periódico, ya con motivo de su salida para las playas veraniegas, ya con ocasión de sus cumpleaños, ya cuando se dignaban «impresionarnos» con sus predilecciones públicas por esta rosa, aquel clásico o esotro animal doméstico.

Poco a poco, y sin saber por qué, hemos ido perdiendo este candor espiritual que tanto bien nos hacía. Y ahora somos un poquillo excépticos respecto de esta transcendencia literario-periodística. Nos parece que pueden escribirse en letras de imprenta las mayores atrocidades, sin que ello deje el menor rastro en las conciencias de los lectores, casi siempre distraídos u olvidadizos.

Con esta nuestra tornadiza manera de pensar, figúrense ustedes qué esperanza pondremos al emborronar estas cuartillas a ruego de un querido comunicante que a ello nos incita.

Pero, en fin, creyentes o incrédulos, nuestro deber es complacer al amigo e incógnito mandatario.

Se trata, señores agricultores de la provincia, de la «Fiesta de la Agricultura», acordada por el Instituto Catalán, Asociación General de Ganaderos, Idem idem de Agricultores de España y Secretariado nacional Católico Agrario, para establecerla y celebrarla el día 15 de mayo de cada año. De ello se han debido ustedes enterar por la Prensa de todos los sabores, pues raro ha sido el periódico que de ello no ha dado cuenta.

Ese día es el que nuestra Iglesia conmemora a San Isidro el labrador. Y el tiempo, la fecha y la necesidad nacional aconsejan que ustedes «los de la Cofradía» agraria se reúnan y traten de celebrar de algún modo tan grata festividad.

El programa acordado en Madrid, será una gran Asamblea de ganaderos y agricultores, a las diez de la mañana, en la Moncloa, en la Granja Central de Castilla la Nueva, donde se propondrán y votarán las conclusiones y peticiones que habrán de elevarse al Gobierno de Su Majestad don Alfonso XIII, nuestro «primer agrario».

¿No les parece a ustedes que debíamos hacer algo parecido por estas tierras? ¿Por qué no tener otra asamblea en algún sitio y reunirnos a hablar y a comer unas patatas que sean con chorizo, o con bacalao, y a formular nuestras peticiones a quien corresponda? ¿O es que

están ustedes ya bien servidos en todas sus necesidades económicas, técnicas y materiales, como lo estaba San Isidro por los ángeles que labraban su tierra mientras él rezaba? ¿Quién tiene la palabra?

EL ARTE DE VIRGINIA DIAZ

T



EL ARTE DE VIRGINIA DIAZ

TENEMOS por dogma incommovible en materias de arte, la emoción, con permiso de Pérez de Ayala. Para nosotros el largo, el ancho y lo profundo no son medidas de capacidad artística.

Arte, es producir belleza, y belleza que no emociona, no nos parece belleza.

Ya se trate de colores, de sonidos o de proporciones estéticas, si sus resultantes no nos conmueven, o emocionan, es decir, no permiten al espíritu sentir algo inefable, pero como acariciador, dudamos respetuosamente del arte.

Esta profesión fundamental de nuestro dogma nos hace considerar lo artístico como algo elemental. Por ejemplo; la lluvia, el sol, el fuego, el aire mismo, tienen para nosotros momentos artísticos inconfundibles e innegables. Cualquier hombre o mujer, se nos antoja dispuesto a percibir sensaciones gratas o ingratas (emociones negativas) producidas o provenientes de los propios elementos. ¿Quién no ha gozado alguna vez con la caricia del sol, como luz o como calor, que hiriendo nuestros sentidos nos ha llenado de gozo el alma?

He ahí, pues, la belleza en sus funciones de arte emocional por esencia.

No queremos por eso significar que sólo lo elemental sea artístico, sino que la misión primordial del arte ha de ser crear o aumentar o transformar la belleza, haciéndola más emocionante.

En este sentido, nosotros hemos gozado ayer extraordinariamente oyendo cantar a Virginia Díaz, nuestra joven y bella cantante y paisana.

Fué al final de la función benéfica, organizada por distinguidos aficionados a la escena. Se había representado «El Cabo primero», obra teatral, de un cómico apasado, que llenaba el ambiente de miasmas poco a propósito para hacer arte elevado y serio. Porque para todo hace falta preparación adecuada, y hay que reconocer que «El Cabo primero», no es una meditación espiritual, precisamente.

Sin embargo, el arte soberano de Virginia Díaz, se impuso, y avasalló al público desde sus primeras notas. Con una afinación reveladora de su buen estudio, con un gusto irreprochable de expresión y con un dominio absoluto de sus portentosas facultades, nos cantó el programa que ya conocéis, como no habíamos oído cantar desde hace mucho tiempo. Tanto tiempo, que ni lo recordamos. Su registro grave, que alcanza el «la» de la quinta línea del pentágrama en clave de fá, con una extensión que llega al «sí» natural, en el agudo, hacen de nuestra lindísima paisana, una contralto inmensa injerta en una tiple primera, y estamos por decir que con mezcla de ruseñor prodigioso.

¡Señores, qué encanto de mujer! No se puede decir nada, si no óiganla ustedes y después hablaremos.

Y hablaremos y trataremos de que el arte no pierda esta joya, ocultándola avaramente a los oídos del público, no muy sobrado de estos tesoros, y a quien se debe reconocer el derecho de un poco de emoción de cuándo en cuando.

Si nosotros no conociéramos el temperamento nerviosillo, y modesto de nuestra amiguita encantadora María García Baquero, diríamos aquí que fué la dignísima acompañante al piano de tan notable cantante, un modelo de ajuste y precisión con su labor, más difícil de lo que se cree, porque no siempre se encuentra posibilidad de adivinar los «ad-livitum», a que se entregan por improvisación del momento los que cantan.

Pero conocemos a Mariita y sus nervios, que nos interesan tranquilos en el cumplimiento de su cariñoso ofrecimiento de regalarnos con otra audicción del andante de la XIV, en la que más de una vez hemos visto su transfiguración, y por eso no decimos nada de Mariita... ¡Oh! si no fuera por esos temores, lo que escribiríamos hoy!



¡POBRE MAESE!

No suelen ser las dolencias agudas, cosa frecuente en nosotros. Hacia mucho tiempo que no habíamos guardado cama con dolorosos motivos. Tanto tiempo, que nos parece no haber sufrido enfermedad asistida, desde la época del «ungüento cerato». De aquel unguento amarillo, que servía para curarlo todo y sin embargo, se despachaba modestamente en vuestra propia jícara de tomar chocolate, que no se desdeñaba por volver a servir en su primer uso, después de cumplida su elevada misión doctoral, y después de haberse visto cubierta por aquel papel de barba, atado con bramante por debajo de los bordes, caracterizando toda una época de la historia de nuestra farmacia y de nuestra higiene nacional.

Pero hoy «las ciencias adelantan que es una barbaridad», y ya todo aquel primitivo espectáculo de una tragedia doméstica, formado por las grandes ollas de agua para tomar vahos, las amasadoras demolientes por fanegas, la ingestión de hectólitros de infusiones cordiales, los adobes calientes aplicados a la parte donde se revelaban los «humores» y los cacharros para la sangría clásica, ha desaparecido del mundo de los pacientes, si-

quiera muchos de éstos se hayan ido a la vez que los antiguos procedimientos terapéuticos.

Hoy, todo se afina, todo se elegantiza, y todo se os presenta por manera más delicada y exquisita. Claro que el dolor en esencia es el mismo. Pero ¿no es una ventaja quitarle zafiedad y grosería al dolor?

Aquel malhumorado «físico», antiguo, que entraba en vuestra alcoba con el desenfado y el gesto más desagradable, queriéndoos hacer pagar a medias con el juez y el boticario, sus compañeros de eterno y perpetuo tresillo, la bola o el codillo que le dieron, ha sido sustituido por un hombre joven, pulcramente vestido, finísimamente rasurado, limpio, alhajado, bien oliente, que os tiende la mano con una mundanería y una soltura que os disponen totalmente en su favor.

Ya no se os insulta por tener la desgracia de enfermar. Se os habla de vuestro mal en términos como litúrgicos, con palabras semigriegas, de significados un poco oscuros para vuestra ignorancia, pero que os dejan entender, que de aquel mal que tanto os molesta y os asusta por lo raro, han hablado y tratado ya en cien Congresos profesionales, miles de especialistas de estas ciencias, y que de todo ello hay cientos de casos en los cuales el criterio es unánime y sencillo para mayor felicidad vuestra y de los que os quieren. Ello no reviste gravedad, ni requiere extremar los medios profilácticos para sanaros.

Nosotros nos quedamos un poco descorazonados. Habíamos creído en una gravedad extraordinaria, y esas palabras nos ponen en un trance vulgar de enfermos del

montón que se quejan, se quejan, y ni siquiera se mueren.

Se nos debe conocer el atroz desengaño, porque nuestro doctor, que es algo como confraternal nuestro, trata de animarnos. Sabe que somos extremistas, un poco impulsivos (¿sabía el lector que éramos impulsivos?) y quiere contenernos y nos da el título de nuestra enfermedad. Es de una serenidad y de una eufonía grandiosa. No lo recordamos ya. Sólo sabemos que acababa en «al».

En nuestro rico idioma, todas las palabras que acaban en «al» son de una eminente jerarquía; real, general, deneral...

Ello no nos evitó pasar una noche de lacerantes dolores, entre ayes, suspiros y gemidos...

¡Pobres de nosotros!



DEL DOLOR Y LA AMISTAD

PASADA una noche como no es posible ni recordar, con sed insaciable, dolores agudos, y desesperación esproncedica, todo ello aumentado por la facultad concentradora y resonante que tiene la obscuridad, véis un amanecer amarillento y tristón, que a pesar de todo, os trae un alivio moral y material. El de la compañía.

Por la noche, todo toma proporciones aterradoras, inconcebibles. Un movimiento del jergón de muelles, parece una descarga de ametralladoras. El ruido de una madera que se seca, parece un cañonazo. El roer de las carcomas, semeja la marcha de batallones y batallones de hombres, por suelos pedregosos...

Se explica el por qué son hijos de la noche, los vestiglos y los gigantes y los fantasmas todos.

Así, en la misma enorme proporción varía el dolor diurno, del dolor nocturno. Algún día hemos de escribir nosotros mucho sobre el dolor nocturno, sobre su tiranía, sobre su dominio absoluto de nuestro ser. Nos estamos documentando en un auto-análisis de incalculable riqueza. Si la fortuna nos acompaña, estamos seguros de llegar a decir algo nuevo, grande y original del dolor

para satisfacción de nuestros amigos. ¿Por qué gustarán tanto los amigos, de oír referir el dolor de los amigos? No sabemos: pero estamos ciertos de que hemos observado el hecho. Nuestro dolor, aunque terrible, como no procede sino de vulgarísima enfermedad, como hemos dicho, nos impide llegar a la publicación diaria de parte facultativo.

Esta falta de progenie de alcurnia, en nuestro menguado dolor, no nos consiente tampoco, sin caer en ridículo, colocar esas listas de portal en que firman los amigos que se interesan por la salud de ciertos egregios parientes.

Por otro lado, nosotros gustamos de sentir de cerca el calor de la amistad, así es que a las primeras horas de la mañana ya tenemos amigos visitantes.

Entran hasta nuestra habitación, se sientan a los pies de nuestra cama, fuman como chimeneas, y no se cansan de oír referir las incidencias de nuestro mal. Hay que contarle por la menuda, cómo fué, qué sentís, lo que habéis comido y bebido y lo que habéis «viceversa», que dijo el otro.

A todo le prestan gran atención, a todo le ponen una sonrisita de hombres superiores, de nada se asombran, alguna de estas amistades, no bien habéis descrito el cuadro sintomático de vuestra dolencia, os dicen llenos de suficiencia galénica.

—Pero hombre, si eso no es nada. Si lo sé yo antes a estas horas estás como si tal cosa. Lo mismo tuvo Fulano y en diez minutos le dejé como nuevo.

¿Dónde está la cocina? Ahora mismo te voy a prepa-

rar un medicamento y dile al doctor que no vuelva. ¡Palabra!

En seguida la criada demanda de parte del amigo, émulo de Baltanás, dos cebollas, unos cenicientos, aceite, vinagre, una chuleta, un panecillo y una botella de vino.

Luego averiguáis que el remedio consiste en macerar y machacar la cebolla, los cenicientos, el aceite y el vinagre, con todo lo cual hace una especie de bálsamo de Fierabrás...

—Bueno— le preguntamos—y el panecillo y la chuleta, ¿también están en la pócima?

—Ca, hombre—responde— eso me lo he almorzado yo, que no me acordé de hacerlo en casa, por venir a verte en cuanto supe cómo estabas.

Menos mal, pensamos, que no se ha perdido todo.



EUFOLIA

NUESTRA terapéutica casera regional, entusiasmo de esos optimistas amigos que quieren sustituir su intuición por la ciencia para aliviar vuestras enfermedades, es de un simplicismo embriagante. Aquí, como todo se lo debemos al vino desde hace unas generaciones, no era cosa de prescindir de él en las dolencias.

Así se aplica cocido, crudo, con azúcar, al interior, al exterior, en friegas y compresas, etc., etc., etc.

Nosotros sentimos cierta veneración por el mosto. Nos gusta acaso más de la cuenta; pero por eso mismo no queremos usarlo en calidad de acitilfidigracina y otros productos de artificio curanderil.

Pensando en este afán de aplicar los productos del suelo regional a curar enfermos, nosotros estamos un poco asustados al considerar qué hubiera sido de nuestros paisanos enfermos si nuestra tierra fuera principalmente, como lo es del vino, productora del esparto, por ejemplo.

¡Temblamos al pensar en unas gárgaras a base de filamentos de esa hierba! Si no es que la hubiéramos empleado ya trenzada y hecha sogá, con un nudo corredizo y todo.

Por esas y otras muchas razones, nosotros no toleramos, ni admitimos, ni damos beligerancia, al remedio casero. A nosotros, cuando Dios sea servido, nos matarán con todos los refinamientos científicos que nos sea posible reunir.

Mientras tanto, procuraremos también que todas nuestras enfermedades sean atendidas por técnicos y profesionales. Para nosotros la mejor garantía del éxito de un médico, está en su amor al estudio, y si con ello y todo no alcanzaron la infalibilidad de que deberían estar revestidos de gracia, y en este o el otro caso no consiguieron resultados imposibles, a pesar de esperados, ello no prueba, a nuestro juicio, sino la dificultad del arte médico, para andarse confiando al primer aficionado que salga al paso.

No por cierto. Nosotros, si tuviéramos una posición económica que nos lo permitiese, iríamos siempre acompañados por un doctor Pedro Recio de Tirteafuera, que sería.

Nuestra mesa, nuestra casa, serían objeto de sus cuidados higiénicos, y toda nuestra vida descansaría sobre sus informes y estudios. Es más; quisiéramos saber nosotros mismos medicina, química medicinal, anatomía y cirugía, como el más sabio de nuestros doctores. Toda esa importancia concedemos a nuestra vida insignificante.

Mas como no nos es posible realizar estos ideales, nos contentamos con seguir fielmente los consejos de quienes han dedicado toda su actividad cerebral a tales estudios.

Y nos va tan ricamente con el sistema, que hoy nos sentimos encantados.

Una ligera intervención quirúrgica del hábil doctor que nos asiste, nos ha descargado de unos cuantos gramos de sangre molesta e insensible, que tenía anarquizado nuestro aburguesado organismo.

Todo dolor ha desaparecido, y la labor del doctor, que nunca sabremos agradecer bastante, juntamente con la asepsia del bendito oxicianuro de mercurio en la parte herida, nos ha devuelto al mundo de los sanos en obra de minutos.

Sentimos verdadera euforia o alegría de vivir. ¡Qué bien se está, cuando se está bien!



NO HAY DICHA COMPLETA

INGENUIDADES

NOSOTROS hemos pasado un día en la risueña capital de la provincia.

Ha sido, para nosotros, esta visita a Logroño, «tras larga ausencia», una verdadera dicha ¡ay! incompleta, como todas las dichas humanas.

Os contaremos la tragedia de nuestra vanidad, que es también la de otras muchas. Oid y compadecednos.

Llegamos a la hora poética del crepúsculo: nos hicimos afeitarse cuidadosa y minuciosamente; asistimos con todo heroísmo a un concierto de canto y piano en el café Habana, donde se nos descerrajó, como un metrallazo para nuestra sensibilidad artística más allá de «Parsifal» y casi en el «Pájaro de fuego», nada menos que el «Torna Sorrento» y el «Morenita mía». ¡Horror!

Asistimos a una especie de congreso o asamblea, donde tratamos de los sacrosantos «intereses materiales» y «morales» de la provincia...

Fuimos recibidos en dos audiencias, por el dignísimo gobernador civil, don Casimiro Torre, a quien patentiza-

mos nuestro respetuoso afecto, fumándole un sinnúmero de pitillos, sabrosísimos, de su generosa petaca...

Allí en el Gobierno civil, tuvimos ocasión de admirar la más complicada obra de alta peluquería; la cabeza del señor Bahamonde, peinada con un esmero y un acierto encubridor de sus claros, que maravilla, cómo el ser humano, consigue, con tan pocos peliformes elementos, tanta belleza.

Visitamos el Banco Hispano Americano, a cuyo inteligente director saludamos, no sin cierto aire, que, desde fuera, bien podía parecer signo de que negociábamos importante operación de crédito...

Nos sentimos desvanecer, entre los fuertes abrazos de nuestro fraternal amigo Pedro Arza, diputado provincial, que puede nombrarse sin anteponer el don, porque en su sólo nombre lleva el mejor tratamiento...

Almorzamos frugalmente, en casa del alcalde señor Francés, para dar ejemplo en estos tiempos de obligada abstinencia...

Compramos las imprescindibles pastillas de café y leche; visitamos la redacción de «La Rioja», donde conversamos con don Federico de Castro, estrechamos la mano de don Salvador Aragón, con quien cruzamos impresiones gratísimas sobre el próximo concierto de la Yagliaferro y Bocherit; después recorrimos las animadas calles de la población en todos sentidos, hablamos con «Justo Medio» el fácil y chispeante ripiero, y finalmente mientras cenamos en el Hotel del Comercio, susurramos galantemente un piropo picaresco, al oído de la lindísima camarera que nos servía los filetes, alcanzando de ella, una lángida mirada y una luminosa sonrisa que ras-

gó la sangrante herida de sus rojos labios... ¡Somos unos picarones!

* * *

Ya en nuestros lares, despertamos a la mañana, con una leve emoción e impaciencia, requerimos «La Rioja», que suele ser nuestro desayuno intelectual. Buscamos anhelantes por sus columnas la consabida y natural noticia: «Ayer hemos tenido el gusto de saludar en ésta a nuestro consecuente suscriptor, etc., etc.»

¡Oh dolor! Nada, ni en la primera plana, ni en las del centro, donde buscamos con avidez, entre las mermeladas de Ulecia y la «Bioforina Cárcamo» último cartucho de nuestra esperanza...

Entonces pensamos amargamente como tantos otros «consecuentes suscriptores» hermanos de desgracia, que no hemos sido como creimos una actualidad en Logroño.

Este olvido de «Montemar», va a dar con nosotros ¡ay!



¿COSAS DE RISA?

*A mi preciosa casi sobrina
Carmen M. Francés Lacuesta.*

ESTAMOS, afortunadamente, en la dorada edad en que si no

«un árbol, una piedra y una fuente
pueden ser el Edén de nuestra vida»

lo que es un fox-trot, una película y una novena, son elementos más que sobrados para no preocuparnos de otros risibles transcendentalismos.

Así, que todo ese tinglado pseudo-revolucionario del precio de las patatas, y toda la complicada cuestión de sindicalistas y burgueses, no tiene para nosotros más atractivos, dicho sea en honor nuestro, que la parte pintoresca, trivial y, si se quiere, «de risa» que no falta, a lo menos, en los espeluznantes relatos de motines que nos sirven los periódicos en sus secciones correspondientes.

Cierto es que la risa es una vecina y compañera inseparable de las lágrimas, al extremo de que su convivencia suele andar tan emparejada y entremezclada, que a veces uno llora de puro reír.

Pero esto, que son «filosofías» y retatijones líricos del léxico, no es del caso.

El caso es lo que, relatando la tumultuaria manifestación femenina vallisoletana, refiere «El Norte de Castilla» de ayer. Dice el papel:

«Otros estudiantes auxiliaron también, hidalgamente, a una señorita, a la que algunas manifestantes atropellaron, destrozándola el sombrero.»

Y nosotros imaginamos y recomponemos la escena.

Una señorita, viviendo en el rosado mundo de sus pensamientos amorosos, ha madrugado ferozmente. El novio la espera en la calle, galante, fino y apuesto. Tal vez este novio tiene un bigote rubio, que se atusa con cierta arrogancia, elevando entre sus dedos las finas guías enrosquilladas, como tantos y tantos novios felices.

Nuestra señorita se engalana coquetona y apresuradamente. Ya está vestida, y el día primaveral, (en Valladolid suele haber días primaverales), convida a un rato de flirteo... ¿Por qué renunciar a esta menuda felicidad, tan grande en el concepto de los amantes?

¿Qué saben los que conjugan el verbo «te amo», de subsistencias, de reivindicaciones y demás monsergas ridículas?

Nuestra señorita, con sus más elegantes vestidos y perifollos, sin olvidar el cesto invertido a modo de sombrero, se lanza en pos del amor.

¡Pobre barquilla mía!

¿a dónde vas perdida

a dónde, dí, te engolfas?

Unas damas rojas, han truncado el idilio, «atropellando a la señorita y destrozándole el sombrero» en

nombre del derecho popular, a que se abaraten las patatas...

Esta señorita, que sólo llevaba el sombrero en la cabeza, al dejársela vacía del todo, ¿seguirá siendo amada por el novio? ¿Se entenderá, por agradecimiento con el hidalgo, estudiante que la amparó? No sabemos. Mientras tanto, nos reiremos, por no llorar, del susto de la señorita, que perdió la cabeza, o el sombrero, que vienen a ser <uno y lo mismo> que dijo no sabemos quien.



MAL ARTICULO, DE PEORES COSTUMBRES

MANOS de Larra, Eca de Queiroz y Taboada, perdón!

Pero no podemos safarnos del compromiso de hacer este artículo de costumbres, que ya calificamos con notorio pleonasma (pues siendo nuestro ha de ser malo), figura retórica que tiene el conocido grafismo de «albarda sobre albarda».

Hemos sido «galantemente invitados» a una de esas comilonas para hombres solos, en las que parece disputarse la copa de una gran carrera gastronómica, o el premio a la gula, o, si queréis, una plaza de general, con entorchados, de la «piara de Epicuro».

Y, vive Dios, que ganar el «record» no era juego de niños. El «menú» (y van dos galicismos), era como para Gargantúas matriculados. Doce o catorce platos fuertes y pesados, regados con los vinos blancos, tintos y rubios que vienen a ser el Gerón, Fesón, Eúfrates y Tigris de estas paradas de «chemin du table» (y van tres galicismos, por culpa del predominio francés en la nomencla-

tura de la alimentación, cuyo vocabulario, en español, es tan exiguo como su cocina).

Así que en el «match» (estamos para barbarismos), no hubo vencidos ni vencedores. Podemos asegurar, bajo palabra honrada, que todos rayamos a gran altura, en cuanto a potencia ingestiva y queremos suponer que también digestiva. Hubo empate y no esperamos que empacho.

Con todo, estas fiestas a lo Lúculo, son un poco tristes. El hombre solo, o varios hombres solos, aparte de su elevada categoría de tubos digestivos, son de una grosería triste.

Se vé en estas ocasiones, más que en otras, que el hombre es un animal incompleto, que necesita el freno de la dulce tiranía femenil, para no degenerar en bestia despreciable.

Nosotros hacíamos estas desfavorables consideraciones sobre este torpe sexo, mientras engullíamos unas arrobos de asadurilla de cordero tímido, manso y apacible.

Nuestros compañeros de futuras gastralgias, hablaban a voces descompuestas, discutían sobre las dotes gubernamentales e histriónicas de Maura, atacaban o defendían los principios estéticos del toreo de Belmonte...

Y todo ello entre bocanadas de humazo apestante, con la barba reluciente de grasa, con facies congestivas, y accionando con tan bruscos modales, que nosotros, amantes de las delicadezas de la vajilla, temblábamos por las pobres copas, de ancho brocal y pequeña base, en que ahora se sirve el champagne, que estábamos viendo perecer de un momento a otro...

El desconcierto y la estridencia de las discusiones,

entre machos solos, es un crescendo peligrosísimo. Recordamos haber leído en algún sitio que en las excursiones árticas, cuando los exploradores, invernaban entre hielos polares, llegaban a tomarse odios tan grandes, que sin darse cuenta disparaban unos contra otros sus mortíferos rifles. De los ermitaños también hemos oído algo por el estilo...

Esta macabra teoría nos asaltó el pensamiento mientras deshacíamos entre los molares un pepinillo en ácido acético que nos hizo temblar de carraspera...

Afortunadamente, antes de la confirmación de tan funesta realidad, la visita de unas pollitas de gran belleza fué el arco iris de aquella horrible tormenta.

Nosotros mismos, que por razones de afecto familiar no teníamos obligación de hipócritas galanterías, no pudimos reprimir un gesto donjuanesco, y con cuanta elegancia nos fué posible, sacudimos ligeramente unas motas de ceniza que había dejado el cigarro en las solapas de nuestra americana...

¡Oh! ¡el eterno y bendito femenino!... ¡Qué dulcemente nos tiraniza y modifica! No volveremos a más banquetes de hombres solos, así nos aspen.



ACTUALIDADES

QUE SEA POR MUCHOS ANOS

TAL vez porque estamos chapados un poco a la antigua, o tal vez porque, de natural, somos dados a la tranquilidad, el sosiego y la calma, así espiritual como material, o más seguramente por las dos cosas a un mismo tiempo, la cuestión es que a nosotros el telégrafo, y el teléfono sobre todo, nos producen verdaderos trastornos y desequilibrios nerviosos.

Estamos siempre como sobresaltados, esperando «desgracias y fieros males» en cuanto vemos el saludo, sin hilos, del ordenanza portador de los despachos. No podemos evitar un temblor «de cabeza a rabo», como los buenos pases, en cuanto él nos entrega el misterioso papel azulado-verdoso. Tememos por toda nuestra familia ausente, sospechamos toda clase de quiebras y reclamaciones de nuestros clientes... Se apodera de nuestro ánimo tal susto, que ni acertamos a desdoblar y desen-gomar «el parte».

Tenemos del sobadísimo «terrible laconismo» telegráfico la más terrible idea... Y así como cuando este servicio se hacía normalmente, solíamos gratificar con un perro gordo (diez céntimos) al señor bigotudo del parte gratuito, ahora que nos vemos libres de tantos sinsabores y disgustos, gracias a la huelga, quisiéramos encontrarnos al rebelde repartidor para obsequiarle con más esplendidez.

En esta cuestión de los telegramas, haríamos como el pueblo aragonés, que pagaba al gaitero dos pesetas por tocar la gaita y un duro cuando no tocaba...

Pero si el telégrafo con y sin alambres nos marea y asusta en su funcionamiento, el teléfono, el maldito teléfono, además de asustarnos y marearnos nos tiraniza y coacciona y nos priva de algo muy sagrado: la libertad.

Eso de que no puede usted irse en todo el día más allá de veinte metros del antipático aparato, sin que el chirrido molesto del timbrecito le reclame, es algo superior a nuestras fuerzas.

Y no se ponga usted al habla, o tarde usted dos minutos, que se ha caído usted en un repicoteo inacabable, imperioso, que le obliga a usted a correr, siquiera para que se calle el endiablado chisme, tan antiestético, con su inútil pupitre, y aquella trompetilla, que parece la boca de un trabuco naranjero...

Y todo para tenerle a usted un cuarto de hora—¿qué hay?— ¿quién llama?— ¿al habla?— ¿bien?— ¡sí! y otras lindezas, que quitan la paciencia a un santo.

Además, se habrán ustedes fijado que entre intermitencias, ruidos extraños, poca costumbre del que habla, con gritos que se oírían mejor desde el balcón que des-

de el aparato, la cuestión es que no sabe uno nunca lo que se le dice por el «micro».

Es decir, no se entiende más que a los empleados de los Bancos su frase sacramental:—¡Que tienen ustedes una letra devuelta!...

¡Oh, Dios de los cielos! permítenos pasar ya esta miserable existencia con todos los telegrafistas y telefonistas de ambos sexos, en huelga que cien años dure.

Amén.



LA EX-CUESTION DE LAS SUBSISTENCIAS

YA habrán ustedes notado, que como por arte de encantamiento, han desaparecido del orbe periodístico los «acaparadores», los «ocultadores», y hasta los «intermediarios» que encarecían las substancias alimenticias, bebestibles y combustibles, que algunas personas solían usar y gastar para andar por casa.

Así da gusto. Ya ni las patatas, ni otros viles y pérfidos artículos del grosero yantar, parece que escasean ni se encarecen.

Lo de menos es que real y efectivamente sean igual o más caros que antes; la cuestión es que no hablemos de ellas, y eso basta para nuestra tranquilidad «y efectos consiguientes».

¿Quién le iba a decir a aquel pobre ministro de Abastecimientos que se llamó en vida don Leonardo Rodríguez, lo fácil que era arreglar los negocios de su departamento?

El pobre señor, que en paz descansa, se devanó los sesos para redactar un Real decreto, allá por los días de marzo próximo pasado, en que a fuerza de terribles san-

ciones y persecuciones, se propuso aniquilar y desterrar del planeta, a todo el que oliese siquiera a infame acaparador, creó un cuerpo benemérito de investigadores e inspectores de depósitos fraudulentos de subsistencias.

Encarceló y multó a un señor Sánchez Dalp y al Bombita, acaparadores máximos de aceite y arroz bomba, respectivamente.

Y ¡como si no! Las tenencias clandestinas, resultaban después, aceite de ricino, y arroces para la pavimentación, ornato y embellecimiento de las grandes ciudades. Y las repajoleras subsistencias, tira que tira para arriba, como un zeppelin de dos mil H. P.

Ni tasas, ni retasas, ni juntas provinciales y locales, ni incautaciones, ni demonios coronados, eran capaces de contener la terrible subida y escasez de las carnes, las legumbres, los pescados y hasta las prendas de vestir, que nos hicieron temer el hambre y el desnudo de nuestros compatriotas.

Los periódicos de mediados de marzo, eran, creo yo, como los que se publicarán en la edición de la noche, del día del Juicio final, con su reseña y todo. Daba miedo leer las titulares de los fondos y de las superficies. «El hambre en Sevilla», «Barcelona sin pan», «Madrid con jamón para solo dos días y chorreras para todo el año».

¡Hasta el orden público parecía amenazar una alteración de más de 45 grados!

Pues vean ustedes a ver si recordamos el remedio para otra ocasión.

Unas elecciones, y la inauguración oficial de la temporada de toros, con emocionantes cogidas del Fenóme-

no y de Terremoto, han bastado para colocar la candente cuestión de las subsistencias, que es ya más ex-cuestión que mi bisabuela, en la ínfima categoría periodística de los «avisos útiles», o de los «anuncios por palabras».

Y no comeremos si ustedes se empeñan; pero ya no hay cuestión de subsistencias, que es lo que se trataba de demostrar.



CON PRONTITUD Y ESMERO

PARA estas horas ya se sabrá en Belchite quiénes son los nuevos diputados, cuántos son y de qué color.

En menos que canta un gallo, se cuentan los votos emitidos; se libran los correspondientes certificados de buena conducta electoral; se levantan los muertos y las actas oportunas, más o menos limpias y, en una palabra, quedan constituídas las Cortes facciosas o no facciosas.

Sin embargo, no habrá pasado menos que tenerse que imprimir miles y miles de proclamas y de candidaturas, que se habrán contado una y sumado infinidad de veces.

Cada voto hay que inscribirlo en una lista, y cada votante ha de ser identificado, como un interfecto cualquiera, antes de «infragitizarse».

Para todo ello hace falta un rato que ha de multiplicarse por el número de electores que ejercen ese derecho de ciudadanía, lo que representa una enormidad de ratos, amén de los malos idem que se suelen llevar algunos candidatos.

Pues a pesar de los pesares, todo ello se cuenta y salda en unas pocas horas.

La máquina electoral es de una previsión y de una exactitud cronométrica.

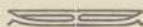
Nosotros no podemos menos de sentir una profunda admiración por esos políticos profesionales, y una sincera envidia por esos políticos de afición, que saben preparar, dirigir y manejar todos los complicados resortes del aparato electoral, verdadero «Handlher-Page» para navegaciones de altura, diga lo que quiera Gasset, de las «compras de votos rastreras», que no son sino el «aterrijaje» natural en estos altos vuelos de la carrera política.

El caso es que si nosotros, que presumimos de contables, nos veríamos obligados a formar la estadística de los que votan y por quién votan, en «menos de horas veinticuatro», tendríamos que rendirnos a discreción: En veinte años, no podríamos dar el resultado.

¡Tan complicada nos parece esa matemática del escrutinio!

En cambio, estos admirables hombres que nos gobiernan, que saben contar los granos de arena de la playa electoral, a estas horas y después de las declaraciones juradas y de las incautaciones, no saben si nos sobran o nos falta trigo y harina hasta la cosecha próxima...

Lo que, sin echar mano a la tabla de logaritmos, sabrá el molinero de Cihuri, ¡¡y no se ha presentado por la «circunscripción»!!



EN MADRID DE LOS TRILLOS

NOSOTROS tenemos la condición del miércoles. Nos gusta andar siempre en medio de todo lo que no nos importa.

Obedeciendo a ese sino, y sin que nadie nos llamara, nos fuimos ayer a la pintoresca granja de Madrid de los Trillos, cerca de Cidamón.

Un día espléndido de sol y cielo azul, nos convidaba al viaje, que hicimos un poco ebrios de luz y de calor, por entre dorados campos en plena gestación de mieses coronadas de rubicundas espigas, prometedoras del pan y la cerveza nuestros de cada día.

El motivo de nuestro viaje, era las pruebas de un tractor de tres rejas, recientemente adquirido por el inteligente y entusiasta agricultor, nuestro buen amigo don Manuel Hidalgo de Cisneros, afortunado propietario de aquel paradisiaco rincón de Madrid de los Trillos.

Mientras en el otro Madrid del oso y del madroño, unas cuantas docenas de señores, mal titulados padres de la patria, sestan en el Congreso los estériles e infecundos discursos del orador de turno, este otro señor Cisneros, del Madrid de los Trillos, se dedica intensivamente a hacer patria del único modo que puede ha-

cerse. Es decir, fecundando su suelo con estos modernos aparatos de la ciencia agronómica.

Con los dedos de las manos podían contarse los pocos curiosos que presenciamos la prueba. Como se ve, poco más o menos, el mismo número de asistentes que a una corrida de toros...

Don Manuel nos dió estos datos, sin fijarse en que los daba a un pregonero de la Prensa regional. Por eso los transcribo, sin agravio para su seriedad y modestia.

El auto motor labra unas tres hectáreas (15 fanegas) de tierra en diez horas de trabajo útil. Consume entre benzol y desgastes o amortización unas 75 pesetas. Lo que equivale a unas 5 pesetas por fanega de 20 áreas y 96 centiáreas. En suelo seco y duro, como está hoy.

Cambiando los tres brabanes que lleva por la reja y la sembradora, se pueden sembrar en un día unas 50 fanegas de tierra.

Bueno. Pues esto representa hacer la labor el día preciso, lo que tiene un valor decisivo para el labrador y su cosecha.

Para dar una vuelta a la tierra con esas vertederas y a la profundidad del «Titanic» o tractor este, se necesitan lo menos ocho parejas de buenas mulas o de buenos bueyes, lo que representa un gasto de lo menos 240 pesetas, casi cuatro veces más que lo que cuesta con el tractor mecánico.

Nosotros en vista de todo ello, hemos teleografiado a nuestros gobernantes, en demanda de que se establezcan las antiguas «veredas», consagradas por el derecho consuetudinario, pero reformándolas en sentido más ajustado al progreso moderno.

Así como antes al que tenía un carro en los pueblos se le obligaba a una prestación gratuita de él por unos días, así ahora hay que decretar que cada automóvil de turismo está obligado a tener a disposición de los agricultores un tractor de los mismos caballos para usos agrícolas.

Será el mejor modo de nivelar en el campo la falta de caballos y mulas, sacrificados en la guerra a razón de cuarenta y siete mil cabezas por cada mes de su duración, según he leído en «La Revista Internacional de R. G. Dun».

Y así no importará que una pareja de mulas cueste ocho mil pesetas, casi como tractor y Ford.



LOS CAMPOS EN PRIMAVERA

HEMOS dado un largo paseo par el campo; lo que nos apresuramos a declarar, sin ajenas excitaciones y sólo llevados de este nuestro natural comunicativo y francamente hablador.

El campo no despierta, en nosotros, los «apacibles pensamientos» que su contemplación procuraba al divino Beethoven, según su quinta sinfonía; pero le falta poco. Somos un tanto panteistas, según confesión espontánea que tenemos hecha en otra ocasión, si no recordamos mal, Reverenciamos y amamos de corazón los campos, sobre todo cuando los ilumina un radiante sol abribeño, de tibios ardores. Como se ve somos también un poco Incas y Aztecas. Adoramos al astro rey, si bien bajo ciertas condiciones, o bajo ciertas sombrillas.

El campo con sol, constituye, en fin, una de nuestras inocentes delicias. Así que, en cuanto sale un día de gala, de esos de cielo azul de oro, no se puede contar con nosotros para nada serio. Ya sentimos que este tiempo espléndido, no se pueda gozar en nuestra región, sin previas y arrulnadoras heladas. Pero no hay más que tener conformidad, y consolarse con el refrán aquel de «lo que el bolsillo pierde el cuerpo lo gana».

Y no se puede negar que si el cierzo al limpiar de nubes el cielo nos deja sin cosecha de ciruelas y uvas, nos regala después una calefacción natural, en las horas de sol, que nos ahorra brasero y nos regala oxígeno, como una compensación «incursa» en el aforismo o refran-cito supradicho.

Por nuestra parte, como en el campo tenemos menos intereses materiales que morales, aun lamentando mucho los daños del rocío y de la escarcha, no desperdiciamos ocasión de aplicarnos esa helioterapia gratuita, calentándonos y oxigenándonos «desde que nace el día, hasta que muere el sol», que se cantaba en un zortziko famoso de otros tiempos.

Estas aficiones nos han llevado a corretear por esos caminos de Dios.

¡Qué encantadores paisajes!

¡Qué colores o qué concierto de colores el de la flora silvestre riojana!

Las viñas parecen los más preciosos macizos de flores, amarillas, blancas, moraditas, que hubiera ideado un jardinero inteligentísimo y de un gusto acabado.

De lejos y de cerca, es un conjunto y una perspectiva bellísimamente encantadores. Los trigos y las cebadas parecen inmensas alfombras de terciopelo esmeralda, bordadas de amapolas y margaritas.

Nosotros, verdaderos estetas de la agronomía, de la que no sabemos una palabra, amamos el campo, por el campo, como el arte por el arte.

Así que no podemos menos de protestar enérgicamente contra los hombres que cavan y «forcatean» las viñas, y contra esas mujeres del escardillo que rompen

la armonía policroma de los campos, pisando y arrancando delicadas florecillas que ningún mal les han hecho.

La razón económica del cultivo más o menos científico que obliga a estirpar de los sembrados las hierbas inútiles, no puede convencernos, mientras no se nos demuestre la hegemonía absoluta de lo útil sobre lo bello... ¡Que no se nos demostrará!



LAS BUENAS COMPAÑIAS

Es unánime y general el clamoreo contra las Empresas ferroviarias por los deficientes servicios por su reciente encarecimiento.

¿Hay razón para ello? Sinceramente creemos que no.

Los viajes se realizan hoy con toda tranquilidad y sosiego. Sale usted de Logroño a las seis de la tarde y antes de las 11 de la noche llega usted a Fuenmayor. Total: que le tienen a usted en el tren por unas perrillas más, unas cuantas horas más.

¿Es esto nuevo? ¿Es serio quejarse?

Nosotros recordamos el «tío-vivo», encanto de nuestra niñez, con sus caballitos y sus coches, y sus luces y su organillo. Pues bien; por una moneda de diez céntimos, viajábamos divinamente unos minutos. Si queríamos ocupar más tiempo aquellos hipógrifos de cartón, habíamos de pagar otros diez céntimos. Y lo encontramos tan lógico y natural como lo era en sí.

Después, ya un poco mayores y presumidillos, gustábamos de jugar al billar. También nos cobraban por horas, y cada dós nos costaban doble que una.

Ya hombres maduros, abandonados, con pena, los goces del «tío vivo» y la gloria de hacer carambolas de

retroceso, que era nuestra especialidad, dicho sea sin modestia, nos dedicamos a tomar locales en arriendo, y coches de alquiler, y hasta ¡oh, dolor! dinero a préstamo.

Todo ello nos costaba más pesetas, cuanto más tiempo lo teníamos en uso.

¿Qué otra cosa pueden hacer las buenas Compañías, que aplicar a sus negocios el criterio económico, generalmente admitido y aplaudido para arrendar coches, caballos, dinero y locales?

Antes, hace más de cuatro años, era no vivir. El tren de las ocho, por ejemplo, era inexorable. Si a las ocho y cinco minutos llegaba usted a la estación, ya había perdido usted el tren.

Ahora es delicioso. Si quiere usted ir a las ocho en punto, no hay ninguna ley, que sepamos prohibitiva de pasear los andenes. Si no quiere usted andar madrugando y metiendo, aceleradamente, los trastos en su maleta, puede usted tomar el tiempo que le acomode, una hora, dos, tres...

Puede usted estar seguro que le esperan sin la menor impaciencia el tren, el señor jefe de la estación, los mozos, las estufas (?), toda, en fin, la complicada y costosa organización ferroviaria.

¡Hombrel! ¡Todas esas comodidades hay que pagarlas! Nosotros encontramos perfectamente justificada la reciente elevación de tarifas, y si no fuera mucho pedir, celebraríamos un mitin o asamblea, con nosotros mismos para enviar al Consejo de estas buenas Compañías la siguiente conclusión:

Los que suscriben, esperan del recto criterio de vuestra excelencia que se sirva ordenar un mayor retraso y

mínima velocidad en todas las líneas de la red ferroviaria española, por cuya comodidad y tranquilidad en nuestros hipotéticos viajes, estamos dispuestos a tolerar otro pequeño aumento en el precio de los transportes, ya humanos, ya animales, vegetales o minerales. Dios guarde, etc., etc.



CUESTION PELIAGUDA

EN BROMA

Pocos aspectos, de la «lucha de clases», habrá tan transcendentales y peliagudos como el que motiva estas líneas.

Los obreros peluqueros de Haro, amenazan a sus patronos, entre los que nos cabe la honra de figurar en nuestra calidad firmante, con el paro y la huelga general de rapa-barbas, si no se les atiende en sus demandas de mayor salario.

Nosotros tenemos que hacer unas consideraciones a este respecto, con todo seriedad, como es nuestra costumbre.

Para ello estamos facultados, porque nuestra profesión de saca potras nos hace saber ciertos secretos técnicos y económicos que no están al alcance del vulgo. Veámos:

En Haro existen 10 peluquerías y barberías más o menos higiénicas. Unas con otras vienen a ocupar, entre oficiales, medio oficiales (en el arte de Fígaro se

aquilata), aprendices y ayudantes, amén de algunos patronos aficionados a rasurar a su parroquia, unas 40 personas, sin contar con las del sexo débil (no decimos bello, porque el vello es lo común entre coiffeurs) dedicadas a lavar los paños y demás labores propias.

Anotado este dato, consignaremos otros extremos.

Haro tiene una estadística de vecindario que alcanza ocho mil habitantes, antes de la emigración de toneleros. De estos ocho mil convecinos, cuatro mil son mujeres, que no se afeitan. Quedan, pues, cuatro mil hombres y niños, a mitad de cada grupo. Total: dos mil hombres con toda la barba.

¿Será mucho calcular en 500 los hábiles auto-barberos, es decir, que se afeitan solos, ya con navaja, ya con Gillete, ya con una cerilla, por el procedimiento del chamuscado?

Pues tenemos 1.500 pares de carrillos como primera materia para abastecer nuestros establecimientos, con prontitud y esmero.

Ahora bien; 1.500, dividido entre siete días de la semana, igual a 215 presuntos afeitables, que repartidos entre diez salones de peluquería, tocan a 21 y medio parroquianos diarios de a tres perras por servicio, que dan una suma de tres pesetas 22 céntimos diarios para cada establecimiento, con sus cuatro dependientes, sus luces eléctricas, sus jabones perfumados, sus tenacillas, tijeras, navajas, pasadores y estufas de desinfección, todo brillante y refulgente, como brillante y refulgente es la oratoria barberil, que nos hace olvidar cual mágico anestésico los dolores y sustos de un apurado a conciencia.

¿Es posible que estos obreros de la coquetería mas-

culina pretendan aumento de salario a cuenta de tan menguada producción como los 13 reales cortos que yo calculo rinde a cada establecimiento la exigente parroquia?

Nosotros propondríamos a esos simpáticos enciclopedistas de la brocha y el jabonado, una solución muy fácil para su mejoramiento económico. En lugar del atento saludo y del tradicional «¿qué me cuenta usted, don Fulano?», para luego contárselo todo, el buen oficial, podía decirle:

—¿Qué va a ser? ¿La barba? Pues suelte usted un par de duros o le rebano la nuez...

Que no es cosa de pasar apuros teniendo en la mano una navaja bien afilada...



VOCABLOS CORROSIVOS

HAY, en gramática, como en la sociedad, agentes perturbadores, demolidores y profundamente revolucionarios. Son los adjetivos, bolcheviques de la oración, los que no dejan títtere con cabeza en el «arte de hablar y escribir con corrección y propiedad un idioma o lengua».

Unos más y otros menos, los adjetivos en su rica gama de calificativos, comparativos, determinativos, abundanciales, gentilicios, etc., etc., etc. (son una verdadera chusma), no se conforman con el cumplimiento de sus misiones respectivas, sino que, ya aislados, ya en acabados y perfectos sindicatos, se meten con las propiedades del sustantivo mismo, y le atropellan, magullan y deforman, de tal modo, que uno no sabe deslindar las fronteras y jurisdicciones de sus significados justos.

Parece que la condición natural del adjetivo (adjetus agregado), es lo que indica su significación: agregarse, pegarse, como en directa dependencia de otras palabras de mayor o más elevada jerarquía gramatical.

Así sería, si las distintas gramáticas, desde la parda a la académica, no fueran tan democráticas y tan libertarias que consideran con iguales derechos a las diez

partes de la oración; lo mismo al simple artículo que al mismísimo verbo.

Resultado de esta libertad, igualdad y fraternidad consentida, y practicada por el adjetivo, más abusivamente que por el resto de sus hermanas en la formación de oraciones, es el siguiente atentado, que constituye una propaganda por el hecho, como decíamos en tiempos de Ravachol.

Se toma del castellano el vocablo de más conmovedora y entrañable significación; a saber: madre.

Su sólo enunciación, es todo un poema. Tiene eufonía nobilísima, consoladora.

A nosotros se nos antoja que hasta es algo como santificador. ¡Madre! Qué dulzura infantil despierta en nuestro pecho ¡qué arrebatos de puro amor, grande e inefable!

¿Véis tanta grandeza? Pues un sólo adjetivo la destruye.

Poned madre «política» y veréis corroída por este adjetivo, Lenine del diccionario, su más hermosa palabra, que de madre convierte en suegra...



LA RIOJA A LA VUELTA DE 250 AÑOS

FANTASÍA PROFÉTICA

DON Pedro Pidal, marqués de Villaviciosa de Asturias, ha tenido la gentileza de publicar, por 50 céntimos, la Filosofía al alcance de todos.

En ese libro, el insigne prócer nos asegura, con toda seriedad, que él mismo asistió a la célebre batalla de Covadonga, no sabemos si a las órdenes de don Pelayo, o en clase de sarraceno.

Nosotros no podemos poner en duda tan grave afirmación, que aceptamos gustosos. Pero a nuestra vez reclamamos el derecho de poder prolongar nuestra existencia más allá del año 2169, para lo que alegamos una fuerza imaginativa de otros 2169 demonios.

* * *

Y dentro de 250 años, se nos antoja pasear por las afueras de Haro, y encaminamos nuestros pasos a las antiguas huertas de Arrauri.

Los montones de basura, que en tiempos de Alfonso XIII, bordeaban los caminos, han sido sustituidos por unas anaquelerías de cemento armado, en las que se asientan, perfectamente clasificados, unos centenares de tarros, conteniendo bacterias nitrificantes, extractos concentrados de sales potásicas, fosfatos y demás abonos empleados en los cultivos.

Las palas y moriscas, esos instrumentos pesados que usaron nuestros tatarabuelos para fecundar la tierra, y que ahora nos admiran en el museo arqueológico enclavado en los vetustos edificios de lo que se llamó en su época Estación Enológica, se mueven solos. Son pequeñas combinaciones mecánico eléctricas, basadas en el mismo principio que el jugador de ajedrez con que asombró Torres Quevedo a sus contemporáneos, allá por los años IV y V antes de la Liga de las Naciones.

Las huertas de Arrauri, que aún conservan ese nombre tradicional, son un amplio encristalado de unos cuatro kilómetros cuadrados, con su mágica lluvia artificial, que las bellísimas hortelanas, descendientes en línea recta de los Olartes y Vegas, producen a voluntad, así como la temperatura que regulan las estufas eléctricas, cuando la corriente no se emplea al electrificar tomates y pimientos de constante producción...

Una serie de aeroplanos minúsculos y unipersonales se alinean en el próximo campo de aterrizaje. Son los aparatos con que se ha suplido el trabajo que efectuaban los burros, animales desaparecidos de la fauna española en la que ya no conocemos otro ejemplar que el literario y eterno Rucio que montaba el Sancho escudero de don Quijote.

Son miles de estos pájaros mecánicos los que salen todos los días de nuestras famosas huertas, llevando a Londres, Berlín y Stokolmo las ricas frutas, que aún saborean la humanidad, pese a todos los ingredientes químicos con que se empiezan a sustituir en ciertos países, América sobre todo, donde, según «La Rioja» de hace diez minutos, (86.^a edición de hoy) se ha empezado a sustituir la fresa de Santo Domingo, con óxido de hierro (almazarrón) y goma arábica.

Por muchas vueltas que se le de, no será posible antes de que pasen otras cien generaciones, acostumbrar nuestro organismo a esas misturas con que se está tratando de alimentarnos.

Cuando por selección y herencia a lo Darwin, vayamos consiguiendo la atonía intestinal, y la atrofia del molesto hígado y demás vísceras inciviles, nuestros tataranietos, vivirán por inyección y se alimentarán químicamente, como hoy nuestras plantas; pero ello habrá de ser poco a poco y no como ahora se pretende hacer todo, al vuelo.

Mientras tanto, los dignísimos descendientes de los Tubías, los Gregorios Olares y los Víctor Vega, de rancia stirpe hortelana, seguirán inundando el globo con sus exquisitas verduras, hoy con los aeroplanos, como hace 250 años con las latas de Garavilla y Pozo.

Así que la Señá Jota del año 2169, hoy martes come sola, porque su marido acaba de radio-telegrafiar, según he visto en un marconígrafo de bolsillo que lleva la interesada, que come en Londres con dos camaradas de Briones, porque los tonates llevados en el biplanito, es-

ta mañana, los ha vendido a dos esterlinas cada uno, y lo van a celebrar bebiéndose una botella de vino de Heredia... que les cuesta en Londres la carga aérea de tomates.



PENÉLOPE AGRARIA

SONATINA ESTIVAL

ESTAMOS entregados en cuerpo y alma a las dulces y sabrosas tareas de la recolección.

Nos levantamos con el alba, uncimos nuestras yuntas de filosóficos bovinos y por las escabrosas y escondidas sendas que conducen a Baltracones, Gurrindo o la Celada, llegamos a los rastros amarillentos que igualó la hoz libertadora y fraternizadora.

Los haces de mieses, como cadáveres en una fantástica y descomunal batalla, yacen esparcidos aquí y allá. Con ensañamiento cruel, hincamos en sus vientres el tridente u «horca», para elevarlos hasta la punta de las «zarras», especie de pinota, en que han de sufrir la penúltima pena.

Cargada hasta los topes nuestra voluminosa carreta, volvemos hacia la era, a donde necesaria y fatalmente llegamos siempre a la hora en punto del almuerzo. Tenemos que hacer el acarreo desde uno o desde veinte

kilómetros, como el fraile que disparaba del sol, nosotros llegamos con nuestro primer viaje al tiempo del primer yantar.

¡Oh! ¡clásico y sabroso almuerzo de la era! ¡Qué honores de banquete regio te reserva nuestro apetito, espoliado con la gimnasia matinal que supone el viaje de 12 cargas! Descargamos ya bajo los ardores del astro rey, que nos hace sudar copiosamente.

Después, la trilla. Mil vueltas a la parva, corretear y más corretear durante cuatro horas mortales, las más calurosas del día, rodando los trillos, voceando al ganado que se siente desfallecer entre aquellas cebadas, sin alimento, pisoteando sin compasión hasta desmenuzarlos y reducirlo a fragmentos minúsculos. Después, a aventar. A la hora del cierzo, nueva labor.

Se echa al aire la parva y el viento separa la paja del grano.

Separar el grano de la paja: he ahí el objeto de todos nuestros afanes.

Por ello hemos madrugado y trasnochado, hemos trabajado como bestias, nos hemos fundido al sol y helado con el viento Norte del anochecer; estamos reventados, pero hemos hecho perfectamente bien, una de las más importantes labores agrícolas.

Ahora nos apresuramos a guardar separadamente la cebada en el granero, la paja en los almiarés. ¡Bendito sea Dios!

Dentro de unos días, al dar pienso a nuestras caballerías, cogemos un puñado de granos y una criba de paja... y agítese antes de usarlo.

¡Como Penélope nos pasamos la flor de la existencia

tejiendo y destejiendo la paja y la cebada, que separamos a fuerza de trabajo, para revolver otra vez cuando se emplea.

¡Señor! ¿Por qué no se les dá a las mulas la cebada como Dios la cría?



... and the ... of the ...

... the ... of the ...

... the ... of the ...

... the ... of the ...

... the ... of the ...

... the ... of the ...

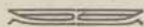
... the ... of the ...

INDICE

	Página
Explicación	7
Rogativas	9
¡Caballos! ¡Caballos!	11
Año nuevo	13
Sermón perdido.....	15
De la crítica negativa	17
Disentimos	21
Epifanía	23
El jurado.....	25
¿Mi opinión?	27
Cenotafio.	31
Les Harrys.....	35
El brasero	37
Crisis.	41
Sólo para señoritas	43
Del arbol.....	45
¡Sin criada!.....	47
San Antón.....	51
Complacidos	53
Machaquemos	55
Cuatro cifras	59
Comentemos	63
Empalmemos	65
Hay que variar	69
¿Hace?.....	73
El foráceo.....	77
De los pueblos.....	81
De la organización.....	85
Apostolado.....	89

El Impuesto único	93
Algo de georgismo.....	97
Carta abierta	103
Impresiones de un viaje	107
!Por amor de Dios!.....	113
Santa Cecilia en Haro	117
Otra carta	119
De intereses riojanos	123
Casi fábula.....	127
De «pour parler» riojano	129
Carta abierta .. .	133
Comentando	137
A la Asociación de Viticultores	141
De intereses riojanos .. .	145
¡La Fornarina ha muerto!	149
Con perdón	155
Ripios prosáicos legítimos.....	169
Divagaciones transcendentales	173
Estadísticas y otros excesos.....	179
Fantasia vitícola.....	183
Futuro destino de las plazas de toros.....	187
Nuevos beligerantes.	191
Desahogos bibliográficos.....	195
Pasando el rato	199
Fiestas en Zarratón.....	205
¡Alto ahí!.....	209
Los exploradores de excursión	213
¡Que no bailo!.....	215
Soliloquio .. .	217
Los proyectos de Hacienda .. .	219
Pseudo-filosofía del arte	223
Anacreóntica en prosa vil .. .	227
Antinomias	231
Desde mi ventana.....	233
Estilos	267
Campo de barbecho neutral	273
El empréstito... y demás	279
¡Qué lástima! .. .	283
Otra fiesta .. .	287

	<u>Página</u>
El arte de Virginia Díaz.....	291
¡Pobre Maese!.....	295
Del dolor y la amistad.....	299
Euforia.....	303
No hay dicha completa.....	307
¿Cosas de Risa?.....	311
Mal artículo, de peores costumbres.....	315
Que sea por muchos años.....	319
La ex-cuestión de las subsistencias.....	323
Con prontitud y esmero.....	327
En Madrid de los Trillos.....	329
Los campos en primavera.....	333
Las buenas compañías.....	337
Cuestión peliaguda.....	341
Vocablos corrosivos.....	345
La Rioja a la vuelta de 250 años.....	347
Penélope agraria.....	351



BIBLIOTECA PÚBLICA DE LOGROÑO

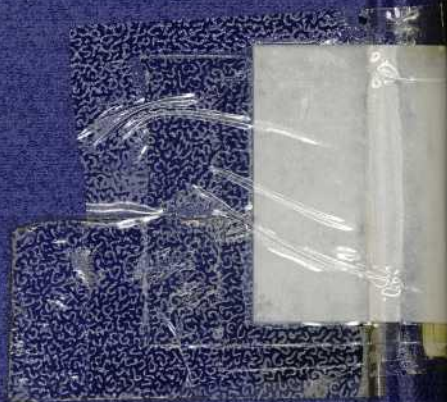
1. Solamente podrán hacer uso del servicio de préstamo a domicilio quienes estén en posesión de la Tarjeta Nacional de Lectura.

2. El préstamo a domicilio no podrá exceder de 15 días ni de una obra o dos volúmenes.

3. De la pérdida o deterioro de los libros se hará responsable al lector que se los hubiera llevado en préstamo.

4. Las obras de consulta, los libros raros o de mucho precio y otros, a juicio de la Dirección, se exceptúan del servicio de préstamo a domicilio.

5. El retraso en la devolución de los libros será sancionado —si no se realiza su correspondiente renovación— con el abono de una peseta por libro y día.



FDZ
OLLERO

PAVESAS

R
572